MIEL



Y

VENENO

AMARA DORADO

Miel y Veneno

Amara Dorado
2026
�� 2026 Amara Dorado. Todos los derechos reservados.

Miel y Veneno

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27

28. Capítulo 28
29. Capítulo 29
30. Capítulo 30
31. Capítulo 31
32. Capítulo 32
33. Capítulo 33
34. Capítulo 34
35. Capítulo 35
36. Capítulo 36
37. Capítulo 37
38. Capítulo 38
39. Epílogo

Miel y Veneno

Amara Dorado

© 2026 Amara Dorado

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida por ningún medio sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Primera edición: 2026

Capítulo 1

Valdecolmena olía a lo que vendía.

Lo noté antes de bajar del autobús, cuando las puertas se abrieron con un resoplido y el pueblo entró de golpe. Lavanda y cera caliente. Por debajo, algo dulce y espeso, como si también el aire estuviera a la venta y alguien le hubiera puesto buen precio.

El conductor me preguntó si era mi última parada. Le dije que sí, bajé la maleta del compartimento de arriba y le deseé buen viaje de vuelta. Sonreí lo justo. Llevo toda la vida sabiendo cuánto debe pesar una sonrisa. Ni un gramo de más, porque el gramo de más es lo que se queda en la cabeza de la gente.

La plaza estaba empapelada para la Fiesta de la Miel. Carteles en cada farola, un arco de tela cruzando la calle, abejas dibujadas con esa cara amable que no tienen las abejas de verdad. Y abajo, en todos, el mismo nombre en letras doradas. Salcedo. En el tarro del cartel. En el toldo de la tienda de enfrente. En la fachada larga de la cooperativa, donde las letras eran de hierro y proyectaban su propia sombra contra la cal. Un apellido puede ocupar un pueblo entero si se lo trabaja despacio.

Leí la fecha de la fiesta dos veces. No porque fuera a olvidarla. La fecha la tenía clavada desde hacía diez años. La leí dos veces por lo otro, por la cosa pequeña y caliente que me sube por el esternón cuando cuento los años y que tengo bien enseñada a quedarse quieta.

Seis semanas.

Rosa me esperaba en el porche con las llaves en una mano y media hora de conversación que yo no había pedido. La casa estaba

donde la había querido: al final de un camino de tierra, en las afueras, sin pared compartida con nadie. Una casa que se ve venir. Desde la ventana de la cocina se controlaba el camino entero hasta la carretera, y eso, más que las dos habitaciones y el patio, era lo que había alquilado.

—Así que tú eres la chica nueva del centro de la miel —dijo Rosa, peleándose con la cerradura del patio, que se atascaba. —Esa soy. —Pues vas a estar entretenida. En temporada esto se llena. ¿Y familia, tienes familia por aquí? —No. —Ah. De paso, entonces. —De paso.

Dos palabras. Las mentiras buenas son cortas. La gente rellena sola los huecos, y los rellena siempre a su favor, y se marcha contenta de haberlos rellenado. Rosa se marchó contenta. Me dejó las llaves, una bolsa con tomates de su huerto y la información, que no le había pedido tampoco, de que aquí nunca pasaba nada y de que se vivía muy tranquilo.

Deshice la maleta sin prisa. Tengo poca ropa y la coloco siempre igual, en cualquier armario de cualquier sitio, porque hay una clase de orden que no es orden sino una manera de saber al instante si alguien ha tocado tus cosas.

Lo último que saqué no venía en la maleta. Lo llevaba en el bolsillo del abrigo, como siempre, y estaba caliente de ir pegado a mí todo el viaje. Una piedra de ámbar del tamaño de una almendra. Contra la luz de la ventana se le veía dentro una cosa diminuta, un insecto, una hormiga con alas quizá, sorprendida con las alas abiertas en el gesto exacto de irse. Llevaba así millones de años. Abriendo las alas y sin moverse del sitio.

Era de mi hermana.

Olalla tenía dieciséis años la última vez. Decía "escucha" antes de cada cosa importante y antes de cada tontería, y las mezclaba a propósito para que nunca supieras cuál venía detrás. Escucha, que el verano que viene nos vamos las dos de aquí. Escucha, que no le digas nada a mamá. Escucha, escucha.

Cerré la mano alrededor del ámbar hasta que los bordes me hicieron daño. Después lo guardé y bajé a andar, porque el sol ya caía y quería el pueblo en los pies antes de tenerlo en la cabeza.

Valdecolmena a esa hora se ponía guapo de una manera casi insultante. La piedra dorada, los geranios en los balcones, el olor a leña empezando a salir de las chimeneas. Un sitio así te pide que bajes la guardia. Te lo pide con tanta educación que cuesta acordarse de que un pueblo es solo la gente que lo habita, y de que la gente que lo habita ya estaba aquí hace diez años, y vio lo que vio, y eligió lo que eligió.

Un hombre mayor leía el periódico en la puerta de un bar. Levantó la vista y la dejó en mí más tiempo del que dura mirar a una desconocida. Se me cerró algo en la garganta. Le sostuve la mirada con la cara puesta, la buena, la de no ser nadie de ningún sitio, y esperé. El hombre volvió al periódico. Solo era un viejo aburrido midiendo a la forastera de la temporada, calculando si dejaría dinero en el pueblo o solo polvo en la carretera.

Nadie en Valdecolmena conocía ya mi cara. Diez años y un apellido nuevo trabajan bien si los dejas trabajar. Yo los había dejado.

El camino de vuelta a la casa pasaba por el cementerio. No lo había buscado. O lo había buscado y prefería contármelo de la otra manera, que para eso una se cuenta a sí misma las cosas, para elegir cómo. La tapia baja, encalada. Los cipreses negros y quietos por encima. La verja de hierro entornada, como si alguien acabara de salir o esperase a alguien para entrar.

Me paré delante el tiempo de un cigarro que no fumo.

Detrás de esa tapia yo sabía cuántas filas había que contar y hacia qué lado torcer. Lo sabía sin haber pisado nunca el sitio, porque hay cosas que te llegan por carta y se te quedan dentro con la forma exacta de un plano. Podía entrar. Tenía la mano en el hierro frío de la verja y bastaba con empujar.

No empujé.

Entrar habría sido ir a llorarle a alguien. Y a Valdecolmena yo no había vuelto a eso.

Seguí camino arriba. A mi espalda, el pueblo entero olía a miel, y la miel, cuando es de verdad, no se estropea nunca. Lo aguanta todo. Los años, el calor, el olvido. Por eso la usaban los egipcios para

sus muertos. Metes una cosa en miel y esa cosa no se pudre jamás. Se queda tal cual la dejaste, intacta, esperándote.

Igual que un pueblo. Igual que una fecha. Igual que un apellido en letras doradas.

Empezaba a trabajar en dos días.

Capítulo 2

Celia Salcedo hablaba como se riega una planta, sin medir, segura de que todo lo que cayera iba a sentar bien. Llevaba media mañana enseñándome el centro y no me había mandado callar ni una vez. Me venía de maravilla. La gente que llena los silencios no nota cuántos le vas quitando.

El centro de interpretación de la miel era una casa de piedra rehabilitada, fresca por dentro aunque fuera ya apretaba el sol. Estanterías con tarros puestos en fila del más claro al más oscuro, una escala de luz que iba apagándose hacia el fondo. Un mostrador de cata con cucharillas de madera. Y contra la pared del fondo, detrás de un cristal, la colmena.

Era una de verdad, viva, encajada en un marco de cristal para que los turistas pudieran mirar sin que las abejas pudieran tocarlos. Miles de cuerpos moviéndose sobre el panal con un zumbido que se notaba en los dientes antes que en los oídos. Me quedé un rato delante. Un cartel al lado repartía el trabajo. La reina no sale nunca. Las obreras la alimentan, la limpian, deciden por ella. A los zánganos, cuando llega el frío y dejan de hacer falta, los echan fuera a morir.

—Impresiona, ¿verdad? —Celia se había parado a mi lado—. A mí de pequeña me daba pesadillas. Ya es como tener la tele puesta.

Me contó, sin que se lo pidiera y por tanto sin que le costara nada, media vida del pueblo. Que la cooperativa la había levantado su bisabuelo. Que la fiesta caía en seis semanas y su padre quería el centro reluciente para entonces. Que de los colmenares viejos, los de la falda del monte, ya no se ocupaba nadie, que estaban cerrados

desde hacía años y mejor así, porque hasta allí no subía ni el cartero.

Que su hermano Mateo lo llevaba todo.

—¿Tú llevas mucho en esto, en lo del turismo? —me preguntó mientras me enseñaba la caja. —Lo justo. —Pues se nota. La del año pasado no aguantó ni el verano. —Bajó la voz aunque no había nadie a quien bajársela—. Aquí en temporada entra muchísima gente, pero gente que se va. Caras nuevas que se quedan, pocas. Tú eres la primera en no sé cuánto.

Asentí con la cara puesta y guardé el dato donde guardo los datos. Había venido a este pueblo a abrir una puerta, la de la familia Salcedo, y había contado semanas para acercarme a tocar a uno de ellos. Llevaba en Valdecolmena medio día y ya tenía a una Salcedo enseñándome dónde se guardaban las llaves.

—A mi hermano lo conoces hoy —dijo Celia—. Querrá verte. Conoce a todo el que entra a trabajar aquí, es así.

Lo conocí a media tarde, delante del cristal de la colmena, que para entonces ya me parecía el único sitio honrado del edificio.

No lo oí entrar. Eso me dijo algo de él antes de girarme. La gente que sabe entrar sin que la oigas lo ha aprendido en algún sitio, y los sitios donde se aprende eso no suelen ser buenos.

Me giré. Era alto y estaba quieto de esa manera que no descansa, la del que está quieto porque lo ha decidido. Treinta años, puede que alguno más. Me miró el tiempo que se mira algo que llevas buscando y encuentras al fin en el último cajón, y a mí se me puso el pulso a trabajar por su cuenta, sin consultarme, lo cual me pareció una falta de respeto de mi propio cuerpo en horario laboral.

—Mi hermano. Mateo. —Celia nos juntó con un gesto—. Vera, la chica nueva, ya te dije. Viene para la temporada, estaba antes en… —Vera —dijo él.

Solo el nombre. Ni de dónde, ni desde cuándo, ni qué se le había perdido en un pueblo en el que no se le había perdido nada. Las preguntas con las que un desconocido te coloca en su cabeza. Mateo no hizo ninguna. Repitió mi nombre como quien comprueba que una llave abre, y se guardó la llave.

Pensé que era un hombre al que no le sobraban las palabras, y que esos son los más difíciles y los más interesantes. Lo pensé porque era cómodo pensarlo.

Celia se fue a atender a una pareja que quería tarros para llevar. Mateo me dijo que viniera, que me enseñaba dónde iban mis cosas, y echó a andar sin esperar a comprobar si lo seguía. Lo seguí.

En el despacho del fondo había dos sillas. Fui hacia la de la izquierda sin pensarlo, la que dejaba la pared en la espalda y la puerta de cara, porque me siento así desde hace tanto que ha dejado de ser una decisión. Mateo la separó un poco antes de que yo llegara. Lo justo para que me sentara. No dijo nada. Lo que decía era que sabía cuál de las dos iba a elegir.

Me senté. Me dije que un hombre observador ve esas cosas en un segundo.

Es verdad que las ve. En un segundo, no.

Iba a preguntarle cuánto duraba el contrato. Es lo que pregunta alguien de paso. Abrí la boca y él ya estaba contestando.

—Hasta después de la fiesta. Seis semanas. Se renueva, si para entonces quieres quedarte. —Levantó la vista de los papeles—. Vas a querer.

—No me conoces de nada para saber lo que voy a querer. —No —dijo.

Y no añadió nada, que es la forma más rápida de dejar una frase abierta en medio de una habitación. Me tendió un juego de llaves del centro por encima de la mesa. Al cogerlas le rocé los dedos, y fue un roce de nada, y duró lo que duran esas cosas, y aun así me lo apunté como se apunta un gasto que no estaba en el presupuesto.

Salí del centro cuando Celia echó el cierre. A mitad de la cuesta me di cuenta de que me había dejado la chaqueta en el respaldo de la silla. Volví.

La puerta seguía abierta. Mateo estaba dentro, solo, apagando luces. Me vio en el umbral.

—Has vuelto.

Las dos palabras solas, con un peso que no le correspondía a una chaqueta olvidada en una silla. Después se le recolocó algo en la

cara y lo arregló.

—Pensaba que ya te habías ido. Toma. —Me alcanzó la chaqueta —. Se te quedaba media vida aquí dentro.

La cogí. Le di las gracias con la sonrisa correcta y bajé la cuesta por segunda vez, ya de noche, con el zumbido del cristal todavía metido en algún sitio detrás de la oreja.

Tenía motivos para ir contenta. Había calculado semanas para llegar a tocar a un Salcedo, y el primer día me habían presentado al que lo llevaba todo, y el que lo llevaba todo me había apartado la silla y me había dicho que iba a querer quedarme. Iba rápida.

La gente que va rápida debería dormir bien.

A media cuesta noté que estaba sonriendo. No me la había puesto. No la había pesado. Estaba ahí sin mi permiso, trabajando para alguien que no se lo había pedido, igual que las abejas detrás del cristal.

Capítulo 3

A un sitio se le aprende antes el horario que la gente. En cuatro días ya sabía a qué hora entraba el primer camión, cuándo paraban a almorzar los hombres de la nave, qué puerta no cerraba bien y por dónde se salía del recinto sin pasar por delante de nadie. Las personas vinieron después, como vienen siempre, cuando ya tenía el plano dibujado.

La cooperativa era mucho más que el centro de los turistas. El centro era el escaparate, la parte con cristal y cucharillas de madera. Detrás estaba la nave de verdad. Bidones hasta el techo. La extractora soltaba un zumbido grueso y un olor caliente y dulce que se te metía en la ropa y no salía con un lavado. Una cinta de envasado escupía tarros sin parar, todos con la etiqueta hacia delante, para que el apellido entrara en cada caja mirando al frente.

Yo me movía por allí con una carpeta en la mano. Una carpeta es el mejor salvoconducto que hay. Quien lleva una carpeta tiene un motivo, y a quien tiene un motivo no se le pregunta nada. Anotaba pedidos que no me importaban y, mientras tanto, contaba puertas, contaba hombres, aprendía qué Salcedo daba las órdenes y a quién se las daba.

A la madre la conocí un jueves, entre la cámara fría y la cinta de envasado, con un dedo pasado por el canto de una estantería para comprobar si quedaba polvo. Quedaba. Lo limpió en un pañuelo y miró el pañuelo más rato del que necesita un pañuelo.

—Tú eres la chica nueva. —No era una pregunta, así que esperé —. Vera. ¿De dónde nos has salido, Vera?

—De la costa. Estaba en un sitio parecido, atención al visitante. Vi lo de la temporada aquí y…

El móvil sonó. Lo cogí antes de que acabara el primer tono, antes de acabar yo la frase, con esa parte de la mano que decide sola y no me consulta. Un número equivocado. Una voz de hombre que buscaba a una tal Merche. Colgué.

Cuando levanté la vista, Amparo Salcedo me miraba el teléfono como se mira una carta que ha llegado ya abierta.

—Qué rápida. ¿Esperabas una llamada importante?

—No. Los cojo todos así. No sé hacerlo de otra manera.

—Ya.

Lo dejó ahí. La gente que sabe mandar conoce el valor de no terminar una frase. Se guardó el pañuelo, se quitó de la manga una mota que yo no vi, y antes de seguir su camino me dejó una última cosa, envuelta en el papel bonito de la hospitalidad.

—Aquí trabajamos en familia, Vera. Lo bueno de la familia es que una acaba enterándose de todo lo que pasa bajo su techo. Tarde o temprano. —Me sonrió sin gastar nada en la sonrisa—. Casi siempre temprano.

Me dejó plantada entre los tarros, con la carpeta de adorno y la sensación exacta de haber sido olida.

Para acercarme a Mateo no hizo falta cálculo, y eso, si yo hubiera estado escuchándome, tendría que haberme escamado. Me quedé en el centro después del cierre con la excusa de cuadrar la caja, que no necesitaba cuadrar. Él apareció igual que la primera vez, sin ruido, como si el edificio lo fabricara en la habitación de al lado.

—¿Por qué te quedas hasta tan tarde un día que no te toca? —preguntó.

No lo preguntó como una pega. Lo preguntó como si la respuesta fuera a importarle de verdad, y eso descoloca, porque casi nadie hace ya esa clase de preguntas.

—No tenía prisa por bajar a una casa vacía.

—Yo tampoco. —Apoyó el hombro en el marco de la puerta, sin ninguna intención de irse a ningún sitio—. Llevo mucho tiempo sin tener prisa por nada. Puedo esperar lo que haga falta.

Cuatro días. Un hombre que te conoce desde hace cuatro días no dice "lo que haga falta". Dice otras cosas, cosas pequeñas, del tamaño de cuatro días. Me dije que era un hombre intenso y que los hombres intensos van rápido, y que eso me venía bien, porque yo también iba rápida y por otros motivos.

Se separó del marco y cruzó hacia el mostrador. No me tocó. Solo acortó la distancia hasta dejarla en una medida que ya no era profesional, y se quedó ahí, y me miró como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y él lo supiera y yo todavía no. Se me subió el pulso a la garganta. Lo bajé a base de voluntad, que es un músculo, y me aparté un paso con una sonrisa de buenas noches.

Bajé la cuesta pensando que el trabajo iba bien. Demasiado bien es una manera de ir mal, pero esa frase la pensé y la dejé pasar, porque era tarde y porque la casa me esperaba vacía.

La casa de Rosa estaba tan callada como la había dejado por la mañana. En el fondo del armario, detrás de la ropa que no me pongo, seguía la caja. La había empujado hasta tocar la pared el primer día, que es adonde van las cosas que una trae consigo pero no quiere tener delante.

La bajé. Cartón blando por las esquinas de tantos años y tantas mudanzas. Cosas de cuando tenía dieciocho. La tuve un rato en las rodillas, sentada en el borde de la cama, con las dos manos encima como si pesara más de lo que pesaba.

No la abrí.

La devolví al armario, esta vez más al fondo. Hay un orden para todo lo que he traído a este pueblo. La caja iba la última, y todavía faltaba mucho para la última.

Capítulo 4

Mateo entró en el centro a la hora muerta de la tarde, cuando el último autocar de turistas ya había soltado a su gente cuesta abajo y solo quedábamos las abejas detrás del cristal y yo. No venía a nada. Esa fue la primera cosa rara. La gente que dirige una cooperativa no tiene huecos en la agenda para no venir a nada.

Se paró al otro lado del mostrador. Yo estaba colocando tarros, del más claro al más oscuro, y seguí, porque tener las manos ocupadas es la mitad de cualquier conversación que no quieres tener entera.

—Lo haces como si llevaras años —dijo.

—¿El qué?

—Ordenar lo de otros.

Le quité importancia con la cara. Él alargó el brazo por encima del mostrador y me apartó un mechón de la frente, despacio, como quien tiene derecho. Lo raro no fue que lo hiciera. Lo raro fue que no me aparté. Cuatro días antes me habría apartado. Me quedé quieta, dejándome tocar por un Salcedo, y la parte de mí que no descansa nunca tomó nota del fallo.

—¿Qué haces esta noche? —preguntó.

El móvil me sonó en el bolsillo. Lo cogí antes de que terminara el primer tono, con la mano que decide sola, y descolgué sin mirar quién era. Publicidad. Una grabación de una compañía de luz. Colgué. Cuando levanté la vista, Mateo me miraba la mano, no la cara, con una atención pequeña y exacta que no me gustó y que aparté como se apartan los cabos sueltos cuando se tiene prisa.

—Decías —dije.

—Que qué haces esta noche.

—Dormir.

—Mentira. —No lo dijo con dureza. Lo dijo como quien reconoce una cara—. Pero vale.

Bajé la cuesta con su mano todavía marcada en la sien. Entré en la casa, cerré, y saqué de debajo de la cama lo que de verdad hago yo por las noches.

Eran diez años de papel. Recortes amarillos de los dos periódicos de la provincia. Fotocopias del atestado, pedidas hacía mucho con un nombre que entonces aún era el mío. Un plano del pueblo con el monte dibujado a mano, el mío, de tanto rehacerlo. Lo extendí en el suelo, como cada noche desde que había llegado. Y como cada noche, el papel contó la misma historia y yo no me la creí.

El papel contaba un accidente. Olalla Ledesma, dieciséis años, había subido de noche a los colmenares viejos, un sitio cerrado, sin luz, al que no se le había perdido nada, y se había caído a un pozo seco. El monte se la quedó hasta la mañana siguiente. Mala suerte y oscuridad. Eso firmaba el atestado, y eso había firmado el pueblo, que es quien firma de verdad.

Lo que el atestado no firmaba eran los cuarenta minutos.

Entre la última persona que la vio viva, un hombre que volvía de regar y se la cruzó en el camino del monte a las nueve y diez, y la hora en la que, según el forense, no había podido morir antes, había cuarenta minutos. Cuarenta minutos en los que una cría de dieciséis años estuvo sola, de noche, en un sitio al que no sube nadie. El atestado los despachaba en una línea. "Permaneció un tiempo en la zona." Un tiempo.

Yo había hecho ese camino tres veces ya, de día, con un reloj. Sé lo que se tarda en subir y lo que cuesta dar con el pozo si no sabes de antemano que está. Cuarenta minutos no es perderse. No es un paso en falso en lo oscuro. Cuarenta minutos es alguien. Una niña no pasa cuarenta minutos sola en lo alto de un monte. Pasa cuarenta minutos con quien la ha hecho subir.

Entre los papeles guardo una foto. La única que me traje. Olalla a los dieciséis, entornando los ojos contra el sol, con esa cara de estar a punto de decir algo. Siempre estaba a punto de decir algo.

La última vez que de verdad hablamos, la semana de antes, no nos dijimos nada bueno. Discutimos. Por una cosa de hermanas, de esas que mientras las tienes parecen el final del mundo y que ya ni sé contar bien, porque les he echado encima diez años de echarla de menos. No hicimos las paces. No me dio tiempo, o no quise, que desde aquí es lo mismo. Te peleas con tu hermana un martes cualquiera convencida de que el perdón es algo que va a estar siempre ahí, esperando, como el agua del grifo. Un día subes a abrir el grifo y resulta que no.

En todo aquel papel, el apellido Salcedo no estaba escrito en ningún sitio. Estaba debajo de todo. El monte era suyo. El pueblo que firmó el atestado vivía de su miel. El forense comía de esa mano, y el alcalde, y el cura que le había echado la tierra encima a mi hermana. Y yo me había pasado la tarde dejando que un Salcedo me apartara el pelo de la cara.

Recogí el papel del suelo pasada la una, lo devolví a su sitio bajo la cama y salí al porche a respirar el cansancio antes de acostarme.

La caja del correo estaba abierta.

Yo la dejo cerrada. La dejo cerrada porque las cosas que coloco de una manera me cuentan al volver si alguien las ha tocado. Estaba abierta y estaba vacía, y eso fue lo peor, porque vacía quería decir que quien la abrió no buscaba nada dentro. No había venido a llevarse mi correo. Había venido a que yo supiera que había venido.

Me quedé en el porche con el frío subiéndome por los pies. Acababa de pasar la noche reconstruyendo a un pueblo que diez años atrás había visto subir a una niña a un monte y había decidido no ver nada. Y el mismo pueblo acababa de bajar hasta mi puerta para enseñarme que a mí sí me veía.

Capítulo 5

Pasé dos días portándome como una turista de manual. Sonreía a la hora correcta y no preguntaba nada. Dejaba la caja del correo cerrada y comprobaba al volver que nadie la había vuelto a abrir. Nadie la abrió. El pueblo había dicho lo suyo y ahora esperaba, a ver qué hacía yo con el recado.

Lo que hice fue dejar que Mateo Salcedo me llevara a ver las abejas.

Me dijo que las de verdad no estaban detrás de un cristal y que, a esa hora, con el día cayéndose, no picaban. Las dos cosas resultaron ciertas, que ya era más de lo que solía sacarle yo a un hombre en una tarde.

El colmenar nuevo estaba en la falda del monte, del lado bueno, lejos del que yo subía con un reloj en la mano. Filas de cajas de madera pintadas de colores ya descoloridos por el sol, puestas todas mirando al mismo sitio, como un pueblo pequeño y obediente. Olía a humo de ahumador y a tomillo del que pisábamos al andar. La luz se iba por detrás del monte y dejaba el campo de ese dorado corto que no dura nada.

Mateo se movía entre las cajas sin prisa, sin red en la cara, levantando una tapa aquí y otra allá con las manos desnudas. No era el hombre quieto del centro. Era otro, uno que conocía cada cosa que tocaba, y verlo así, suelto, me desordenó un poco el plan que llevaba en la cabeza.

—¿Tú querías esto? —le pregunté—. Lo de llevar el apellido.

—A nadie se lo preguntan. —Echó humo despacio en la entrada de una colmena—. En esta familia no se elige. Se hereda. Mi padre

lo cuenta como si te estuviera haciendo un regalo.

—¿Y no lo es?

—Es una colmena. —Bajó la tapa—. Cada uno tiene su sitio y su tarea, y el que un día deja de servir… —Dejó la frase colgada, con los ojos en las cajas—. Las abejas son prácticas. Mi familia también.

Nos quedamos callados mientras el zumbido del colmenar bajaba de tono, miles de bichos metiéndose a la vez en sus cajas. Fue un silencio cómodo. Y los silencios cómodos con un objetivo delante son peligrosos, porque se te olvida que el objetivo está delante.

—Tú hablas poco de ti —dijo. No como una queja. Como quien constata el tiempo que hace.

Y yo, que tengo el guion aprendido, que sé esquivar esa frase con los ojos cerrados, bajé la guardia el tiempo de una respiración.

—Tuve una hermana —dije. Me oí decirlo, que es lo que pasa cuando dices algo que no llevabas pensado decir—. Pequeña. Murió. Hace mucho.

Lo que no le conté, porque eso no se cuenta entre filas de colmenas a un hombre al que llevas conociendo cinco días, fue lo otro. Detrás de la que se muere de verdad se muere también una familia entera, despacio, sin que lo certifique nadie. Mi madre dejó de cocinar. Durante meses comimos de pie lo que hubiera, y mi padre se dedicó a arreglar cosas de la casa que no estaban rotas, un grifo, una bisagra, la misma bisagra una y otra vez, porque arreglar era lo único que se le parecía a poder hacer algo. El pueblo trajo guisos los primeros días, en fuentes con el nombre puesto por debajo con esparadrapo para que supieras a quién devolvérselas. Lloró en misa, el pueblo, lloró con ganas. Y luego firmó un papel que decía accidente y volvió a su miel. Un pueblo puede llorar a una cría por la mañana y darle la razón a quien manda esa misma tarde, y no se le mueve un músculo de la cara.

De aquella noche no hablo. Nunca. Ni a solas.

—¿Qué le pasó? —preguntó Mateo. Bajito.

—No hablo de aquella noche.

No insistió. Un desconocido habría insistido un poco, por buena educación, o me habría puesto una mano en el hombro para que se

le notara la pena. Mateo solo asintió, como quien tacha una línea de una lista que ya tenía escrita de antes.

Me miró. Llevaba un rato mirándome más de lo que se mira a alguien, con el último resto de luz puesto en mi cara, y no apartó los ojos cuando lo pillé haciéndolo.

—¿Qué? —dije.

—Nada. —Tardó en seguir—. Que se me hace raro. Llevo toda la semana con la sensación de estar acordándome de ti. No de conocerte. De acordarme.

Una versión más lista de mí le habría preguntado qué quería decir con eso. De qué se acuerda uno de una mujer a la que conoce de cinco días. Esa versión más lista llevaba toda la semana llegando tarde a cada cita conmigo misma.

No le pregunté. Dejé la frase donde la había puesto, bonita y torcida a la vez, y bajamos el monte con las abejas ya calladas y un trozo pequeño de luna por encima, y yo con la cara caliente en el sitio exacto en el que no me había tocado.

Capítulo 6

Los viejos de un pueblo lo guardan entero en la cabeza, ordenado por muertos. Por eso fui a buscar a Remedios. La habían nombrado dos veces delante de mí, las dos con esa media sonrisa que se le pone a la gente cuando habla de alguien a quien quiere y de quien se ríe a la vez. La vieja del molino. La que no baja. La que lleva sola más años de los que tengo yo.

Subí con la excusa puesta. Estaba recogiendo cosas viejas para el centro, fotos y trastos de desván, para una vitrina de la fiesta. Era una excusa buena. Le daba a cualquiera permiso para hablarme del pasado, y a mí permiso para escucharlo.

El molino estaba al final del camino, donde el río se estrecha y el monte empieza a tomárselo en serio. Un molino harinero parado desde hacía vidas, la rueda quieta y verde de musgo, medio edificio convertido en ruina y la otra mitad en casa. Olía a piedra mojada. Era la última puerta antes de que el camino dejara de ser camino y se pusiera a subir.

Remedios estaba en el umbral antes de que yo llamara, como si llevara un rato oyéndome subir. A lo mejor lo llevaba. Pequeña, seca, con los ojos despiertos metidos en una cara que ya no se molestaba en gastar expresiones.

—Cosas viejas, dices. —Se apartó para dejarme entrar, sin decir que entrara—. De cosas viejas aquí vamos servidos. Yo soy una.

Le pregunté por los colmenares de arriba, los que ya no se trabajan. Le dije que en el centro no teníamos ni una foto buena de cuando aquello estaba vivo.

—De aquello. —Se sentó. Tardó en seguir, como si la frase tuviera cuesta—. Aquello fue de los Vega antes que de nadie. Buena miel. Después fue de otros, y después se cerró, que es lo que les pasa a las cosas cuando cambian mucho de mano. Se cansan.

Dejé pasar el nombre. No había subido por nombres viejos. Le pregunté por el monte, por la gente que subía, por si quedaba alguien que se acordara de cuando aquello tenía vida.

—Yo. —Me miró por primera vez de verdad, no de refilón—. Yo desde esta puerta lo he visto todo. Todo lo que sube a ese monte sube por delante de mí, no hay otro camino. Y yo aquí, con el río, sin nada mejor que hacer que mirar. —Bajó la voz, y la voz, al bajar, se le puso útil—. La última vez que aquello tuvo gente de noche fue…

—Vera.

La voz de Mateo en la puerta. No lo había oído llegar, claro, nunca lo oigo llegar. Remedios cerró la boca despacio, como quien guarda una cosa en un cajón y le da la vuelta a la llave.

Yo no le había dicho a nadie que subía al molino. A nadie. Mateo estaba allí de todas formas, con el coche esperando abajo, en el único sitio del pueblo en el que no se le había perdido nada y al que había llegado justo a tiempo.

—Remedios se cansa con las visitas largas —dijo. Suave. Para la vieja fue una caricia, y para mí, una puerta cerrándose, y las dos cosas le salieron con la misma voz—. Te llevo. Tengo el coche abajo.

Me dejé llevar, que es lo que llevaba toda la semana haciendo y todavía no me había perdonado. Me puso la mano en la espalda y no apretó. No le hacía falta apretar. Bajé los escalones pensando dos cosas a la vez, que es como pienso desde que llegué a este pueblo. Una: Remedios sabía algo, lo tenía ya en la lengua, y Mateo había subido hasta aquel molino, con su coche y su voz de terciopelo, exactamente a tiempo de que no me lo dijera. Eso era él. El muro con cara amable que esta familia manda cuando hay que cerrar una puerta.

Dos: la mano que me sacaba de allí me gustaba en la espalda.

Las dos cosas eran verdad, y las dos juntas me dieron asco de mí.

Ya en la puerta, con el río volviendo a meterse en todo, Remedios habló a mi espalda. No alto. Lo justo para que me llegara.

—Oye, tú.

Me giré. Me miraba con esos ojos que no gastan nada en lo que no sirve.

—Yo a ti te he visto subir ese monte. No de ahora. —Se quedó buscando algo en mi cara, y lo encontró, o hizo como que lo encontraba—. La gente se me va, pero las caras se me quedan todas. Y la tuya subió por aquí una vez, hace ya…

Mateo me apretó el hombro y me bajó el primer escalón, y la frase de Remedios se quedó sin acabar, colgada del aire húmedo, como las dejaba ella siempre. Como las dejaba ella siempre, o como Mateo no la dejó terminar. Bajando ya no se distinguía.

Le dije a Mateo que sí a algo que no había escuchado. Subí a su coche con el molino quedándose atrás, y me fui repitiendo que Remedios era muy vieja, y que los muy viejos confunden las caras y las épocas, y a veces a los muertos con los vivos.

Me lo repetí hasta el coche.

No me duró ni hasta el coche.

Capítulo 7

Mateo conocía el techo de su cuarto mejor que la cara de su padre. Lo miraba casi todas las noches, tumbado, esperando un sueño que llevaba años llegando tarde y mal, cuando llegaba. Esa noche ni lo intentó. Se levantó, bajó descalzo a la cocina por la escalera que se sabía a oscuras, escalón a escalón, y se quedó de pie en lo negro, sin encender la luz, con un vaso de agua en la mano que no tenía intención de beberse. Lo había llenado por hacer algo con las manos. Las manos, cuando no duermes, piden tarea.

Desde la ventana de la cocina se veía la nave de la cooperativa, abajo, una mancha larga y negra recortada contra el monte, con el nombre de la familia apagado en la fachada. De día aquello era suyo. Lo llevaba él, lo firmaba él, los hombres le decían don Mateo y él contestaba que no hacía falta el don, y casi todos seguían diciéndolo igual, porque el don no era para él, era para el apellido, y el apellido sí lo querían tener contento. De día funcionaba. De noche, desde aquella ventana, se veía mejor lo que la cosa era de verdad. No una empresa. Una herencia con su nombre grabado encima en letras de hierro, recibida como se recibe un apellido: sin que nadie te pregunte, en ningún momento, si lo quieres.

Y de noche, además, estaba el cajón.

En el de abajo del escritorio de su cuarto había una cosa que Mateo llevaba diez años sin sacar. No la había tirado. Lo había pensado muchas veces —el río quedaba cerca, el monte estaba lleno de sitios— y no lo había hecho nunca, y esa incapacidad suya de deshacerse de aquello le decía sobre sí mismo más de lo que estaba dispuesto a escuchar. Tenía la llave. La llave iba en el llavero de

todos los días, entre la del coche y la de la nave, y se la rozaba con el pulgar veinte, treinta veces al día, en la nave, en el coche, sin darse cuenta, como se toca un diente que duele para comprobar si sigue doliendo. No abría el cajón. Hay cosas que no se guardan bajo llave, se guardan debajo de no mirarlas, y la llave es solo el cuento que te cuentas. Mientras no abriera, aquello seguía siendo pasado. El día que abriera, volvía a estar vivo, y volvía a estar vivo en el centro de la habitación, y ya no habría manera de volver a meterlo dentro.

Diez años cerrando ese cajón cada noche con solo no abrirlo. Se le daba bien. Era, si lo pensaba, lo único que de verdad se le daba bien.

Y luego estaba ella.

Llevaba toda la semana descolocado, y sabía el día exacto en que había empezado, y sabía la hora, y sabía el sitio: la plaza, el autobús, una mujer bajando con una maleta y mirando los carteles de la fiesta un segundo más de lo que los mira quien acaba de llegar. No se lo decía con palabras, ni siquiera a solas en una cocina a oscuras, porque ponerle palabras a aquello era una manera de abrir el cajón sin tocar la llave. Solo sabía que desde que aquella mujer había cruzado la plaza él dormía aún peor que de costumbre, miraba más el techo, y le daba vueltas por dentro a cosas que tenía bien quietas y bien colocadas desde hacía mucho, y que ahora se le movían solas, de noche, como muebles en una casa vacía.

La veía a todas horas aunque no la tuviera delante. La manera que tenía de contestar sin contestar, de devolver la pregunta convertida en otra cosa más pequeña. La costumbre de mirar la puerta de una habitación antes de mirar a la persona que tenía al lado, y de sentarse siempre de cara a esa puerta, con la pared detrás. La cara que se le quedaba cuando creía que no la miraba nadie: una cara cerrada, quieta por fuera, de estar trabajando por dentro en algo que pesaba. Y una cosa más, pequeña, una tontería en la que un hombre no debería fijarse y en la que él se había fijado el primer día. Que cogía el teléfono al primer tono. Siempre. Cualquier llamada, a cualquier hora, descolgada de un manotazo antes de que el aparato terminara de sonar una sola vez. Como

quien aparta una cosa de delante a toda prisa. Como quien lleva años sin poder soportar el ruido de un teléfono sonando.

La gente del pueblo lo decía fácil: una mujer nerviosa, de ciudad, de esas que viven con prisa. Mateo la había visto hacerlo tres o cuatro veces y no había pensado nervios ni un momento. Había pensado otra cosa, y la había soltado enseguida, como se suelta un hierro caliente, porque pensar aquello entero, hasta el final, era abrir el cajón. Esa mujer no le daba miedo. Le daba otra cosa, una para la que no tenía palabra, o para la que sí tenía una y no se dejaba decirla ni dentro de la cabeza.

Y por debajo de todo lo demás había una sensación más, y esa era la que de verdad le quitaba el sueño, más que el deseo, más que la cara cerrada, más que el teléfono. La certeza, física, de tripa, de que aquella mujer en aquel pueblo era una cerilla encendida andando despacio entre cosas secas. No hacía falta que hiciera nada. Le bastaba con estar, con seguir ahí, con seguir preguntando con esa voz suya que no preguntaba. El pueblo entero la miraba ya. Su madre la miraba, y cuando su madre miraba a alguien dos veces era porque ya había decidido algo. Y él sabía, con el cuerpo antes que con la cabeza, que si la dejaba arder a su aire iba a prender el monte entero, y que entonces ya nadie, ni él, iba a poder pararlo.

La salida sensata era una sola y la tenía clarísima, tan clara que casi daba risa lo fácil que era de ver y lo imposible que era de hacer. Quitársela de encima. Inventarle un motivo, no renovarle el contrato después de la fiesta, ponerle el dinero de las semanas en un sobre y dejar que se marchara por la misma carretera por la que había venido. El pueblo se cerraría detrás de ella en dos días, como se cierra el agua detrás de una piedra. Eso es lo que habría hecho un hombre con el sueño entero. Un hombre que todavía tuviera algo que proteger y las fuerzas justas para protegerlo y nada más.

Mateo se terminó el vaso de agua de un trago, de pie en la cocina a oscuras, con la nave negra ahí abajo y su nombre apagado en la fachada, y supo que no iba a hacer eso. Supo que iba a hacer lo contrario, y lo supo con la misma certeza tranquila con la que conocía el techo de su cuarto. Iba a tenerla cerca. Todo lo cerca que ella se dejara tener, el tiempo que hiciera falta, costara lo que

costara y le costara a quien le costara. No era una decisión, porque una decisión se toma, y aquello él no lo estaba tomando: lo estaba reconociendo, como se reconoce el tiempo que va a hacer mañana por cómo huele el aire esta noche. Y supo, en el mismo trago de agua, otra cosa más: que de las dos salidas que tenía delante acababa de quedarse con la peor. Con la única que podía terminar de quemarlo todo. La de él incluido.

Dejó el vaso en el fregadero, despacio, para no hacer ruido en la casa dormida. Subió a acostarse por la escalera que se sabía de memoria.

Al pasar por delante del escritorio no abrió el cajón.

Tampoco esa noche.

Capítulo 8

El pueblo empezó a vestirse para la fiesta un lunes. Amanecieron guirnaldas de lavanda cruzando las calles de balcón a balcón, y el olor, que ya estaba en todas partes, se puso por encima de lo demás. Valdecolmena entero olía a su propia mejor versión.

Esa misma tarde lo hicieron oficial en la plaza. Un escenario pequeño, el alcalde diciendo cuatro cosas, y detrás de él, sin necesidad de subirse a nada, Aurelio Salcedo. Hay hombres que no necesitan el escenario porque el escenario ya es suyo.

El alcalde leyó las fechas. La fiesta caía, como cada año, el último fin de semana del mes. Y el último fin de semana del mes era el aniversario. Diez años justos. Lo leyó con la voz de quien anuncia algo bueno, porque para el pueblo lo era, y la gente de alrededor aplaudió, y yo aplaudí con ella, porque las manos saben hacer su trabajo aunque una esté en otro sitio.

Cuando Aurelio bajó del no escenario, fue saludando, dando la mano, dejando que el pueblo se la diera. Llegó hasta nosotros porque Celia estaba a un lado mío y Mateo al otro, los dos hijos haciendo bloque, y un padre va donde están sus hijos.

—Padre, esta es Vera —dijo Celia—. La del centro, ya te conté.

Aurelio me tendió la mano. Y antes de dármela, en el medio segundo en que un hombre decide qué cara va a poner, se le quedó la cara sin poner. Fue muy corto. Lo habría pasado por alto cualquiera que no se gane la vida mirando esos medios segundos. Aurelio Salcedo me miró como se mira una corriente de aire dentro de una habitación cerrada. Buscando por dónde había entrado.

—Vera. —La mano, seca y un punto larga—. La chica que ha venido de tan lejos a echarnos una mano con la fiesta. Mi mujer me ha hablado de ti.

—No tan lejos —dije.

—Lejos es lo que uno quiera que sea. —Sonrió. La sonrisa le funcionaba bien, de tanto usarla—. ¿Y qué tal te trata Valdecolmena? Es un sitio tranquilo. A la gente de fuera a veces se le hace demasiado tranquilo. Se aburre. Y el que se aburre escarba. —Me soltó la mano—. Tú no me pareces de las que se aburren.

Un hombre que controla un pueblo entero no le dedica medio minuto y una advertencia a la chica de temporada que ordena tarros. No, a menos que esa chica le haya removido algo por dentro. Aurelio Salcedo me había mirado con miedo. Poco, bien tapado, pero miedo. Y un hombre solo le tiene miedo a quien puede quitarle algo. Aquel hombre tenía algo que esconder, y yo me le había puesto justo delante.

Mientras su padre hablaba, Mateo no dijo una palabra. Se quedó a mi lado, con esa quietud suya que no descansa, tan cerca que le notaba el brazo sin que me tocara, y entre el padre y el hijo había un frío viejo, de los que ya no se discuten porque ya se han dicho todo. Lo anoté como anoto todo. Una familia con grietas es una familia por la que se puede entrar.

Me fui de la plaza antes de que encendieran las bombillas de feria. Subí hacia la casa con el pueblo a la espalda. El día se caía despacio por detrás del monte y olía a lavanda por todas partes, porque ese día el pueblo entero olía a lavanda.

Y entonces me vino.

Hay un sueño que tengo desde hace diez años y no cambia nunca. Huele a lavanda y es esta hora, la hora en que el día se cae. Un teléfono suena en algún sitio, y suena, y no para de sonar. Y yo tengo las manos puestas sobre una piedra, y la piedra está fría, fría de una manera que después no se quita en horas. No pasa nada más. No hace falta que pase nada más para despertarme con el corazón dando golpes.

Lo que no me había pasado nunca era que me viniera despierta. De pie, en mitad de una cuesta, con los ojos abiertos. Olía a lavanda

de verdad, el día se caía de verdad, y por un momento las manos se me quedaron frías como si tuvieran debajo la piedra.

Me dije que era el pueblo. Que el pueblo me estaba metiendo el duelo por la nariz, con tanta lavanda y tanta fiesta, y que el duelo, cuando lo aprietas, hace estas cosas. Te saca los sueños viejos a pasear a plena luz.

Seguí cuesta arriba. Detrás de mí el pueblo encendía sus bombillas de colores para una fiesta que iba a celebrarse, con música y con miel, el mismo día en que mi hermana, hace diez años, subió un monte y no volvió a bajar.

Tenía hasta esa noche. Lo entendí ahí, en la cuesta, con las manos aún medio frías. Hasta esa noche para sacarle a este pueblo lo que le había venido a sacar. Después, la fiesta pasaría por encima de la fecha como pasa el agua por encima de una piedra, y la fecha volvería a quedarse lisa y muda otros diez años.

No pensaba dejar que se quedara muda.

Capítulo 9

Tengo una regla para acercarme a alguien que solo me importa como una puerta. Una. No perder nunca de vista cuál de los dos lleva el volante.

Me la sabía. La había usado en otras ciudades, con otros nombres, contra otra gente, y me había funcionado siempre, porque es una regla buena y barata: cuesta solo no olvidarla. Esa noche se me cayó de las manos como se cae un vaso. Sin tiempo para nada. Antes incluso de oír que se rompía contra el suelo.

Mateo me acompañó a casa después de la plaza. No se lo había pedido. Bajamos la cuesta sin hablar apenas, con el pueblo apagándose detrás y la lavanda metida en todo, y en la puerta él no hizo el gesto del que se despide. Se quedó. Se apoyó en el quicio del porche con esa manera suya de ocupar un sitio sin moverse, y se quedó más rato del que se queda quien va a marcharse.

Yo sabía lo que estaba pasando. Es más: me dije que lo había decidido yo. Acercarse del todo al heredero era el trabajo, el trabajo se hace, y un cuerpo en una cama cuenta cosas que una boca vigilada no cuenta. Me lo formulé así, con esas palabras de oficina, mientras metía la llave en la cerradura. Abrí la puerta. Lo dejé entrar. Y dentro de la cabeza me oí decir, con mi voz más tranquila, la de operadora, que tenía esto controlado, que el volante lo llevaba yo.

No fue como lo tenía pensado.

Lo tenía pensado como se piensan estas cosas desde fuera, con orden, yo marcando el paso, midiendo lo que daba y lo que no. La realidad no se pareció en nada al plano. Mateo no me dejó medir. Me besó nada más cerrar la puerta, sin el trámite de las primeras

veces, sin esa torpeza de inventario que tienen los desconocidos buscándose la cara. Me besó como quien lleva mucho tiempo sin beber y por fin le acercan el agua. Había prisa, sí. Pero era una prisa con años debajo. La prisa del que no termina de creerse que tiene delante lo que tiene delante, y se da brío por miedo a que se lo quiten antes de tiempo.

Me llevó él. Esa es la verdad, y me costó reconocerla incluso mientras estaba pasando. Yo, que había entrado en mi propia casa con un plan en la mano, me encontré con la espalda contra mi propia pared y sin plan ninguno, dejándome hacer y queriendo que me hicieran, que son dos cosas distintas y aquella noche me pasaron las dos juntas y a la vez. Le notaba las manos seguras. Se movían por mí sin preguntar, sin la duda del que recorre un sitio por primera vez. Se movían como se mueve uno por una casa en la que ya ha vivido. Lo registré, porque yo lo registro todo, hasta debajo de un hombre; lo registré y no supe dónde ponerlo, y al final lo solté, porque pesaba menos soltarlo que sostenerlo.

Nos movimos hacia el cuarto sin acordarlo. Le quité la camisa y él me quitó lo que llevaba con un cuidado que no encajaba con la prisa, las dos cosas a la vez otra vez, prisa y cuidado, como si una parte de él tuviera miedo y la otra hambre. La cama era estrecha y mía, la única cama mía de verdad en años de camas prestadas, y la hice nuestra sin pensar en lo que eso me iba a costar después.

Por un segundo, uno solo, la parte de mí que no se apaga nunca abrió un ojo. Miró por encima del hombro de Mateo, hacia la oscuridad de debajo de la cama, hacia lo que guardo ahí, los diez años de papel, el plano del monte, el atestado con su línea subrayada en rojo. Y se acordó, en ese segundo, de quién era el hombre que tenía encima, de qué apellido llevaba, de para qué exacto había bajado yo de aquel autobús con una maleta. Un segundo. Después esa parte cerró el ojo, se calló, se apartó. Y me dio igual. Eso fue lo que de verdad me asustó, ya entonces, en mitad de todo: no que él me llevara. Que a mí me diera igual perder el volante. No tuve miedo de Mateo aquella noche. Tuve miedo de mí.

Y entonces, con la guardia por los suelos, en el peor momento o quizá en el único en que ya no era capaz de pararlo, me vino. Otra vez. Pero esta vez no fue un sueño viejo cruzándome la cabeza de lejos, como en la cuesta. Esta vez lo tuve encima, dentro, con todo su peso.

Olía a lavanda y era la hora en que el día se cae. Un teléfono sonaba en algún sitio, y sonaba, y no paraba de sonar. Y tenía las manos puestas sobre una piedra, y la piedra estaba fría, tan fría que el frío me subió por los brazos y me sacó del cuarto, y me sacó de Mateo, y me sacó de mi propia cama y de mi propio nombre, y me dejó a oscuras en otro sitio, de pie, con las palmas heladas y aquel teléfono sonando, sonando, sin que nadie, nunca, en diez años, lo cogiera.

Salí de allí tan de golpe como había entrado. Volví al cuarto, a la cama, a Mateo, a sus manos, que seguían siendo manos de ahora, de carne, de esta noche, calientes. Me agarré a eso. Me agarré a él con las dos manos, una en cada hombro, las uñas dentro, para no quedarme en el otro sitio, para que el calor de un cuerpo presente le ganara la partida al frío de una piedra que no estaba. Funcionó. Volvió el calor. Volví yo. Pero volví con la piedra dentro, las dos temperaturas a la vez bajo la misma piel, y él no se enteró de nada, y no le dije ni una palabra. Se puede compartir una cama con un hombre y estar, al mismo tiempo, sola en lo alto de un monte. Aquella noche aprendí que se puede.

Después nos quedamos quietos los dos, en mi cama estrecha, en la oscuridad de una casa que de pronto era menos mía que por la mañana. Él tenía la cara metida en mi pelo y respiraba hondo y despacio, con la respiración de un hombre que lleva mucho aguantando algo y que, por un rato, ha encontrado dónde dejarlo en el suelo. Yo le oía el corazón ir bajando de revoluciones contra mi hombro. Tendría que haber estado pensando en el trabajo. En lo bien que iba el trabajo. No estaba pensando en el trabajo.

Y entonces dijo algo.

Lo dijo bajo, contra mi pelo, en ese tono en que se dicen las cosas que se dicen más para uno mismo que para quien las va a oír. No lo entendí. Pillé la forma, pillé el peso —y pesaba, pesaba como

pesa lo que se lleva mucho tiempo sin decir—, pillé una palabra suelta en mitad que lo mismo era una cosa que era otra parecida. Nada más. Le habría bastado con que yo se lo pidiera. Una sílaba mía en la oscuridad, un "¿qué?", y me lo habría repetido, más claro, más cerca.

No se la di.

Me quedé callada, con los ojos abiertos en lo negro del techo, sintiéndole la respiración en el pelo. Una mujer que ha venido a un sitio a desenterrar la verdad, que ha hecho de querer la verdad su oficio y su venganza, debería quererlas todas. Hasta las pequeñas. Hasta las que un hombre dice sin querer contra el pelo de una a las tantas de la noche. Y yo las quería todas. Esa es la pura verdad. Las quería todas.

Esa no.

Esa noche aprendí de mí una cosa más, y tampoco me gustó, y van dos en la misma cama. Aprendí que hay verdades que prefiero no oír si oírlas me obliga a soltar lo que ya tengo agarrado. Que no soy, no del todo, la mujer limpia y fría que va detrás de los hechos pase lo que pase. Que también sé hacerme la sorda, cuando me conviene, igual que este pueblo lleva diez años haciéndose el sordo, y que la diferencia entre el pueblo y yo aquella noche se había puesto fina, muy fina.

Y aprendí lo último, lo peor, lo que me tuvo despierta hasta que la ventana se puso gris. Que tenía agarrado a Mateo Salcedo con las dos manos. No con una, dejando la otra libre para el trabajo, para tomar nota, para sostener el plano. Con las dos. Y que, mientras lo tuviera así, no me iba a quedar ninguna mano libre para lo que de verdad había bajado a hacer a este pueblo.

Capítulo 10

Mateo se fue de mi cama con la primera luz. Antes de irse hizo una cosa que yo no le había pedido y que no le habría pedido nunca: me tapó. Me subió la sábana hasta el hombro, despacio, con el cuidado con que se tapa a alguien a quien se quiere dejar dormir. Hacía años que nadie me tapaba. Me hice la dormida, para que no se le notara que se lo dejaba hacer y para no tener que decidir qué cara poner cuando cerrara la puerta.

Esa misma mañana fui a buscar pruebas contra su familia. Así soy yo. Sin adornos, porque adornarlo sería otra mentira más, y a estas alturas ya tengo bastantes.

La excusa de las fotos viejas para la fiesta me había abierto una puerta que valía oro: el archivo de la cooperativa. Un cuarto sin ventanas al fondo de la nave, con estanterías hasta el techo y cajas que olían a polvo y a papel guardado demasiado tiempo. Celia me dijo que cogiera para la vitrina lo que quisiera, que allí no entraba nadie desde hacía años, y se fue. La familia me había dejado sola con su memoria. No saben hacer otra cosa que confiar en quien les ordena los tarros.

Estuve toda la mañana. Saqué fotos de cuando los colmenares estaban vivos, hombres con sombrero y caras de otro siglo, para que la excusa siguiera teniendo cuerpo. Y debajo de las fotos, como debajo de todo en esa familia, estaban los papeles. Cuadernos de cuentas. Facturas atadas con gomas que se partían al tocarlas, ordenadas por años.

Bajé la caja del año que era el mío. El año.

La factura estaba a media caja, entre otras cien iguales, sin nada que la distinguiera salvo lo único que para mí lo distinguía todo: la fecha. La leí y se me paró algo dentro. El día siguiente. El día siguiente justo a la noche en que mi hermana subió al monte y no volvió a bajar.

Era de un taller, el del pueblo. Una reparación. Y en la línea de abajo, con la letra rápida de quien lleva las cuentas de una familia sin contar con que nadie las mire nunca, alguien había anotado de qué coche se trataba.

El de Mateo.

Daños en los bajos. La suspensión y el cárter, reventados. Yo había subido tres veces al camino de los colmenares viejos, con un reloj y con los ojos abiertos, y sé lo que es ese camino. Se come los coches. Piedra suelta y roca a flor de tierra, baches que no ves hasta que te los comes. No hay otro sitio cerca que te deje un coche así. No hay otro.

Y entonces se me colocó sola la otra mitad, la que llevaba diez años conmigo sin servir para nada. En el atestado, perdida entre las páginas, hay una línea que he leído cien veces. Una vecina dijo aquella noche que había visto un coche subir hacia el monte, tarde. No se le dio importancia. No se pudo identificar el coche. Punto. Diez años siendo un coche sin nombre.

Ya tenía el nombre. Lo tenía en las manos, en un papel de taller, escrito con la letra descuidada de alguien de la familia.

El coche de Mateo subió al monte la noche en que mataron a mi hermana. Y al día siguiente, con las primeras horas, alguien lo bajó al taller hecho un destrozo, para que dejara de contarlo.

Me senté en el suelo del archivo, con la espalda contra una estantería, y me quedé un rato sin pensar nada, que es lo que hace la cabeza cuando le pones delante algo demasiado grande para pensarlo de una vez.

Mateo había estado allí.

La noche anterior yo había tenido a ese hombre dentro de mi cama. Le había dejado taparme. Le había oído decir algo bajito contra mi pelo y había decidido no preguntar qué, porque no quería soltar lo que tenía agarrado. Y resulta que lo que él me susurraba al

oído, fuera lo que fuera, lo susurraba un hombre que la noche en que se murió mi hermana tenía el coche en aquel monte.

No lloré. Llorar habría sido para otra, para una a la que esto le hubiera pillado desde fuera. A mí no me pilló desde fuera. Me pilló dentro, en el único sitio donde había dejado entrar a alguien en diez años, y eso no se llora. Eso se traga despacio, como se traga el cristal.

Volví a pasar la goma. Devolví la factura a la caja y la caja a su balda, porque una prueba en su sitio es una prueba que nadie sabe que has visto. Cogí las fotos de los hombres con sombrero, las de la excusa, y salí del archivo con la cara de la chica que ordena los tarros.

Tenía dos caminos y los vi los dos con claridad, de pie en la nave, con el polvo todavía en las manos. Uno era soltar. Hacer la maleta, bajar la cuesta, dejar que el pueblo se cerrara otra vez, dejarle a Mateo Salcedo la cara que me había puesto y el secreto que se había guardado, y vivir. La gente sensata habría cogido ese.

El otro era quedarme. Seguir investigando al hombre con el que me acostaba. Volver a su cama sabiendo lo que sabía. Dejar que me tapara y me dijera cosas al oído. Y construir con las dos manos, despacio y bien, aquello que iba a terminar con él.

Anoche tenía agarrado a Mateo Salcedo con las dos manos.

Esa mañana decidí no soltarlo. Decidí usarlo.

Capítulo 11

Llevaba tres días queriendo a Mateo Salcedo y reuniendo pruebas contra él, las dos cosas a la vez, y por las noches me daba cuenta de algo que me asustaba más que cualquiera de las dos por separado. No se peleaban dentro de mí. Crecían juntas, agarradas, comiendo la una de la otra.

Tres días sonriendo en el centro y ordenando tarros. Tres días dándole los buenos días a gente que a lo mejor vio subir a mi hermana a aquel monte y se calló. Y por debajo de todo, sin parar, la cabeza montando y desmontando una sola frase. El coche de Mateo estuvo allí.

La factura me había cambiado a Mateo de sitio. Hasta el archivo, él había sido un hombre intenso y raro, y lo raro me gustaba. Después del archivo volví a pasar por encima de todo lo que le había visto hacer, y lo raro dejó de ser raro. Se colocó en otro sitio, uno mucho peor. La forma en que me miró el primer día, como si me reconociera. Aquello de llevar la semana acordándose de mí y no conociéndome. Las preguntas que no me hizo nunca, las que hace cualquier desconocido. La manera en que apareció en el molino, con el coche, justo a tiempo de que Remedios cerrara la boca. Lo que me dijo al oído la noche que no quise oírlo.

Todo eso, que yo había ido guardando como se guardan las cosas bonitas de alguien, encajaba ahora en otra forma. La de un hombre que sabe algo de la noche en que se murió mi hermana, y que lleva diez años sabiéndolo, y que me había metido en su cama.

Tenía que seguir queriéndolo. Esa era la parte del trabajo. Lo difícil iba a ser acordarme de que era trabajo.

A Amparo me la crucé el jueves, en el patio de la cooperativa, y no fue por casualidad, porque a Amparo Salcedo no se la cruza una por casualidad. Me estaba esperando con un tiesto en las manos que no necesitaba mover de sitio.

—Te veo mucho con mi hijo —dijo.

—Trabajo en su empresa.

—Ya. —Dejó el tiesto donde estaba—. Trabajas en su empresa. Y le ordenas los tarros, y le ordenas el archivo, y ahora, por lo que se cuenta, le ordenas también las noches. —Me sonrió sin poner nada en la sonrisa—. Mateo es un chico que se entrega entero o no se entrega. Lo que se entrega entero se rompe entero. Espero que la chica que tenga eso en la mano lo sepa.

—Lo tendré en cuenta —dije. Cuatro palabras. Las mentiras caben en cuatro palabras, y la verdad, cuando duele, también.

Se fue con su tiesto. Yo me quedé entendiendo dos cosas. Una, que la familia ya había puesto nombre a lo que yo era para Mateo, y que lo vigilaba. Dos, que mi tapadera tenía que ser ahora más firme que nunca, porque ya no la miraba solo un pueblo aburrido. La miraba una madre. Esa noche, en casa, repasé a Vera Soto entera, costura por costura, como se repasa un paracaídas antes de tirarse. La dejé apretada. No me podía permitir un hilo suelto, no con la cuenta atrás de la fiesta encima y la cabeza puesta en lo único que importaba, que era llegar hasta el fondo de esa familia antes de que el pueblo me echara o me tragara.

Mateo vino a casa esa misma noche, sin avisar, como vienen los hombres que ya se sienten con permiso.

Lo dejé entrar. Lo dejé sentarse, hablar, llenarme la cocina pequeña con esa quietud suya que ocupa más que el ruido de cualquier otro. Y mientras lo miraba hacer, yo hacía dos cosas con la misma mirada. Lo estudiaba. Le buscaba en la cara, en las manos, en el modo de callarse, la sombra del hombre que tuvo el coche en el monte. Y lo deseaba. Las dos a la vez, sin que una le quitara fuerza a la otra. Lo deseaba más, puede que por eso, porque ya no era un hombre sin más, era un hombre con un fondo oscuro, y a mí el fondo oscuro me había gustado siempre, antes incluso de saber para qué iba a servirme.

—Estás lejos —dijo él en algún momento. No como un reproche. Como quien comprueba la temperatura de algo.

—Estoy aquí.

—No del todo. —Me cogió la cara con una mano, con cuidado, como se coge algo que se puede caer—. Da igual. Te espero. Ya sabes que se me da bien.

Y entonces lo dijo.

—Mis padres quieren conocerte como Dios manda. Ven a cenar a casa. A la casa de verdad, la de arriba. El sábado.

La casa de arriba. La de Aurelio. La de Amparo. La casa desde la que se gobierna un pueblo entero y, debajo del pueblo, todo lo demás.

Un hombre que dirige una cooperativa no lleva a una chica de temporada a la mesa de su padre. A no ser que esa chica haya dejado de ser, para él, una chica de temporada. Lo que Mateo me estaba ofreciendo, sin saber lo que me estaba ofreciendo de verdad, era la puerta. La puerta grande. El centro mismo de la colmena, con sus dos reinas viejas sentadas a la mesa.

—El sábado —dije.

Lo dije con la cara correcta, la de la mujer a la que le tiembla un poco la voz porque la van a presentar a la familia. Por dentro estaba fría y estaba contenta, y no me gustó estarlo, y lo estuve igual. Iba a entrar en la casa de los Salcedo del brazo de su heredero, con ellos abriéndome la puerta y dándome las gracias por venir.

Acepté creyendo que la trampa la ponía yo.

Capítulo 12

Llevaba semanas en Valdecolmena y había subido tres veces al monte sin llegar nunca hasta el pozo. Me decía que era método, que primero el camino y después el sitio. Era mentira. El sitio me daba miedo, y el miedo, cuando es viejo, aprende a disfrazarse de método.

La factura me quitó la excusa. Si el coche de Mateo había subido hasta arriba la noche de mi hermana, yo tenía que ver el arriba. Ver dónde terminaba el camino que recorrió aquel coche. Así que un día, a media tarde, le dije a Celia que me dolía la cabeza, salí del centro y subí.

Pasé por delante del molino sin mirarlo. Remedios no salió, o no la vi, y se lo agradecí a las dos posibilidades por igual. Más arriba el camino se estrechó, se llenó de piedra suelta, dejó de ser un camino. Ahí lo entendí con los pies, lo que la factura decía con números: por aquí no sube un coche sin pagarlo.

Los colmenares viejos eran un cementerio desde antes de tener un muerto. Filas de soportes de piedra donde un día hubo colmenas, ahora vacíos, comidos de zarza y de musgo. El monte se lo estaba tragando todo despacio, con esa paciencia que tiene el monte. No cantaba ni un pájaro. Un sitio donde se hizo miel durante cien años y donde ya no quedaba ni el olor.

El pozo estaba al fondo, casi escondido. Si no llego a saber que existía, habría pasado a su lado sin verlo, igual que pasó a su lado el atestado. Un pozo seco, de los de sacar agua cuando aquello tenía vida. Un brocal de piedra redondo, a la altura de la cadera. Y dentro,

oscuridad y un fondo que se adivinaba abajo. No tan abajo. Esa fue la primera cosa que me golpeó. No tan abajo.

Me asomé. Conté con los ojos lo que el atestado contaba con un dibujo. Olalla se cayó por aquí. Cinco metros, puede que seis. Suficiente para romperte. No suficiente para matarte en el sitio, no a los dieciséis, no con un cuerpo nuevo. El forense lo había dicho a su manera de forense, sin querer decirlo: mi hermana no se murió cuando cayó. Se murió más tarde. Estuvo ahí abajo un rato. Viva.

Y un rato es tiempo. Tiempo de subir a pedir ayuda. Tiempo de bajar una cuerda. Tiempo de salvarla. Mi hermana no se murió de una caída. Se murió de que alguien, teniéndola ahí abajo viva, decidiera que era más cómodo dejarla.

Me quedé mirando el fondo del pozo con esa frase nueva metida dentro, la frase que lo cambiaba todo de color. Se la pudo salvar.

Y en algún sitio de aquella frase estaba un coche. Un coche que subió este camino esa noche, que se reventó los bajos en estas mismas piedras, y que al día siguiente bajó al taller para que lo arreglaran. Alguien estuvo aquí. Alguien se asomó a este brocal, o no quiso asomarse, y se fue monte abajo dejándola. Y el sábado yo iba a sentarme a cenar en la mesa del dueño de aquel coche.

Apoyé las dos manos en el brocal para asomarme un poco más, para verle bien el fondo, y la piedra estaba fría.

Y me vino.

Olía a lavanda y era la hora en que el día se cae. Un teléfono sonaba en algún sitio, y sonaba, y no paraba de sonar. Y yo tenía las manos puestas sobre una piedra, y la piedra estaba fría.

El sueño se me salió del sueño. La piedra fría que llevaba diez años tocando dormida la estaba tocando despierta, con las dos manos, en el brocal de aquel pozo. El frío que me subía por los brazos a oscuras, de madrugada, hasta despertarme, era este frío. El de esta piedra vieja y redonda al borde de este pozo exacto. El sueño y el sitio se me juntaron en las palmas de las manos y dejé de saber cuál era cuál.

Quise explicármelo. Una se explica las cosas para poder seguir de pie. Me dije que era normal, que mi hermana se había muerto sobre una piedra fría, y que por eso yo soñaba con una piedra fría, que el

duelo es así de literal y así de bruto. Casi me valió. El sueño me lo dejé explicado así.

Lo otro no me lo pude explicar.

Aparté las manos del brocal y di un paso atrás, y me quedó algo en el cuerpo que el sueño no me explicaba y el duelo tampoco. Algo más simple. Más feo. Los pies, plantados en aquella tierra, sabían dónde estaban. No de saberlo por el atestado ni por el plano que dibujé cien veces. Lo sabían de otra manera. De la manera en que tu cuerpo se sabe a oscuras el pasillo de tu casa. Como si ya hubiera estado de pie justo ahí. En ese sitio exacto. Mirando ese fondo exacto.

Es imposible, me dije. Nunca había subido. Lo había evitado durante semanas.

Lo había evitado, en realidad, durante diez años.

Bajé el monte deprisa, antes de que se hiciera de noche, sin querer pensar por qué una persona evita durante diez años un sitio en el que no ha estado nunca.

Capítulo 13

Mateo cogió el coche de noche y condujo sin decidir adónde, que es como conduce un hombre que sabe muy bien adónde y prefiere no decírselo.

Bajó la cuesta del pueblo con las ventanillas subidas y la radio apagada. Pasó por delante de la nave, larga y negra, con el nombre de la familia dormido en la fachada. Pasó por delante del desvío de su propia casa sin frenar. El coche se sabía el resto del camino igual que se lo sabía él, y los dos hicieron como que era el coche el que mandaba.

Acabó donde acababa siempre cuando dejaba que el coche eligiera. Al pie del monte, en el punto exacto en que la carretera se rendía y empezaba el camino malo, el de los colmenares viejos. No subió. Nunca subía. Paró con los faros apuntando a la cuesta, apagó el motor, y el silencio del monte se metió en el coche de golpe, como se mete el agua en una barca con vía. Se quedó mirando lo oscuro de arriba, donde estaba el sitio.

Esa tarde le habían contado una cosa sin darle importancia, de esas que se sueltan entre dos asuntos de trabajo, con la voz con que se comenta el tiempo. Uno de los hombres de la nave, limpiándose las manos en un trapo. La chica nueva había subido al monte. Sola. Por el camino malo. Hacia los colmenares.

A Mateo esa frase le había quitado la tarde entera. Había firmado albaranes sin leerlos, le había contestado a su padre cosas que después no recordaba haber pensado, y ahora la frase le estaba quitando también la noche, sentado en un coche frío con los faros gastándose contra una cuesta.

Conocía aquel monte mejor que la mujer que había subido a registrarlo. Lo había pateado de crío, de chaval, en los años en que un monte es solo un monte y no el sitio donde se le tuerce a uno la vida. Conocía el pozo. Llevaba diez años con el fondo de aquel pozo detrás de los ojos, sin necesidad de volver a verlo, porque hay sitios que se te quedan dentro y dejan de necesitar que vuelvas; te los llevas puestos. Sabía que el pozo no era hondo. Cinco metros, puede que seis. Sabía que una caída ahí dentro rompía un cuerpo joven pero no lo apagaba de golpe. Sabía que una persona podía quedarse abajo, en lo oscuro, rota y despierta, durante un rato largo. Y sabía lo poco que hacía falta para sacarla de allí. Mucho menos de lo que la gente se cree. Una cuerda. Un par de brazos. La decisión de usarlos.

Aquella noche, hace diez años, la decisión fue otra.

No porque no se pudiera. Esa era la parte que a Mateo le había costado más años digerir, y que todavía, algunas noches como esta, se le quedaba sin tragar del todo. No fue que faltara tiempo. No fue que faltara una cuerda; en un colmenar siempre hay cuerda. No fue que el sitio estuviera lejos de todo, aunque lo estuviera. Se podía. Alguien estuvo de pie en aquel brocal, con la noche entera por delante y todo el tiempo del mundo en las manos, y en lugar de bajar hizo una cuenta. Puso una vida en un plato de la balanza. Puso un apellido en el otro. Y miró, sin prisa, hacia qué lado se inclinaba la cosa. El apellido pesó más. Así de sencillo, y así de sucio, y así de imposible de arreglar después. No hubo un arma en aquella noche. Esa es la mentira que más cómoda le venía al pueblo, la del accidente, la de la mala suerte y la oscuridad, y por eso el pueblo la firmó sin leerla. La verdad no necesitó un arma. Necesitó solo a un hombre quieto al borde de un pozo, escuchando, decidiendo no moverse. Lo más fácil del mundo es no moverse. Lo hace cualquiera. Esa fue la lección que Mateo aprendió a los veinte años y que llevaba diez sin poder devolverle a nadie.

Él no había hecho aquella cuenta. Quería tenerlo claro, ahí dentro del coche, aunque no hubiera nadie delante a quien decírselo. Él no estuvo en el brocal cuando la balanza se quedó quieta. Pero llevaba diez años viviendo dentro del resultado, y había aprendido pronto

que eso venía a ser casi lo mismo que haberla hecho. Porque una cosa así, cuando ocurre, no se queda donde ocurre. Alguien tiene que recogerla del suelo. Alguien tiene que cargar con lo que queda de aquella noche, guardarlo, callarlo, sostenerlo en pie un año y otro y otro, para que las personas que tienen que seguir respirando puedan seguir respirando. Esa parte la había hecho él. La estaba haciendo todavía, esa misma noche, sentado en aquel coche. Diez años cargándola sin que nadie se lo agradeciera, sin que nadie pudiera agradecérselo, porque agradecérselo habría sido nombrarla, y nombrarla era justo lo que no se podía hacer.

Le había costado lo suyo. El sueño, para empezar; el sueño se le había estropeado aquel verano y no se le había vuelto a arreglar. La capacidad de estar entero dentro de una habitación en la que también estuviera su padre. La idea, que de joven había tenido como la tiene cualquiera, de que su vida fuese a parecerse con los años a una vida: una casa con cosas en las paredes, un trabajo elegido, gente a la que contarle cosas verdaderas. Todo aquello lo había metido en el mismo sitio donde había metido lo demás, y había cerrado con llave, y se había quedado de guardia delante de la puerta cerrada. Era su trabajo y era su condena, las dos palabras a la vez, y hasta esa tarde, hasta el trapo de aquel hombre y aquella frase dicha sin importancia, Mateo había creído de verdad que podría con ello hasta el final. Que se haría viejo haciendo de muro, y que el muro aguantaría, y que con eso bastaba para llamarlo una vida.

Ahora ella subía el monte. Hacia el sitio.

Mateo se quedó en el coche, con los faros encendidos contra una cuesta que no pensaba subir, y se dio cuenta de una cosa que lo dejó más quieto todavía: no sabía qué quería que pasara. Y eso no le ocurría desde hacía diez años. Diez años sabiendo siempre, en cada bifurcación, cuál era el camino que protegía. Lo sabía con el cuerpo, antes que con la cabeza, como se sabe hacia qué lado va a caer un vaso. Esa noche, por primera vez, el cuerpo no le decía nada. O le decía dos cosas a la vez, y con la misma fuerza, y eso era peor que el silencio.

Una parte de él, la que llevaba una década de guardia, quería pararla. Apartarla del monte y del archivo y de la vieja del molino.

Taparle los ojos con las dos manos, con cuidado, hasta que se cansara de mirar, hasta que el pueblo se la quitara de encima como se quita de encima a todos los de fuera, y poder entonces volver a cerrar la puerta y seguir montando guardia en paz. Esa parte sabía muy bien cómo se hacía. La había ensayado durante años.

La otra parte, una que Mateo había dado por muerta y enterrada con todo lo demás de aquel verano, quería justo lo contrario. Quería que ella siguiera subiendo. Que llegara hasta el fondo de aquel pozo y sacara de allí, con sus manos tercas, lo que llevaba diez años en el fondo de aquel pozo. Que alguien, por una vez, después de tanto tiempo, le quitara a él el peso de las manos. Aunque fuera para tirárselo encima. Sobre todo si era para tirárselo encima. Esa parte no sabía cómo se hacía nada. Solo sabía estar cansada.

Mateo no sabía cuál de las dos iba a ganar. Las dejó pelear ahí dentro, sin arrancar el coche, mirando la cuesta como se mira una puerta por la que va a salir alguien.

Y esa duda, más que el monte negro de delante, más que la mujer terca que en aquel momento lo estaba subiendo a oscuras con un reloj en la mano, fue lo que lo tuvo dentro del coche, con los faros encendidos y el motor frío, hasta que por el este el cielo empezó a ponerse gris y dejó de tener sentido seguir esperando una respuesta que aquella noche no iba a venir.

Capítulo 14

Mateo me llevó a su casa por primera vez un martes, y entré como entro en todas partes: contándolo todo.

Era una casa que no contaba nada, y eso ya contaba bastante. Pocos muebles, todos en su sitio. Nada en las paredes que dijera qué le gustaba a aquel hombre, ni una foto que dijera a quién había querido. Una casa de paso, de alguien que vive ahí sin vivir, que solo cumple. Pensé, con el ojo todavía encendido, que un hombre que no deja rastro en su propia casa es un hombre acostumbrado a no dejar rastro. Lo pensé, lo guardé, y entonces, sin pedirme permiso, el ojo se apagó.

No fue una noche de las otras. Hubo de eso también, hubo manos y hubo silencio del bueno. Pero lo que de verdad pasó esa noche pasó después, con la luz apagada y los dos despiertos, hablando en voz baja como se habla cuando no quieres que la noche se entere.

Hablamos de tonterías primero. De si la miel de romero era mejor que la de azahar, de un perro que tuvo de pequeño, de lo que se ve y lo que no se ve desde su ventana. Cosas pequeñas, que es por donde la gente se va metiendo en lo grande sin darse cuenta. Y en algún punto de aquella oscuridad, sin que yo lo empujara, Mateo dejó de hablar de cosas pequeñas.

—Hay cosas mías que no sabes —dijo. No como una amenaza. Como quien deja una maleta en el suelo, despacio, para que no se oiga el golpe.

—Todo el mundo tiene cosas que el otro no sabe.

—Las mías no. Las mías son de otra clase. —Se quedó callado el rato justo para que yo entendiera que iba a seguir, y que le costaba —. Si algún día las supieras, no sé si seguirías aquí. Y no sé qué prefiero. Que te quedes sin saberlas, o que las sepas y decidas tú con todo delante.

Yo tenía la respuesta correcta en la boca, la de la mujer enamorada que dice no me importa lo que seas ni lo que tengas, quédate. Era mi frase. Me la sabía. No la dije.

Lo que dije, y todavía no sé de dónde me salió, fue verdad.

—Yo también tengo cosas. Una en concreto. Una grande. —Hablé despacio, midiendo cada palabra como se mide el suelo a oscuras—. No te la voy a contar. No puedo. Pero quiero que sepas que está ahí. Que cuando me miras y crees que me ves entera, te falta un trozo. El trozo más importante.

Mateo no me preguntó cuál. Esa fue la cosa más íntima que me hizo en toda la noche, más que las manos: no preguntar. Un hombre que no te pregunta por tu secreto es un hombre que conoce el peso de tener uno.

Y así, los dos, en la cama de su casa sin rastro, nos pasamos lo que quedaba de noche diciéndonos la única verdad que podíamos decirnos. Tengo algo enorme y no te lo voy a enseñar. Cada uno enseñándole al otro la forma del bulto sin abrir el envoltorio. Lo que ninguno de los dos sabía, lo que yo no podía ni imaginar todavía, era que el bulto era el mismo. Que estábamos hablando, en voz baja para que la noche no se enterara, del mismo muerto.

Esa noche bajé la guardia y, por primera vez, no volví a subirla. Llevo toda la vida subiéndola. La subo al despertarme, antes incluso de abrir los ojos. Aquella noche, en la casa de aquel hombre, con su voz contándome a medias una cosa que no me contaba, dejé que se quedara abajo. Me dormí con ella abajo. No sé hacer eso. Lo hice.

Y a la mañana siguiente, con la luz gris entrando por una ventana sin cortinas, me quedé mirándolo dormir y me pillé pensando una cosa que yo no tenía ningún derecho a pensar.

Que ojalá la factura estuviera equivocada.

La pensé entera, sin frenarla, antes de darme cuenta de qué clase de pensamiento era. Ojalá el coche fuera de otro. Ojalá aquella letra

descuidada hubiera escrito mal un nombre. Ojalá Mateo Salcedo no hubiera subido nunca a aquel monte, y yo pudiera quererlo sin tener que hundirlo a la vez.

La factura me había dado miedo. Pero la factura era un papel, y a un papel se le hace algo. Se usa. Se enseña. Se convierte en un arma. Lo que me había salido por dentro mirándolo dormir no se podía usar para nada. Era yo, queriendo que las pruebas mintieran. Era mi cabeza, el único sitio del que me había fiado siempre, cruzándose al otro lado sin pedirme permiso.

A una prueba se la maneja. A un deseo, no. Un deseo te maneja a ti.

El sábado iba a sentarme a la mesa de su familia. Lo había aceptado como se acepta una puerta abierta, para entrar a registrar. Y esa mañana, en su cama, me di cuenta de que una parte de mí ya no quería entrar a registrar. Quería, sin más, que la madre de Mateo me cayera bien.

Y eso, tumbada al lado de un hombre al que había venido a hundir, fue lo que de verdad me dio miedo. Mateo me escondía un secreto. Pero yo, aquella mañana, descubrí que había empezado a esconderme uno a mí misma.

Y al mío no sabía cómo ganarle.

Capítulo 15

Hay una clase de cercanía que no sabía que existía hasta aquella semana, y ahora que la conozco entiendo por qué la gente hace tonterías por ella.

No es el calor. El calor lo había tenido antes, con otros, y se gasta. Esto era otra cosa. Era poder estar callada al lado de un hombre sin que el silencio pidiera nada. Era quedarme dormida a media frase y que la frase siguiera ahí, esperándome, cuando me despertaba. Era dejar de vigilar las puertas de una habitación porque, por primera vez en diez años, no me hacía falta saber por dónde se salía.

Llevaba toda la vida administrando lo que daba. Una sonrisa medida, un trozo de verdad envuelto en dos de mentira, la cantidad justa de mí para que el otro se quedara y no preguntara. Con Mateo se me estropeó la administración. Daba sin contar. Y lo peor, o lo mejor, no sé todavía cuál de las dos cosas, es que él hacía lo mismo. Dos personas que llevaban la vida entera guardándose, gastándose la una en la otra como si se hubieran cansado a la vez.

Aquella noche nos quedamos en su casa. Habíamos hablado hasta tarde, de nada, de esas cosas que se dicen cuando ya no hace falta decir nada importante. En algún momento me quedé traspuesta contra su hombro, en esa frontera en la que oyes el mundo pero ya no respondes de él. Notaba su mano subiendo y bajando despacio por mi espalda. Notaba su respiración cambiarme el pelo. Y lo oí.

Lo dijo en voz muy baja, contra mi cabeza, como se dice una cosa que no se quiere despertar.

—Aroa.

No me moví. No porque decidiera no moverme. Es que el nombre entró por un sitio de mí que estaba dormido, y un sitio dormido no contesta. Lo oí como se oyen las cosas dentro de un sueño, sin extrañeza, sin pregunta, como si fuera la cosa más normal del mundo que aquel hombre, en mitad de la noche, me llamara por un nombre que yo había enterrado hacía diez años junto con todo lo demás.

Por la mañana no me acordaba. Eso es lo que tienes que entender. No es que lo oyera y lo callara. Es que aquel nombre y yo nos cruzamos en la oscuridad y ninguno de los dos encendió la luz. Él lo dijo. Yo lo recibí dormida. Y la mañana se lo llevó, como se lleva un sueño, dejándome solo una sensación sin forma, un poso, las ganas tontas de quedarme un rato más en una cama que no era la mía.

Me fui al amanecer. Mateo dormía, o lo fingía bien, y yo salí de su casa con esa ligereza rara que dan las noches buenas, esa en la que el cuerpo va por delante de la cabeza y a la cabeza no le importa.

El pueblo a esa hora es honesto. Sin gente, sin escaparates encendidos, sin la marca Salcedo vendiéndote dulzura, Valdecolmena es solo lo que es: piedra, cuesta, el río abajo, la niebla saliendo del agua como sale el aliento de una boca. Caminé hacia mi casa con la lavanda mojada pegándoseme a los tobillos y, por una vez, no iba pensando en nada. No reconstruía. No vigilaba. Iba andando, sin más, como anda la gente que tiene una vida.

Llegué, abrí la puerta, y en lugar de irme a la cama fui directa al armario.

No lo decidí. Es importante que quede claro, porque yo decido las cosas, las decido todas, llevo diez años sin hacer un solo gesto que no haya decidido antes tres veces. Y aquella mañana el cuerpo me llevó al fondo del armario, apartó la ropa, y sacó la caja sin pedirme opinión.

Es una caja de cartón con las esquinas reventadas. La he mudado de casa en casa sin abrirla, como se muda una un dolor de muelas que no termina de doler del todo. Dentro está lo que queda de la chica que fui antes de ser esto. Antes de aprender a administrar. Antes de Vera.

La puse encima de la cama. Me senté al lado. Y, por primera vez en diez años, levanté la tapa.

No voy a contar todavía lo que había dentro. Ni siquiera sé, en honor a la verdad, si aquella mañana lo miré de verdad o solo lo dejé mirarme a mí. Estuve mucho rato así, con la caja abierta y la luz subiendo despacio por la pared, una mujer adulta sentada delante de su propia adolescencia como quien se sienta delante de una desconocida y no sabe por dónde empezar la conversación.

Lo único que pensé, y lo pensé sin entenderlo, fue una pregunta tonta. Por qué hoy.

Llevaba la caja conmigo desde que me fui. Diez años sin tocarla. Y aquella mañana, viniendo de la cama de Mateo Salcedo, con el cuerpo todavía caliente de una noche buena y la cabeza limpia de tanto no pensar, algo me había llevado derecha a ella. Como si la noche me hubiera dado una llave sin decirme de qué puerta era. Como si alguien, en lo oscuro, hubiera dicho una palabra capaz de abrir cosas, y la palabra hubiera seguido trabajando por dentro mientras yo dormía.

No supe qué palabra. Esa mañana, no.

Me quedé hasta que entró el sol del todo, mirando la caja abierta, sin tocar nada, con la sensación absurda de que no era yo la que había decidido abrirla.

De que me la habían abierto.

Capítulo 16

Diez años apuntando a una familia, y para entrar en su casa solo hizo falta que me invitaran a cenar.

La casa de los Salcedo estaba arriba del todo, donde el pueblo se acaba y empieza el monte, en el sitio desde el que se ve todo lo que es tuyo. No tenía nada que demostrar. Era grande, vieja, de piedra que llevaba dos siglos aguantando, una casa construida para durar más que la gente que la habitaba. En el recibidor colgaban las fotos. Generaciones de Salcedos en fila, todos con la misma barbilla, mirándome entrar.

Me abrió Celia. Me abrazó como si lleváramos años, me quitó el abrigo y me dijo que su madre llevaba toda la tarde en la cocina, y que eso, en aquella casa, era una declaración de intenciones. Se rió de su propia broma. No sabía cuánta razón tenía.

La mesa estaba puesta para enseñar. Amparo servía ella misma, plato a plato, porque servir era su manera de recordarte que la mesa entera, y tú con ella, estabais ahí porque ella lo permitía. Aurelio presidía sin hacer nada, que es como presiden los hombres que ya no necesitan hacer nada. Mateo se sentó a mi lado, y estaba raro. Lo noté en la primera frase. Mateo en su casa era un hombre más callado y más tieso, con la espalda recta y los ojos puestos en su madre.

Amparo me preguntó por mi familia antes de que tocara el primer plato.

—¿De dónde sois los tuyos, Vera?

Le di la respuesta de siempre. Del norte, los padres mayores. Y poca familia, esto último lo dije porque sabía que le iba a gustar

oírlo.

—Poca familia. —Lo repitió como se prueba una tela entre los dedos—. A veces es un descanso. Aunque has venido a vivir a un pueblo donde todos somos familia de todos. Para descansar de la familia, has elegido un sitio raro.

No esperó respuesta. Las preguntas de Amparo no querían respuesta, querían verme buscarla.

Mateo metió baza y le cambió el tema con una suavidad de hijo que lo ha hecho mil veces, y por un momento la mesa habló de la cosecha. Aproveché para respirar. Y fue ahí, con el tenedor en la mano y la familia entera de Mateo alrededor, cuando se me cruzó por dentro una cosa que no me podía permitir: las ganas de que aquello fuera de verdad. De estar sentada a esa mesa solo porque era de Mateo, sin pozo, sin hermana, sin diez años de cuchillo afilado. Duró lo que dura un parpadeo. Lo maté y seguí comiendo.

Amparo volvió con el segundo plato.

—Soto —dijo, como si el apellido se le hubiera quedado entre los dientes—. Le he estado dando vueltas. ¿Soto de dónde?

—De donde le he dicho.

—Ya. —Me miró un segundo de más—. Es que tienes una cara que yo juraría haber visto. Y no en el norte.

Sonreí y dije algo de las caras corrientes, que la mía lo era. Frase corta. Las que digo cuando miento me salen siempre cortas, y esa noche, en aquella mesa, las estaba teniendo que cortar mucho.

Aurelio habló poco en toda la cena. Los hombres como Aurelio hablan poco porque saben que, en cuanto abran la boca, la mesa entera se va a callar a escucharlos. Esperó al café.

—Me han dicho que te interesa el pueblo —dijo—. Sus cosas. Su historia.

—Me gusta saber dónde vivo.

—Eso está bien. —Removió un café al que no había echado azúcar—. Valdecolmena es pequeño, Vera. Los pueblos pequeños tienen historias bonitas, las de los carteles y las de la miel. Y tienen otras. Las viejas, las tristes. Esas no se cuentan. No porque se escondan, sino porque a nadie le hacen ya ningún bien. Remover lo

que lleva años quieto en el fondo solo sirve para enturbiar el agua. Y el agua de este pueblo da de comer a mucha gente.

—La Fiesta es dentro de nada —siguió—. Se acaba la temporada. Los que vienen unos meses se vuelven a su casa y el pueblo se cierra para el invierno. Ley de vida. —Sonrió con una sonrisa de hombre amable—. Tú también te irás, después de la Fiesta. Lo digo sin pena. Lo digo como se dice una fecha.

Y mientras lo decía, con la taza en la mano y dos siglos de casa alrededor, le vi lo de la otra vez. Lo que ya le había visto en la cooperativa sin saber dónde ponerlo. Debajo de toda aquella calma había un hombre con miedo. Un hombre no monta una cena entera, con las preguntas de su mujer y una advertencia servida en guantes, por una temporera que husmea en un archivo. Eso se monta por algo que te quita el sueño. Yo estaba removiendo el fondo. Y el fondo, a Aurelio Salcedo, le daba pánico.

Mateo me acompañó a la puerta. En el recibidor, debajo de todos aquellos Salcedos colgados, me cogió la mano y me la apretó demasiado fuerte para que fuera un cariño. Quería decirme algo. Lo vi pelearse con ello, perder, y conformarse con lo de al lado.

—Ten cuidado al bajar. La carretera no tiene luz.

Supe, por cómo lo dijo, que no me estaba hablando de la carretera.

Bajé sola. Le había dicho que prefería andar, y era verdad: necesitaba el aire y necesitaba quitarme aquella casa de encima.

El coche apareció con media cuesta ya bajada. Lo oí antes de verlo, un motor a mi espalda yendo despacio, demasiado despacio para una carretera vacía. No me adelantó. Se quedó atrás, a unos metros, con las largas puestas, estirándome la sombra por el asfalto hasta dejármela enorme y temblona delante de los pies. Anduve. El coche anduvo. Me agaché a atarme un cordón que no estaba suelto, y el coche se paró a esperarme. Cuando ya tenía cerca las primeras casas, aceleró, me pasó al lado sin que nadie volviera la cara, y se metió por una bocacalle.

No le vi la cara a nadie. Tampoco la necesitaba. Lo que aquel coche bajaba a decirme no se dice con una cara. Se dice con un

motor lento a la espalda en una carretera sin luz. Sabemos por dónde andas. Y andas sola.

Llegué a casa con el corazón todavía rápido y me reñí por tenerlo así. Diez años haciendo esto. Un coche en una cuesta no me podía descomponer.

Abrí, di la luz, y la casa estaba como la había dejado. Eso fue lo primero que pensé, con un alivio tonto. Está todo igual. Tardé un minuto entero en ver que no.

La caja estaba encima de la cama.

Yo no la había dejado encima de la cama. Después de aquella mañana la había cerrado y la había devuelto a su sitio, al fondo del armario, detrás de la ropa de invierno, donde llevaba diez años. Y ahora estaba en el centro de la colcha, cuadrada, colocada, puesta ahí con cuidado de que yo la viera nada más entrar.

Di la vuelta a la casa. No habían tocado un solo papel de los míos. Ni los recortes, ni una sola página de lo que llevo medio año juntando sobre los Salcedo. Todo seguía en su carpeta, en su cajón, sin mover. Lo único que alguien había sacado de su sitio y dejado a la vista era la caja. La única cosa de esta casa que no tiene nada que ver con mi investigación. La única que es de antes, de Aroa.

Me senté en la cama, a su lado, sin abrirla. La había abierto yo hacía unos días, por primera vez en diez años. La segunda vez que se abrió esa caja, yo no estaba delante.

Vine a Valdecolmena convencida de que aquí nadie sabía quién era yo. Y resulta que alguien, en este pueblo, lo sabe mejor que yo misma.

Capítulo 17

No dormí.

Llevaba toda la noche con una idea dándome vueltas, la de que alguien en este pueblo sabía quién era yo mejor que yo misma, y con la caja en el centro de la cama como una prueba que no se iba a callar. Mi cabeza, que es lo único que de verdad tengo, se puso a trabajar sola. Repasé el pueblo entero. Amparo y su cara que juraba haber visto. Aurelio y su agua del fondo. La gente del archivo, los del centro, los buzones abiertos. Hice una lista de quién podía saber, y en esa lista, ni se me ocurrió, no puse a Mateo. A Mateo lo había sacado de todas mis listas hacía semanas. Esa fue mi manera de quererlo: dejar de vigilarlo.

De tanto repasar me venció el cansancio y empecé a caer. No al sueño. A esa antesala donde la cabeza se suelta y las cosas suben solas, sin permiso.

Y subió una.

Subió una voz baja, dicha contra mi pelo, en una habitación a oscuras. Una sola palabra, pronunciada con un cuidado que aquella noche no supe leer porque estaba dormida.

Aroa.

Me incorporé de golpe, con el corazón disparado, antes de entender por qué.

No fue un sueño. Lo supe con la misma certeza con la que sé sumar. Aquella palabra había ocurrido de verdad, en la cama de Mateo, la única noche que dormí sin guardia. Él la había dicho. Mateo me había llamado Aroa.

Y un hombre no te llama por un nombre que tú no le has dado nunca.

Me senté en el borde de la cama, descalza, con el frío del suelo subiéndome por las plantas, e hice lo que llevaba diez años sin permitirme: mirar hacia atrás sin defenderme.

Volví al primer día. Al centro de la miel, a la silla. Mateo supo en qué silla me iba a sentar antes de que yo lo decidiera. Lo guardé entonces como un detalle de hombre observador, de los que leen rápido a la gente. No leía rápido. Se acordaba. Llevaba diez años sabiendo en qué silla me sentaría yo el día que volviera.

Volví a la despedida de aquel primer día. "Has vuelto", me dijo. Y se corrigió como quien arregla una frase hecha que se le ha escapado. Yo lo guardé como un piropo, como intensidad de hombre lanzado. Diez años después, descalza en el borde de la cama, lo oí por fin como lo que había sido. Un hombre constatando un hecho. Yo había vuelto. Él lo estaba diciendo en voz alta, delante de mí, y yo le sonreí.

Volví a la tarde del colmenar, a la conversación larga, a Mateo mirándome demasiado tiempo y diciéndome aquello que sonaba a que me conocía de siempre. Me acuerdo de que pensé: qué manera de seducir tiene este hombre. El hombre no seducía. El hombre estaba haciendo memoria delante de mí, y yo le aplaudía la técnica.

Y entonces se me cayó encima la cosa de verdad, la que llevaba toda la noche esperándome al final del pasillo.

Yo vine a Valdecolmena a infiltrarme en los Salcedo. A acercarme al heredero y usarlo de puerta. Lo anoté así, con esas palabras, el segundo día. Tengo acceso al heredero. Como si el acceso lo hubiera abierto yo.

No abrí nada. La puerta llevaba abierta desde antes de que yo bajara del autobús. Mateo me vio llegar, supo quién era, y en lugar de cerrarme el pueblo me abrió su casa. Me dejó creer que la araña era yo. Me dejó tejer mi tela con cuidado, hilo a hilo, durante meses, y todo ese tiempo yo estaba tejiendo dentro de la suya.

La manipuladora. Llevo la vida entera orgullosa de esa palabra. Y resulta que el único movimiento que de verdad creí mío, acercarme a Mateo Salcedo, fue suyo.

Lo peor no fue el orgullo. El orgullo se cura. Lo peor fue la otra noche. La de su casa, la de las confidencias. Me había sentido valiente. Me había oído decirle, midiendo cada palabra, que yo tenía un secreto, uno grande, que no se lo iba a contar pero que quería que supiera que estaba ahí. Le había enseñado el bulto sin abrir el envoltorio, y me había parecido un acto de coraje, casi un regalo.

Él ya tenía el envoltorio abierto. Lo tenía abierto desde el primer día. Mientras yo temblaba enseñándole la forma de mi secreto, Mateo se sabía el secreto entero, el de verdad, el que lleva un nombre de niña muerta dentro. Mi momento más desnudo había sido un número para un solo espectador. Y el espectador se sabía el final.

Hubo un instante, uno solo en toda aquella noche, en que algo no me encajó. Me acordé de cómo me había apretado la mano en su recibidor, de su "ten cuidado al bajar", de la cara con que lo había dicho. Aquello no era la cara de un hombre vigilando una pieza. Pero estaba demasiado herida para quedarme dentro de esa grieta. La tapé. Si llevaba meses actuando, también sabría actuar la preocupación. Cerré la grieta y seguí.

Me vestí en el sitio. No esperé a que amaneciera y no me dije ninguna de las cosas sensatas que llevo diez años diciéndome antes de cada paso. Por una vez no administré nada. Salí de casa con lo puesto y bajé al pueblo a oscuras a buscar al hombre que llevaba diez años viéndome venir.

En casa de Mateo había luz. Claro que había luz. Los dos llevábamos exactamente los mismos años sin dormir, solo que yo, hasta esa noche, no lo había sabido.

Abrió antes de que llamara. Me había visto cruzar la calle, o me había oído, o era, sin más, un hombre que llevaba media vida esperando que yo apareciera en su puerta a una hora mala. Se quedó en el umbral. No me preguntó qué hacía allí a las cuatro de la mañana con la cara descompuesta. Esa fue la primera confirmación: a un hombre normal, cuando su mujer se le planta así de noche, le sale preguntar qué ha pasado. Mateo no preguntó nada. Mateo ya lo sabía.

Llevaba meses andándome con rodeos. Se me habían acabado.

—El primer día me dijiste que había vuelto —dije—. Y lo corregiste, como si se te hubiera escapado una tontería. No se te escapó nada. Tú no dejas escapar nada.

Mateo no se movió del umbral. Aguantó la frase entera mirándome, sin defenderse, que es lo único que de verdad no le perdoné después.

Y entonces hizo la única cosa capaz de hacerme más daño que una mentira. Me dijo la verdad. Soltó el aire despacio, como quien lleva años aguantándolo, y lo dijo en voz baja, con el mismo cuidado de aquella noche, pero esta vez con la luz encendida y yo bien despierta.

—Aroa.

Capítulo 18

Lo aparté del umbral con la mano abierta en su pecho y entré yo en su casa, que ya es una manera de decir cómo estaban las cosas. La casa sin rastro. La casa donde unas semanas atrás me había dormido sin guardia. Encendí yo la luz.

—Desde cuándo —dije.

—Desde que bajaste del autobús.

Lo soltó sin pelear por el aire, sin buscar una versión más amable. Era lo que más me iba a costar perdonarle de toda aquella noche, y aún no lo sabía: que no mintiera. Un hombre que miente te deja algo contra lo que empujar. Mateo no me dejó nada.

—Me viste cruzar la plaza con una maleta y un nombre falso —dije—, y supiste quién era. Y en vez de cerrarme el pueblo, me sentaste en una silla y me hablaste de la miel.

—Sí.

—Y dejaste que me creyera lista. Que me creyera la que entraba. La que tejía. —Me oí la voz subir y la bajé a la fuerza, porque gritar es para la gente que aún espera algo—. Llevo meses anotando cada paso como si lo diera yo. Y los daba contigo mirándome desde la otra orilla, esperando a ver cuándo me caía.

—No te miraba esperando que te cayeras.

Fue lo único que defendió en mucho rato. No se defendió a sí mismo. Defendió eso, una sola cosa, como quien saca un brazo para parar un golpe que va a otro sitio.

—Ah, no. —Di un paso—. ¿Y para qué me mirabas, Mateo? Soy la hermana de Olalla Ledesma. Soy la chica que se fue la noche que tu familia la enterró en un pozo. Vuelvo con otra cara, y tú, en vez de

avisar a los tuyos, me metes en tu cama. Eso tiene un nombre. Se llama tenerme controlada. Se llama saber dónde está la amenaza para que la amenaza no te pille de espaldas.

—No.

—Entonces dime qué se llama.

No me lo dijo.

Lo vi pelearse. Esto sí lo vi, y es lo que me ha quitado el sueño después, más que la traición: lo vi pelearse de verdad. Mateo abrió la boca, tomó aire, y por un segundo tuve delante a un hombre a punto de soltarlo todo, de vaciar diez años encima de la mesa de su cocina. Se le había acercado al borde una cosa enorme. La vi asomarse.

Y la vi volver adentro.

Cerró la boca. Cerró la cara. Volvió a ser el cajón con llave que era el primer día, y a mí se me secó una esperanza que ni sabía que tenía abierta.

—Tienes algo que decir —dije—. Lo estoy viendo. Lo tienes ahí. Dilo.

—No puedo.

—No puedes, o no quieres.

—Para ti es lo mismo. Y tienes razón en que lo es.

Aquello me dolió por lo honrado que era. Le habría perdonado antes una mentira buena que aquella verdad pequeña y exacta.

Le tiré entonces lo peor que tenía, y se lo tiré a la cara, despacio, para que se le metiera bien.

—Mi hermana tenía dieciséis años. Se quedó en el fondo de un pozo una noche entera, o el rato que tardara en morirse, sola, mientras alguien de tu sangre decidía que no bajaba. Y tú llevas medio año durmiendo conmigo con eso dentro. Me has tocado con esas manos. Me has dicho cosas con esa boca.

Mateo encajó cada palabra sin apartar los ojos. No se tapó. No me dijo que yo no sabía lo que decía, aunque por la forma en que se le puso la cara entendí que algo de lo que yo decía no era como yo lo decía. Tampoco eso me lo aclaró. Se quedó allí, de pie en su cocina, dejándose pegar, y su silencio fue lo más cruel que me hizo,

porque un hombre que calla así te obliga a llenarle tú el hueco, y yo lo llené con lo más negro que tenía a mano.

—Lo que callé —dijo al final, muy bajo—, lo callé por ti.

—No te atrevas. —Eso sí me salió alto—. No me pongas mi nombre delante de tu silencio para que parezca un regalo. Si fuera por mí, hablarías.

No contestó. Y ahí, en ese no contestar, fue donde se me rompió la cosa de verdad.

Porque yo había ido a su casa a las cuatro de la mañana a hacer una sola cosa sencilla. Odiarlo. Odiarlo entero, odiarlo limpio, salir de allí con un odio nuevo y manejable que sustituyera a lo otro y me dejara irme del pueblo ligera. Era un buen plan. Llevaba toda la vida convirtiendo el dolor en odio, sé hacerlo, es lo único que me sale fácil.

No pude.

Lo intenté delante de él, con todas mis fuerzas, y el odio no agarraba. Resbalaba. Porque el hombre que tenía delante no se defendía, no mentía, no me manejaba, no hacía ninguna de las cosas que hacen los hombres a los que se odia bien. Solo se dejaba romper y seguía diciéndome, a su manera tonta y cerrada, que lo que hubo entre nosotros había sido verdad. Y una no puede odiar limpio a un hombre así. Le queda el odio sucio, mezclado, ese que no sirve para irse porque pesa el doble y tira para atrás.

Lo miré por última vez en aquella cocina y entendí dos cosas a la vez.

Que lo seguía queriendo. Y que eso, ahora, era otra arma más que él tenía y yo no.

—Voy a terminar lo que vine a hacer —dije, y la voz me salió por fin limpia, fría, la de trabajar—. Sola. Sin tu familia delante y sin ti detrás. Voy a averiguar qué le pasó a mi hermana, hasta la última letra, y el día que lo sepa me iré de este pueblo y no vais a volver a verme la cara. Ninguno.

Mateo no me dijo que me quedara. No me pidió perdón. Hizo lo de siempre, lo único que sabe hacer, lo que más rabia me daba: me dijo una verdad pequeña, en voz baja, en lugar de la grande.

—No salgas a cavar sola, Aroa. Ahora no. El pueblo ya no te mira como a una forastera.

Lo dejé hablando. Bajé sus escaleras, crucé Valdecolmena a oscuras por segunda vez aquella noche, y esta vez no hubo coche detrás. No hizo falta. Ya estaba todo dicho.

En casa saqué la maleta de encima del armario y empecé a meter dentro mi vida de mentira. La ropa de Vera Soto. Los zapatos de Vera Soto. Doblé cada cosa con las manos firmes, porque las manos firmes son las que me quedan cuando lo demás tiembla.

La maleta se llenó enseguida. Una vida falsa ocupa poco.

Lo que no entró fue lo otro. La caja vieja seguía sobre la cama, abierta por dos manos que no eran las mías, mirándome desde el otro lado del cuarto. Y un hombre, arriba, en una casa sin rastro, con algo enorme atascado en la garganta que había preferido tragarse antes que dármelo.

Cerré la maleta. La dejé junto a la puerta, lista.

Y me senté en el suelo, al lado de la caja, a esperar que se hiciera de día, sabiendo ya que de Valdecolmena no iba a poder irme ligera. De este pueblo, ahora lo sé, no se va nadie ligero.

Capítulo 19

A Mateo lo llamaron a la casa de arriba un domingo por la tarde, y supo de qué iba antes de empujar la puerta, porque a su padre solo se le ocurría reunir a la familia para dos cosas, repartir dinero o repartir un problema, y aquel mes no tocaba dinero.

Su madre había sacado el servicio bueno. Tres tazas en la mesa baja del salón, la cafetera de plata, todo dispuesto con el esmero con que Amparo preparaba siempre las conversaciones feas. Ponía guapa la mesa antes de algo malo igual que se pone una alfombra debajo de algo que va a manchar.

Celia no estaba. Eso fue lo primero que le dijo a Mateo la habitación. Las cosas que se hablaban delante de Celia eran una clase de cosas. Las que se hablaban sin ella, otra.

Se sentó. No había dormido. No dormía nunca, pero aquella noche menos, porque la había pasado de pie en su cocina viendo a una mujer recoger del suelo lo que él le había roto. Llevaba esa noche entera encima cuando su madre empezó a hablar.

—Le he puesto nombre a la cara —dijo Amparo.

No hizo falta preguntar a qué cara. Llevaba semanas con aquello, dándole vueltas como a un hueso. Mateo la había visto en la cena mirar a Vera de un modo que a él le había encogido el estómago.

—Tardé porque la cara ha crecido —siguió, sirviendo el café, una cosa cada vez—. Diez años le cambian a una niña casi todo. Los ojos no. Los ojos son los de la hija mayor de los Ledesma. La que se fue.

Dejó la cafetera en la bandeja, sin ruido.

—Se hace llamar Soto. Trabaja la temporada, sonríe a todo el mundo y hace preguntas que una temporera no hace. En el archivo.

En los colmenares viejos. —Le acercó a Mateo su taza y se la sostuvo un segundo de más antes de soltarla—. Tu Vera, hijo, es Aroa Ledesma. Y no ha venido a Valdecolmena a envasar miel.

Aquí estaba la parte difícil. Mateo llevaba meses sabiendo cada una de las palabras que su madre acababa de pronunciar. Las sabía desde la plaza, desde el primer día. Y ahora le tocaba recibirlas con la cara de un hombre al que le enseñan algo. Bajó la vista a la taza. Dejó que se le descompusiera un poco el gesto, lo justo, porque a un hombre cuya novia resulta ser otra persona se le descompone la cara, y si la suya no se descomponía, su madre lo iba a ver. Llevaba diez años actuando. Una escena más.

Su padre no había abierto la boca. Aurelio hablaba siempre el último, desde su sillón, con las manos quietas en los reposabrazos. Lo hizo cuando Amparo terminó, y dijo poco.

—¿Cuánto sabe?

—Lo suficiente para preguntar —dijo Amparo—. No para probar.

—Todavía.

Y en aquel "todavía" Mateo le oyó a su padre lo que llevaba meses oyéndole sin querer. Por debajo de la voz tranquila, muy abajo, sostenido desde hacía diez años, había un miedo viejo, y se le coló entero en esa única palabra. Su padre, dueño de Valdecolmena y de casi todo lo que se veía desde aquella ventana, le tenía pánico a una mujer de veintiocho años que hacía preguntas. Mateo sabía por qué. Era de las pocas personas vivas que lo sabía. Y no podía decirlo en aquel salón ni en ningún otro del mundo.

Dejó la taza. Tenía que hablar, y tenía que hacerlo como hablaría el heredero, no como hablaría el hombre que la noche anterior la había visto llorar sin soltar una lágrima.

—Se va a ir sola —dijo—. Lo ha dicho. Termina lo suyo y se marcha. Una temporera que recoge y se va no es un problema para nadie. Una temporera a la que le pasa algo, sí. Eso se mira. Eso trae gente de fuera a mirar. Lo más limpio es no tocarla. Dejar que se canse y se vaya.

Aurelio no contestó deprisa. Y Amparo, que no había apartado los ojos de su hijo desde que él empezó a hablar, ladeó un poco la cabeza, como hace ella cuando una cuenta no le cuadra.

—Defiendes mucho a una mujer que te ha mentido medio año.

—Defiendo a la familia. La mujer me da igual.

Le salió la frase entera, firme, sin quebrarse por ningún sitio. Fue la peor cosa que dijo Mateo en toda su vida, y la dijo bien.

Aurelio dejó pasar el silencio que le gustaba dejar pasar. Después se levantó, que era su manera de cerrar una conversación y de avisar de que lo que viniera ya no se discutía.

—Tienes razón en una cosa —le dijo a Mateo—. En que de fuera no tiene que venir nadie a mirar. Por eso esto se queda en casa. —Le puso a Mateo una mano en el hombro, y la mano pesaba lo que pesan las cosas que no se pueden quitar de encima—. Tú la tienes cerca y tú le caes bien. La dejaste entrar tú hasta aquí, así que vas a ser tú quien resuelva el asunto de la chica. Con discreción. Como se arreglan las cosas de casa.

No dijo cómo. No dijo hasta dónde. Aurelio nunca decía esa parte. La dejaba hueca a propósito, para que la llenara el que recibía el encargo y para no haberla dicho nunca él.

Mateo se quedó con la mano de su padre en el hombro y el encargo dentro, y entendió a la vez las dos caras que tenía aquello.

Una. Llevaba diez años protegiendo a Aroa desde la sombra, sin que nadie supiera siquiera que la protegía, y esa sombra se acababa de apagar en aquel salón. Ya no quedaba sombra. Su familia tenía el nombre y tenía la cara.

Y dos. Su padre, sin saberlo, sin llegar a imaginárselo, acababa de poner a la única persona del mundo que quería salvar a Aroa al cargo de resolverla.

Le habían dado un cuchillo y no le habían dicho qué cortar con él. Mateo bajó la cuesta de la casa de arriba sabiéndolo de sobra. Y sabiendo, por primera vez en diez años, que el filo lo manejaba él.

Capítulo 20

El lunes por la mañana fui al banco a sacar todo lo que tenía, que no era mucho, pero era lo justo para pagar un autobús y empezar a desaparecer.

La sucursal de Valdecolmena es una sala con dos mesas y un hombre, Gonzalo, que llevaba seis meses sellándome los recibos con una simpatía de pueblo. Aquella mañana Gonzalo tardó en levantar la vista de la pantalla. Tecleó. Volvió a teclear. Me dijo, sin mirarme del todo, que había una incidencia con mi cuenta. Una retención. Una verificación rutinaria de las cuentas abiertas con menos de un año, cosa del banco central, dijo. Se solucionaría. Estas cosas se solucionan. Una semana, diez días.

—Necesito el dinero hoy —dije.

—Ojalá pudiera, Vera.

Y lo de ojalá lo dijo de verdad, se le notó, y eso fue lo primero que me puso el cuerpo en guardia. Gonzalo no estaba cómodo. Un hombre no se incomoda por una verificación rutinaria. Un hombre se incomoda cuando le han pedido un favor sucio y lo está cumpliendo con la cara que se le ha quedado.

En la cooperativa fue parecido, con otra cara y la misma música. Mi última nómina estaba en trámite. La temporada no se cerraba hasta la Fiesta y los pagos pendientes se liquidaban todos juntos al final, era el procedimiento de siempre. Nadie me lo había contado en seis meses. Ahora era el procedimiento de siempre.

Salí contando lo que me quedaba en el bolsillo y en un sobre escondido en casa. Daba para comer una semana. No daba para irse.

Probé entonces lo de la carretera. En Valdecolmena hay un hombre, Quino, que por unos euros te lleva en su furgoneta hasta el primer pueblo con estación de tren. Lo encontré en el bar. Me escuchó, asintió, y luego se acordó de que esa semana tenía la furgoneta en el taller. La siguiente igual tampoco. Me lo dijo mirando su café.

Pregunté por ahí, con cuidado, como se pregunta cuando ya intuyes la respuesta. Nadie tenía un coche libre. Nadie podía esa semana. Todo el mundo lo sentía mucho. Valdecolmena, de un día para otro, era un pueblo sin ruedas, y lo era solo para mí.

Quedaba el autobús de línea. Para en la plaza tres veces por semana, y el miércoles me planté en la marquesina con la maleta a las ocho menos cuarto, que es la hora a la que para desde que el mundo es mundo. A las ocho y veinte seguía yo sola allí. Un crío que iba al colegio me dijo, servicial, que esa semana el autobús hacía otro recorrido por unas obras y salía de la parte de arriba. Subí a la parte de arriba. Una mujer que barría su portal me dijo que no, mujer, que el autobús paraba abajo, en la plaza, como toda la vida. Volví a bajar. El autobús, claro, ya había pasado, si es que pasó.

Volví a casa, dejé la maleta junto a la puerta y esa misma tarde hice la cuenta de andar. Catorce kilómetros hay hasta la estación. Catorce kilómetros se andan. Cogí la carretera y empecé a andarlos.

No me paró nadie. Esto es importante, porque es lo único de toda la semana que yo podría contarle a otra persona, y es lo único que no significa nada. No me paró nadie.

A la salida del pueblo, junto a la última casa, había dos hombres arreglando una valla que yo llevaba seis meses viendo torcida y a nadie tocando. Me saludaron. Más adelante, en el ensanche donde la carretera hace la curva, estaba aparcado un coche que yo conocía, sin nadie dentro que se viera, con el morro apuntando al pueblo. Seguí andando. Podía seguir andando, nadie me lo impedía. Y a los dos kilómetros lo entendí con una claridad que me sentó como un golpe en el esternón. Llegaría a la estación, quizá, con la noche encima y catorce kilómetros de testigos a la espalda, todos listos para contarle a quien preguntara que la forastera había echado a

andar deprisa. Aquello no me sacaba del pueblo. Me ponía en evidencia y me dejaba dentro.

Di la vuelta. La di yo. Nadie me obligó. Esa es la obra maestra.

Esa noche lo vi entero, y lo vi como lo ve quien conoce el oficio.

Yo me gano la vida cerrándole a la gente las puertas sin tocarlas. Le quito el suelo despacio a alguien, le dejo todas las salidas a la vista para que no grite, y espero a que se canse. Llevaba años orgullosa de saber hacerlo limpio.

Me lo estaban haciendo a mí. Y mejor.

No había un delito. No había una mano en mi brazo ni una amenaza que yo pudiera repetir en voz alta sin sonar a loca. Había una incidencia en el banco. Una nómina en trámite. Unas obras en la carretera justo esa semana, una furgoneta justo en el taller, una valla que justo ahora alguien arreglaba. Cada pieza, por separado, era inocente y aburrida. Todas a la vez eran una colmena, y yo estaba dentro de ella. Una colmena no necesita morderte. Le basta con cerrarse a tu alrededor y zumbar.

La cazadora. Llevaba diez años llamándome así por dentro, como quien se agarra a un asa. Aquella noche, en una casa que no cerraba por dentro, en un pueblo que había empezado a girar despacio en torno a mí, dejé de poder llamarme así.

Pensé en Mateo. No quería, y lo pensé. Pensé que toda aquella obra de relojería llevaba el apellido de su familia, y que yo seguía sin poder colocarlo a él dentro o fuera del mecanismo. Ese era el verdadero éxito de los Salcedo: me habían quitado el dinero, los coches y las carreteras, y de propina me habían dejado sin saber a quién quería.

Llamaron a la puerta cuando ya era noche cerrada.

Supe que era él antes de abrir. No por nada misterioso. Porque era el único que faltaba. El pueblo entero había desfilado por mi semana con su cara de pena y su no se puede; faltaba el Salcedo.

Abrí. Mateo estaba en el escalón, sin chaqueta a pesar del frío, con la cara de un hombre que ha discutido consigo mismo todo el camino y ha perdido.

—No puedes quedarte aquí —dijo.

—Ya me he ido dando cuenta de que no puedo hacer gran cosa. Tu familia es minuciosa. Felicítala de mi parte.

—Aroa. —Bajó la voz, aunque allí no había nadie más—. Escúchame, que lo digo una vez. Mi padre le ha puesto fecha a lo tuyo. Y me ha encargado a mí que lo resuelva.

No me lo tendría que haber dicho. Esa fue la grieta por la que entró todo lo demás. Un hombre que viene a cerrar una trampa no llama a tu puerta y te cuenta quién lo manda. Solo lo cuenta el que viene a otra cosa.

—Tienes que esconderte —siguió—. Esta noche. Y el único rincón de Valdecolmena donde mi padre no te va a buscar es el que está justo detrás de mí.

Lo miré e hice la última cuenta que me quedaba por hacer.

Esconderme detrás del hombre al que su propio padre acababa de mandar a buscarme. Meterme en el punto ciego del cazador. Era una locura tan grande que casi daban ganas de reírse.

Era, también, la única puerta que en toda la semana no me habían cerrado en la cara.

Cogí la maleta. Cogí la caja vieja, que a aquellas alturas era lo único de aquella casa que de verdad era mío. Y salí a la noche detrás de Mateo Salcedo, a esconderme dentro de mi propia cacería.

Capítulo 21

La casa estaba donde se esconden las casas que sirven para esconder cosas. Arriba, lejos, al final de un camino que no llevaba a ningún otro sitio.

Llegamos de noche. Mateo apagó el motor y nos quedamos un momento a oscuras, los dos, oyendo enfriarse el coche. Era una casa de piedra, baja, con las ventanas pequeñas que ponían los que construían pensando en el frío y no en las vistas. Una casa de monte, de las que se hacían para guardar dentro a la gente y al ganado cuando el invierno apretaba. Mateo dijo que había sido de un tío suyo, que llevaba años cerrada, que nadie subía. Lo dijo como quien recita las virtudes de un escondite, y eran virtudes de un escondite, y también, si una les daba la vuelta, virtudes de una celda. Lejos. Que no suba nadie.

Dentro olía a cerrado y a humo viejo. Mateo encendió una luz, prendió la chimenea, fue llenando la casa de pequeños gestos de hombre que prepara un sitio para que otra persona aguante en él. Cuando terminó, cuando la casa ya no estaba del todo muerta, hizo la última cosa. Cerró la puerta con llave. Y se guardó la llave en el bolsillo.

Lo vi hacerlo. Él vio que yo lo veía.

—Es para que nadie entre —dijo.

—Ya. —Me senté en el borde de una silla que no era mía—. También es para que nadie salga. Es la gracia de las llaves. Hacen las dos cosas con el mismo gesto.

Mateo no me dijo que me equivocaba. Esa es su única manera de ser sincero: no discutirme la parte fea de lo que es verdad.

Las reglas me las dio de pie, sin sentarse, como se dan las instrucciones que no se negocian. No salir. No acercarme a las ventanas cuando hubiera luz dentro. Si subía un coche por el camino, al cuarto de atrás y sin respirar hasta que se fuera. Él bajaría al pueblo cada día, porque un Mateo que desaparece le preocupa a su padre, y un padre preocupado mira. Tenía que seguir bajando a hacer de hijo.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta la Fiesta.

—¿Y después de la Fiesta?

No me contestó eso. Se quedó mirando el fuego como si la respuesta estuviera dentro y no le gustara.

Al día siguiente empezó la parte para la que yo no tenía entrenamiento.

Yo sé estar con un hombre llevando puesta una mujer que no soy. Lo he hecho toda la vida. Sé seducir detrás de una cara prestada, sé sostener una conversación entera sin que se me caiga la máscara ni en las pausas. Lo que no sé hacer, lo que no había hecho nunca, es estar con un hombre siendo yo. Sin Vera Soto por delante, sin una operación que correr. Sin nada entre su mirada y lo que hay debajo de mi nombre.

Aquella casa me quitó la última tapadera, y resultó que debajo no me guardaba ninguna mujer fuerte esperando su turno. Solo había una de veintiocho años que no sabía qué hacer con las manos cuando no las estaba usando para mentir.

Mateo tampoco tenía ya dónde meterse. Llevábamos meses queriéndonos a través de dos disfraces, y los disfraces se habían caído a la vez, y lo que quedaba era esto: una mujer y un hombre que no se habían visto nunca la cara de verdad, encerrados en la misma casa de piedra, condenados a mirársela.

Lo intenté el segundo día. Estábamos encerrados, sí, pero estábamos encerrados juntos, y la mujer de debajo del nombre, la que no sabe qué hacer con las manos, esa sí sabe una cosa: aprovechar una fuente cuando la tiene a un metro y sin salida.

—Cuéntame qué pasó con mi hermana.

No lo adorné. Llevábamos toda la vida adornando.

Mateo estaba partiendo leña menuda para la chimenea, de espaldas, y no dejó de partirla.

—No puedo.

—Estamos tú y yo solos en una casa en la punta de un monte. Aquí dentro no hay nadie a quien proteger de lo que me digas.

—Hay una persona —dijo—. Siempre hay una.

Y siguió partiendo leña, dándome la espalda, que en aquella casa tan pequeña era la única pared con la que él podía taparse.

Aquella noche le hice la pregunta de verdad, la que me daba vueltas desde que le vi guardarse la llave.

—Necesito que me digas una cosa y que me la digas recta. Esto que estás haciendo conmigo. ¿Es que me salvas, o es que me guardas para tu padre?

Mateo dejó lo que tenía entre las manos. Vino, se sentó enfrente, lo bastante cerca para que yo no pudiera fingir que no lo miraba.

—Las dos cosas se hacen igual —dijo—. Por fuera son la misma. Un hombre que te encierra para que no te maten y un hombre que te encierra para entregarte hacen punto por punto los mismos gestos. Cierran la misma puerta con la misma llave. —Se quedó callado un momento—. La diferencia está dentro de mí, Aroa. Y yo lo de dentro no te lo puedo enseñar. Solo te puedo pedir que te quedes el tiempo suficiente para verlo tú.

No me dio una respuesta. Me dio la verdad, que es otra cosa, y casi siempre peor. La verdad era que ni él mismo me garantizaba cuál de aquellos dos hombres iba a ser el día que llegara la Fiesta.

Y aun sabiendo eso, aquella noche dormí con él.

No había más que una cama, y un frío de monte que entraba por debajo de la puerta, y dos personas que llevaban semanas sin tocarse. No lo planeé. Yo ya no planeaba nada, esa era la novedad de mi vida. Me metí en la cama por el frío, y él se metió por el frío, y en algún punto de la oscuridad dejamos los dos de fingir que aquello iba del frío.

Lo que pasó no se parece a las otras veces. Las otras veces yo había llevado puesto algo, aunque fuera poco, aunque fuera solo el papel de la mujer que sabe lo que hace. Aquella noche no llevaba nada, y no hablo de la ropa. Me dejé tocar siendo Aroa. Sin nombre

falso, sin un centímetro de mí guardado para usarlo después. Y descubrí que eso, dejarse tocar sin nada puesto, asusta más que todo lo que me habían hecho los Salcedo con sus llaves y sus carreteras. A una llave se le puede tener miedo y ya está. A esto se le tiene miedo y se le va detrás a la vez.

Después, Mateo se durmió. Se durmió deprisa, como si alguien le hubiera quitado un peso de encima, y a lo mejor se lo había quitado yo, o a lo mejor se lo había quitado el haber dejado por fin de esconderse de mí. Me quedé despierta mirando el techo de una casa que no era mía, en un monte que no era mío, sin una sola tapadera entre el mundo y yo.

Y me entró un miedo nuevo. No el de la puerta cerrada con llave. Otro.

Llevaba diez años siendo Vera para no tener que ser Aroa. Vera no se acuerda de según qué cosas. Vera tiene huecos limpios, bien barridos, donde Aroa guardaría una noche entera. La tapadera no me había servido solo para engañar a los demás. Me servía, sobre todo, para no encontrarme yo.

Y acababa de quedarme sin ella. Encerrada, sin nada que ponerme por delante, en el sitio más callado del mundo. Un sitio perfecto para que suba, despacio, lo que llevo una década sin dejar subir.

Me dormí tarde, pegada a la espalda del hombre que me guardaba o me salvaba, con la caja vieja a los pies de la cama, y con una certeza nueva y fría asentándose dentro de mí. El peligro de aquel encierro no iba a entrar por la puerta.

Iba a salir de mi propia cabeza.

Capítulo 22

Valdecolmena se vestía para la Fiesta.

Mateo lo veía cada mañana al bajar: una guirnalda más cruzando la calle, el tablado de la plaza un palmo más alto que el día anterior. El pueblo entero se ponía guapo, como se pone guapa la gente para las fotos, tapando con flores y bombillas lo que no quiere que salga. La Fiesta de la Miel llenaba Valdecolmena una semana al año de música y de puestos de tarros con la cara sonriente de la marca Salcedo. Y caía, como cae siempre, en los mismos días del final del mes. Los mismos. Mateo llevaba diez años viendo colgar las bombillas encima de unas fechas que para él no eran de fiesta, y no se lo decía a nadie, y se le había gastado de no decírselo.

Aquel día le tocó cooperativa. Inventario para la Fiesta, pedidos, la nave entera oliendo a cera caliente y a cartón. Hizo de heredero ocho horas: firmó los papeles que le pusieron delante y asintió a su padre delante de los hombres, para que los hombres vieran a un Salcedo asintiendo a otro Salcedo. Es un trabajo. Pocos lo saben, pero hacer de hijo es un trabajo, tiene jornada y cansa más que cargar cajas.

A media tarde, su padre se acercó con dos cafés y le tendió uno, que en Aurelio era casi una caricia. Hablaron de la nave, de los pedidos, de un camión que venía con retraso. Y dos veces, en mitad de cosas sin importancia, Aurelio dejó caer la palabra.

—Antes de la Fiesta habrá que cerrar esto —dijo la primera, por el inventario.

Y un rato después, guardándose el teléfono en el bolsillo:

—Todo tiene que estar resuelto para la Fiesta. Todo.

No lo miró al decirlo. Aurelio no miraba nunca cuando apretaba; mirar habría sido reconocer que apretaba. Pero Mateo le entendió el recado igual que se lo habría entendido un perro, no por las palabras, por el tono que iba debajo. Faltaban once días. Once días para que su padre esperase el asunto de la chica cerrado, de una manera o de otra, y para que ese "de otra manera", si Mateo no se movía antes, lo decidieran manos que no eran las suyas.

Al salir lo alcanzó Celia en el aparcamiento, con una carpeta de carteles de la Fiesta apretada contra el pecho, contándole no sé qué del concurso de mieles, ilusionada como solo se ilusiona quien no sabe nada. Celia no sabía nada. Era lo bueno que le quedaba a aquella familia, lo único, y consistía justo en eso, en no saber.

—Oye —dijo, ya de espaldas, volviéndose a medias—. ¿Y Vera? Hace lo menos dos semanas que no la veo por el pueblo. ¿Os habéis…?

—Se ha ido —dijo Mateo—. A su tierra. No le iba el clima.

Lo dijo deprisa, con la frase corta y redonda de las mentiras que uno ya trae preparadas de casa, y se subió al coche antes de que a su hermana se le ocurriera la pregunta siguiente. Mentirle a Celia no le costó nada. Y que no le costara nada fue lo que le dejó mal cuerpo para todo el camino de subida. Uno se acostumbra. Esa es la peor parte de mentir diez años: que uno se acostumbra, y la mentira deja de pesar, y un día cualquiera te oyes despachar con seis palabras a la hermana que quieres y arrancar el coche tan tranquilo.

Subió al monte con el sol ya de lado.

La casa del tío estaba a tres kilómetros de la última curva, por un camino que el coche se tomaba a paso de hombre. Mateo se lo sabía de memoria, cada bache, cada piedra suelta, porque llevaba doce días subiéndolo y bajándolo dos veces cada jornada. Doce días de una rutina partida en dos mitades que no se tocaban. Abajo, el heredero. Arriba, esto otro: un hombre que escondía el coche donde no se viera desde el camino, empujaba una puerta de piedra y se encontraba con una mujer a la que tenía encerrada y a la que quería, las dos cosas a la vez, sin saber ya dónde acababa una y empezaba la otra.

Llevaba aquellos doce días dándole vueltas a un solo problema, y el problema no se dejaba resolver. Aroa no paraba. La había metido en la casa más escondida del término, sin coche, sin más mundo que cuatro paredes y él, y Aroa, dentro de esas cuatro paredes, seguía cavando con lo único que le quedaba, que era la cabeza. Cavaba en voz alta. Le hacía preguntas. Le hacía preguntas a las que él no contestaba, y el no contestar ya no la frenaba: solo la mandaba a cavar en otra dirección.

Y la Fiesta caía en once días.

Mateo había hecho la cuenta muchas veces subiendo aquel camino, y siempre le salía igual. Si Aroa seguía así, llegaría al fondo. Quizá no en once días, pero llegaría. Si llegaba al fondo antes de que él tuviera lista una salida para los dos, la perdía. Y si la frenaba a la fuerza, tapándole la boca, también la perdía, de otra manera, más despacio. Le quedaba una sola carta por jugar, y era una carta sucia: darle un poco de verdad. La justa para asustarla. La justa para que la prudencia hiciera lo que el encierro no estaba haciendo.

La encontró donde la dejaba siempre, en el suelo, junto a la chimenea apagada, con los papeles alrededor en un orden que solo ella entendía. Había sacado de la maleta las fotocopias del archivo y una libreta llena de fechas, y lo tenía todo dispuesto como un mapa. En el centro del mapa, abierta, la caja vieja. Aroa reconstruía a su hermana muerta con las dos manos, juntando un papel con otro papel, y lo hacía con una concentración que a Mateo le encogía algo dentro del pecho, porque era la concentración de quien arma su propia desgracia y todavía no lo sabe.

Levantó la vista. Tenía ojeras de no dormir y los ojos despiertos a pesar de las ojeras, esa contradicción suya de siempre.

—¿Has bajado al pueblo? —preguntó—. ¿Qué se dice?

—Que te has ido. Que no te iba el clima.

—Bien. —Volvió un segundo a sus papeles—. Que se lo crean.

Mateo no se quitó la chaqueta. Se quedó de pie un momento, mirándola trabajar, con los doce días y los once que faltaban pesándole por igual en los hombros, y supo que no iba a haber un momento mejor que aquel, porque para esto no existen los momentos buenos.

—Deja eso un rato —dijo—. Siéntate como quien va a escuchar. Te voy a contar una cosa.

Aroa apartó la libreta. No del todo; la dejó al alcance de la mano, como se deja un arma. Pero levantó los ojos de las fechas y los puso en él, y eso, en Aroa, ya era escuchar.

Mateo se sentó enfrente, en el suelo, encima de un par de fotocopias, sin pedir permiso para pisarlas. Quería tenerla cerca y quería, de paso, taparle los papeles con su propio cuerpo. Quería, sobre todo, que cuando dijera lo que había subido a decir, ella le estuviera mirando la cara y no una fecha apuntada en una libreta.

—Lo que te voy a contar no se lo he contado a nadie —empezó—. Llevo diez años sin contarlo. Voy a ir despacio. Voy a decir solo lo que pueda decir, y donde me pare, me paro. Y no insistas donde me pare.

—Eso lo decidiré yo.

—No. —La miró—. Esta vez no.

Esperó a que el silencio se hiciera del todo. Fuera, el monte estaba tan callado como solo se calla un monte de noche. Dentro no quedaba más ruido que la respiración de los dos.

—Hace diez años, en este pueblo, una noche, pasó algo —dijo—. No lo que pone en el atestado que tú te has fotocopiado. No lo que dice la cruz que hay en el cementerio con el nombre de tu hermana grabado. Otra cosa. Una cosa que no fue un accidente, y que tampoco fue lo que tú estás dibujando ahí, en el suelo, con tus recortes. Y esa misma noche, antes de que amaneciera, se hizo un pacto.

La palabra cayó al suelo de la casa y se quedó allí, entre los dos, como una piedra que ha traído de fuera alguien que no debía. Mateo no la pronunciaba en voz alta desde hacía diez años. Descubrió, al oírla salir de su propia boca, que pesaba más dicha que guardada. Casi todo pesa más dicho. A lo mejor por eso se pasa la gente la vida entera callando.

—Yo formé parte de aquel pacto —siguió—. Tenía veinte años. Era casi un crío. Pero ya era un Salcedo, y a un Salcedo, a los veinte, ya le toca firmar cosas de mayores. —Hablaba con las manos abiertas sobre las rodillas, mirándoselas, eligiendo cada palabra como quien

elige las piedras para cruzar un río crecido, que una mala y te vas al agua—. Desde aquella noche no he dicho una sola frase verdadera sobre lo que pasó. A nadie. Ni a mi madre. Diez años. Tú me has visto callar de cerca estos meses y te lo has tomado como una cosa entre tú y yo. No tiene nada que ver contigo. Yo llevo callándole al mundo entero desde mucho antes de conocerte.

—Un pacto —dijo Aroa. Lo dijo despacio, paladeando la palabra, buscándole el filo por todos los lados—. Los pactos son entre dos. Por lo menos entre dos. ¿Con quién, Mateo?

Mateo no contestó.

—¿Con quién firma un crío de veinte años un pacto la misma noche que se muere una niña de dieciséis?

El nombre le subió a Mateo hasta los dientes, y en los dientes lo paró. Allí lo paraba siempre. Ella tenía la respuesta a un palmo, tan cerca que casi se quemaba con ella, y él no se la iba a poner en la lengua, porque el nombre era solo la primera puerta de un pasillo, y al final del pasillo estaba lo que de verdad no se podía abrir.

—Con quien tuviera autoridad para hacerlo —dijo al fin.

—Eso no es una respuesta.

—Es la forma de la respuesta, sin la respuesta dentro. Ya te lo he dicho. Te enseño la caja por fuera.

Aroa se incorporó un poco, sin llegar a levantarse, como se incorpora un animal que ha oído un ruido lejos.

—¿Y a quién protege? Un silencio de diez años no se aguanta por gusto. Se aguanta porque calla algo que, dicho en voz alta, hunde a alguien. ¿A quién hunde, Mateo? ¿A quién llevas diez años tapando con el cuerpo?

—Eso es lo de dentro de la caja.

—Es mi hermana. —Le falló la voz. Se le partió por la mitad de la palabra, y Mateo tuvo que clavarse las uñas en la pierna para no moverse, para no hacer la única cosa que el cuerpo entero le estaba pidiendo, que era cruzar el metro de papeles que los separaba y sostenerla—. Es mi hermana la que está muerta en el fondo de tu pacto. Tengo derecho a saber.

—Lo sé.

Lo dijo, y le costó como si lo escupiera. "Lo sé" era lo más cerca de la verdad que le había salido de la boca en diez años. Y era verdad de la grande. Lo sabía. Sabía lo que había en el fondo, lo sabía con sus nombres y con el orden exacto en que pasaron las cosas aquella noche. Lo había cargado solo durante una década. Y justo por llevarlo tan al detalle sabía una cosa que Aroa no podía ni sospechar sentada en aquel suelo: que el día que el fondo se abriera, le iba a hacer a ella un daño del que no se vuelve.

—El pacto tiene un precio —dijo, y le costó cambiar de asunto, porque cambiar de asunto era alejarse del nombre que ella le seguía pidiendo con los ojos—. Todos los pactos lo tienen. Este no se paga de golpe. Se paga a plazos, en silencio, un poco cada día, durante una vida entera. Y no se reparte entre los que lo firmaron. Cada uno paga el suyo a solas, en su casa, de noche. Yo llevo diez años pagando el mío. Lo pago cuando no consigo dormir. Lo pago cuando mi madre saca el servicio bueno y yo me siento a esa mesa sabiendo lo que sé. Lo iba a pagar solo hasta el final, callado, sin contártelo nunca a ti. Y lo habría conseguido, si tú no hubieras vuelto a bajarte de un autobús a remover el fondo.

Se levantó. Le crujió una rodilla, el cuerpo recordándole que ya no tenía veinte años, que de la noche del pacto a esta noche habían pasado diez inviernos enteros. Había entregado lo que había subido a entregar. Le quedaba lo otro, lo difícil, porque Mateo Salcedo sabía dar órdenes y sabía aguantar, pero pedir no había aprendido nunca. A Aroa no le había pedido nada en la vida. Ni a los veinte, cuando la quería. Ni ahora, que la quería peor.

—Te he contado esto por una razón. No para que sigas tirando del hilo a ver qué más sacas. Para que lo sueltes. Quiero que pares.

—Mateo…

—Déjame terminar. —Era la primera vez en toda la noche que levantaba la voz, y la bajó enseguida, porque levantarla no iba con él—. Hay gente en este término a la que mi padre no tiene ni que darle una orden. Le basta con ponerle una cara. Y esa gente ya tiene una fecha metida en la cabeza. La Fiesta. Si para la Fiesta tú sigues escarbando en esto, no hay casa de piedra ni monte que te guarde, y no habrá nada que yo pueda hacer para que sigas viva. Te

lo digo claro porque mereces oírlo claro. Lo que estás haciendo te mata. Y no lo digo como una manera de hablar.

Aroa lo escuchó entero, sin interrumpirlo, con la barbilla un poco alta, midiéndolo como lo medía todo. Y cuando él terminó, contestó lo que Mateo ya sabía que iba a contestar, porque la conocía, porque era de las dos o tres cosas que de verdad sabía en este mundo.

—No puedo parar. Es mi hermana. Tú tienes una familia entera a la que proteger. Yo tengo a una muerta. Es lo único que me queda. No me pidas que la suelte, porque soltarla es quedarme sin nada.

Y entonces Mateo hizo la cosa para la que no se había preparado al subir el monte. Cruzó el metro de papeles que llevaba toda la noche sin cruzar. Se agachó delante de ella, quedó a su altura, le puso una mano en la cara —la primera vez que la tocaba desde que había empezado a hablar— y le dijo, muy bajo, la frase que llevaba diez años guardada y que salió ahora sin pedirle permiso a nadie, porque hay frases que no salen pensadas, salen solas o no salen nunca.

—Para. Por las dos. Hazlo por las dos.

Aroa no apartó la cara de su mano. Pero la frase no le entró bien. Mateo se lo vio: el pequeño tropiezo, el gesto de quien recibe una palabra de más y no encuentra el sitio donde ponerla.

—¿Las dos? —dijo—. ¿Qué dos, Mateo? ¿Las dos quiénes?

Y ahí estaba. La pregunta exacta, hecha en voz alta, a un palmo de su boca. Bastaba con contestarla. Una frase. Diez años se deshacían en una frase, y Aroa sabría por fin por las dos quiénes, y por qué, y todo lo demás vendría detrás, como viene el agua en cuanto se quita la piedra.

Mateo cerró los ojos un segundo. Volvió a abrirlos. No contestó.

Le quitó la mano de la cara despacio, como se suelta una cosa que se va a echar de menos, y se puso de pie. Hizo lo único que sabía hacer con lo que no se podía decir: lo dejó allí, en el aire de la casa, sin recogerlo, y esperó a que el silencio se lo tragara.

Pero el silencio no se tragó nada. Mateo la conocía. La vio guardarse la pregunta. No la tiró. Aroa no tiraba nunca las preguntas que no entendía: las metía en lo oscuro y las dejaba madurar, y un día, semanas después, volvía a por ellas cuando ya estaban en su

punto. Iba a volver a por aquella. Iba a darle vueltas a "las dos" en la cama, despierta a su lado en la oscuridad, hasta que una noche cualquiera, a fuerza de cavar, la pieza le entrara en su hueco con un chasquido.

Y el día que le entrara, lo que Mateo llevaba diez años sosteniendo a pulso, solo, en silencio, se le iba a venir encima de golpe. Y no solo a él.

Había subido a aquella casa a quitarle a Aroa la pala de las manos.

Bajó habiéndosela devuelto más afilada, y con un sitio nuevo señalado donde clavarla.

Capítulo 23

A la casa de Mateo le encontré la grieta enseguida. Las casas son mi oficio. Lo que me costó no fue encontrarla, fue decidirme a usarla.

La puerta de delante la había cerrado bien. La de delante se cierra siempre bien; es la que se mira. Lo que no mira nadie, ni el que encierra ni casi nunca el que está encerrado, es el cuarto de atrás. El cuarto de atrás de aquella casa tenía una ventana pequeña, a la altura del pecho, tapiada por fuera con tres tablas que alguien había clavado mucho tiempo atrás y sin demasiada fe. Fui aflojando los clavos uno a uno, una mañana cada vez, las mañanas que Mateo pasaba abajo haciendo de hijo, con el atizador de la chimenea, y volviéndolos a dejar puestos por fuera de manera que la tabla pareciera clavada sin estarlo. Esa es la única diferencia que hay entre una pared y una puerta: la fe de los clavos.

Tenía la salida lista desde hacía días. No la usé. Una sale de un escondite cuando tiene adónde ir, y yo, hasta la noche en que Mateo se sentó encima de mis papeles a hablarme de un pacto, no lo tenía.

Aquella noche me lo dio. No lo que él creía que me daba. Me había enseñado la caja por fuera y se había guardado, otra vez, la llave de dentro, y me había pedido que parara, que soltara la pala, que lo hiciera por las dos no sé quiénes. Y yo, despierta a su lado las dos noches siguientes, oyéndolo dormir el sueño tranquilo que le había salido desde que ya no me mentía del todo, llegué a una conclusión sencilla y sin rabia, o casi sin rabia. A nadie se le suplica que suelte una pala inútil. Si Mateo me rogaba que dejara de cavar, era porque cavando se llegaba a alguna parte.

Faltaba saber a cuál.

Y ahí estaba la segunda cosa, la vieja, la que llevaba medio año dándome vueltas por debajo sin que yo la mirara de frente. Mateo me había apartado de Remedios. No una vez. Siempre. Desde el primer mes. Cada vez que mis pasos torcían hacia el molino, aparecía una excusa, o una mano en mi espalda llevándome con suavidad hacia otro sitio. Lo había hecho tantas veces y tan bien que yo había dejado de verlo, que es lo que les pasa a las cosas que se hacen bien. A una vieja del molino no se aparta a nadie. A una vieja del molino se la deja en paz, porque no tiene nada que dar.

Salvo que sí lo tenga.

La mañana después de que me hablara del pacto, en cuanto el coche de Mateo desapareció camino abajo, salí por la ventana del cuarto de atrás. Y no eché a correr monte arriba, que era lo que el cuerpo pedía. Bajé. Hacia el río. Hacia la única puerta de Valdecolmena que Mateo Salcedo se había ocupado de tenerme cerrada durante seis meses.

Bajé por el barranco, fuera del camino, pegada a la maleza. Una mujer a la que el pueblo entero cree de vuelta en su tierra no puede pasear por la carretera. Tardé hora y media en cubrir veinte minutos de trayecto; cada motor que oía a lo lejos me tiraba a la cuneta. Aprendí esa mañana lo que pesa de verdad una mentira. La mía —"se ha ido, no le iba el clima"— me obligaba a moverme por mi propio pueblo como un animal al que se le ha abierto la veda, y la había soltado yo, y la sostenía Mateo, y nos servía a los dos. Agachada en una cuneta con el corazón en la garganta, no conseguí agradecerla.

El molino está donde el río se estrecha y los caminos del valle se juntan para cruzarlo por un único puente. Quien quiera entrar o salir de Valdecolmena por el lado del agua, pasa por delante del molino. Lo entendí allí, parada entre los juncos, mirando el edificio viejo de piedra mojada y la rueda quieta y verde de musgo. Remedios no lo veía todo por bruja. Lo veía todo porque la vida la había sentado en el único sitio del pueblo por el que pasa todo. Le habían dado, sin querer, el mejor puesto de vigilancia de Valdecolmena. Y después se habían pasado diez años procurando que lo que veía desde él no le llegara a nadie.

Me vio llegar. Claro que me vio llegar; lleva ochenta años viendo llegar gente. Estaba sentada en un poyo de piedra junto a la puerta del molino, pelando una rama con una navaja, y no levantó la cabeza hasta que tuve los pies dentro de su sombra.

—Has tardado —dijo.

—¿Sabe quién soy?

—Sé quién eres desde el día que te bajaste de aquel autobús con la maleta y la cara de no ser de ningún sitio. —Cerró la navaja. Tenía las manos como dos raíces secas—. Lo sabe medio pueblo, niña. Lo que pasa es que en este pueblo saber y decir son dos pueblos distintos, y entre uno y otro no hay autobús que lleve.

—Vengo a que me cuente lo que vio.

—Todo el mundo viene a eso. —Se rió, y la risa le sonó a madera partiéndose—. Y no ha venido nadie nunca. ¿Sabes cuánta gente ha subido estos doce escalones a preguntarme por aquella noche en diez años? Ninguna. La gente cruza mi puente, me dice buenos días, Remedios, y sigue. Nadie sube. ¿Y sabes por qué nadie sube?

—Dígamelo usted.

—Porque alguien se ha ocupado, con mucha mano izquierda, de que no haga falta subir. —Volvió a abrir la navaja, ya sin rama que pelar, solo por tener las manos ocupadas—. El hijo de los Salcedo. El callado. Diez años barriéndome la puerta. Sin una mala palabra, eso se lo reconozco. Pero donde yo voy a hablar, él ha hablado antes; y a quien me iba a escuchar, lo ha sentado primero a su mesa. Una no se entera de que la han enterrado hasta que lleva años bajo tierra y nota que el aire le sabe a tierra.

Me senté en el poyo, a su lado, sin que me invitara. El río hacía su ruido. Aquella vieja era la prueba viva de algo que yo había tardado medio año en entender: que en Valdecolmena a la gente no se la hace callar tapándole la boca. Se la hace callar quitándole los oídos de alrededor.

—Aquella noche —dije—. La noche que murió mi hermana. ¿Qué vio?

Remedios no me contestó eso. Aquella mujer, lo fui aprendiendo frase a frase, no contestaba nunca lo que se le preguntaba.

Contestaba lo de al lado, y te dejaba a ti el trabajo de hacer el camino.

—Tu hermana era una cría que se reía fuerte —dijo—. ¿Te acuerdas de cómo se reía Olalla? Se la oía desde el puente. Yo, aquí sentada, sabía si las hijas de los Ledesma andaban sueltas por el pueblo nada más que por oír, o no oír, aquella risa. —Giró la cabeza y me miró de frente por primera vez—. La noche que dicen que se cayó al pozo, no oí la risa. Oí otra cosa.

—¿Qué oyó?

Me salió la voz más baja de lo que yo quería.

—Pasos. De noche cerrada, tarde, a la hora en que por ese puente no cruza ni el agua con prisa. —Hablaba mirando el río, no a mí—. Pasos que bajaban del monte y cruzaban deprisa. Me asomé, porque una se asoma. Y vi a una de las pequeñas de los Ledesma cruzar mi puente corriendo. Sola. A oscuras.

Me quedé muy quieta en el poyo de piedra.

—¿Cuál de las dos?

Y Remedios hizo entonces una cosa que no me he podido quitar de encima desde aquella mañana. Tardó en contestar. Una vieja que lo ha visto todo, que tiene una respuesta colgada para cada pregunta del mundo, se quedó un rato largo mirando correr el agua, buscando de verdad. Y al final dijo:

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? Las conocía a las dos. Acaba de decirme que reconocía a Olalla solo con oírla reír.

—Por la risa la reconocía. —Se volvió del todo hacia mí. Tenía los ojos viejos, pero no torpes—. La que cruzó mi puente aquella noche no se reía, niña. No traía una cara que yo supiera leer. Iba con el pelo pegado a la cara y las manos negras, andando con los ojos al frente y sin ver nada, como andan los que vuelven de un sitio del que no se vuelve igual que se fue. Ochenta años llevo viendo cruzar gente por ese puente. Esa fue la única que cruzó sin parecerse a nadie.

Las manos negras. Me oí preguntar, y la pregunta me salió de un sitio mío que yo no gobierno.

—¿Negras de qué?

—De tierra. De tierra y de agarrarse a algo. —Remedios se encogió de hombros, un gesto pequeño y horrible—. Yo qué sé de qué. Yo solo le vi las manos.

Y por un segundo, parada entre los juncos de aquel río, sentí las mías. Las palmas. Un frío que no era el de la mañana, un frío concreto, antiguo, de piedra, subiéndome desde las manos como si las acabara de despegar de algo. Duró menos que un parpadeo. Se fue. Pero había estado, y yo no lo había llamado.

Remedios me estaba mirando las manos. Me estaba viendo mirármelas.

—Tú has venido hasta aquí —dijo— a que una vieja te cuente lo que vio una noche desde un puente, hace diez años. Y te lo he contado, y no te sirve, porque lo que yo vi fue una sombra con el pelo en la cara. Una sombra puede ser tu hermana. Puede ser cualquiera. —Guardó la navaja en el delantal, despacio, como quien cierra un asunto—. Pero hay una persona en el mundo entero que no necesita que yo le diga quién cruzó ese puente. Una sola. La que lo cruzó.

—Yo no crucé ningún puente —dije—. Yo aquella noche me fui de Valdecolmena. Hice la maleta y me fui. Yo no estuve en ningún monte aquella noche. Me fui.

—¿Te acuerdas de irte?

La pregunta me cayó encima como cae una viga mal sujeta.

—¿Cómo dice?

—Que si te acuerdas. De hacer la maleta y cerrar tu puerta. De la cara del que te sacó del pueblo, si te sacó alguien. —Remedios hablaba despacio ahora, y sin una brizna de crueldad, que era lo peor de todo—. Llevas toda la conversación contestándome "me fui, me fui", como quien reza un padrenuestro. Yo te he preguntado por una noche entera y tú me respondes con dos palabras. Una palabra no es un recuerdo, niña. Es una tapa. Y debajo de las tapas, en este pueblo, hay siempre un pozo.

No me acordaba de irme.

Lo descubrí allí, de pie, delante de aquella vieja, buscándolo a la desesperada. Tenía la palabra "me fui", lisa, gastada de diez años de manosearla. Y debajo de la palabra, donde tenían que estar las

horas de aquella noche, no había horas. Había un hueco. Un hueco limpio, barrido, con la forma exacta de lo que faltaba.

Y entonces, parada en aquel río, me encajó por fin la pieza que llevaba medio año teniendo en la mano sin saber que la tenía.

Mateo no me apartaba de Remedios para que yo no oyera lo que Remedios vio. Remedios no vio gran cosa: una sombra, unas manos sucias. Mateo me apartaba de Remedios porque Remedios, sin proponérselo, con cuatro palabras dichas desde un puente, me iba a hacer exactamente lo que me acababa de hacer. Me iba a mandar a buscar hacia dentro. Me iba a señalar el hueco.

Mateo Salcedo, que dos noches antes me había enseñado el pacto envuelto para regalo y me había suplicado por las dos, llevaba seis meses haciendo una sola cosa con verdadero cuidado. Una sola, por encima de quererme y de tenerme encerrada. Mantenerme lejos de mi propia memoria.

Le di las gracias a Remedios. No sé si con la boca o solo con la cabeza. Volví a subir el barranco, hora y media, cuneta tras cuneta, hasta la casa de piedra, y volví a colocar las tres tablas de la ventana por fuera con su fe de mentira, para que Mateo, al subir, se encontrara una pared donde yo tenía una puerta.

Y aquella noche, tumbada a su lado, oyéndolo dormir tranquilo, hice lo que llevaba diez años sin hacer y todas aquellas semanas temiendo.

Cerré los ojos. Y metí la mano en el hueco.

Capítulo 24

Hay una manera de buscar dentro de la propia cabeza, y no se parece en nada a registrar una casa.

Una casa se deja registrar. Tiene cajones que se abren y polvo que falta donde una mano ha movido algo de sitio. Una casa, en el fondo, quiere que la encuentres. La memoria no quiere. La memoria, cuando ha decidido tapiar una habitación, no te deja ni el pasillo que lleva a ella. Aquella primera noche, tumbada en la oscuridad al lado de Mateo, hice lo que llevaba diez años sin hacer. Metí la mano en el hueco. Y la mano no encontró nada. Nada de nada. Una superficie lisa y fría, sin un asidero donde clavar la uña, como la pared del fondo de un armario que tú creías que tenía fondo y resulta que no lo tiene.

La casa de Mateo tenía un horario, y el horario no era mío. Lo marcaba él. Bajaba al pueblo cada mañana, con la luz todavía cruda, a hacer de hijo de los Salcedo, a dejarse ver, a sostener delante de Valdecolmena entero la idea de que la forastera se había vuelto a su tierra porque no le iba el clima. Y subía cada anochecer, un poco más callado cada vez, con pan y algo de cena, con la cara del que ha pasado el día mintiendo y vuelve al único sitio donde ya no le hace falta. Entre una cosa y otra, el día entero, la casa era mía. Mía y de la caja.

La caja seguía en un rincón del cuarto de delante, donde yo la había dejado. Mi caja. La de la adolescencia de Aroa, la que había arrastrado conmigo diez años y media España, la que llevaba semanas sin abrir porque abrirla, a aquellas alturas, ya me daba una clase distinta de miedo. La rodeaba. Pasaba por su lado para llegar a

la ventana y volvía a pasar de vuelta, y la caja se quedaba ahí, cerrada, paciente, como se quedan las cosas que saben que vas a terminar volviendo a por ellas.

No te voy a contar las noches iguales que vinieron después. Fueron varias. Varias noches metiendo la mano en el armario sin fondo y sacándola vacía, mientras abajo, en el valle, el calendario corría hacia la Fiesta y yo perdía la cuenta de los días dentro de aquella casa sin reloj. Empecé a pensar que el hueco era un hueco de verdad. Que debajo de "me fui" no había ninguna noche escondida porque no había pasado nada digno de esconderse. Que Remedios no era más que una vieja con la cabeza llena del ruido del río, y que yo había bajado hasta el molino, y roto el encierro, y vuelto a subir, solo para que una desconocida me llamara mentirosa con palabras bonitas.

Dormía mal. Dormía como duerme quien tiene una pala en la mano y la tierra delante y no encuentra el sitio donde clavarla.

Y una tarde, no sé cuántas después, me pasó.

Había salido al umbral de la casa a respirar. Lo hacía a esa hora, la hora en que el monte se pone de color de moneda vieja y empieza a refrescar, porque a esa hora ningún coche sube por la pista y una mujer escondida puede asomar la cara cinco minutos sin jugársela. Estaba de pie en el quicio, con un hombro apoyado en la jamba de piedra, mirando cómo se le apagaba la luz al valle. Y me alcanzó el olor.

Lavanda. En aquel monte había lavanda, claro que la había, llevaba semanas oliéndola entrar y salir de la casa sin que me dijera nada. Pero aquella tarde el olor no vino solo. Vino acompañado. Vino con una luz pegada a él. Una luz concreta, de un día concreto que se caía despacio por el cielo. El olor a lavanda y el día cayéndose, los dos juntos, encajados el uno dentro del otro como dos piezas que llevaran diez años buscándose a tientas. Y de pronto yo no estaba en el umbral de la casa de Mateo.

Estaba en otro sitio. Diez años más atrás. De pie en otra parte, con este mismo olor metido en la nariz y esta misma luz muriéndoseme delante, y el cuerpo entero, de los pies a la garganta, sabía que aquello no me lo estaba inventando.

Duró un segundo. Menos. Volví al quicio de la casa de Mateo con el corazón dándome golpes y la mano agarrada a la piedra de la jamba, como si el suelo se hubiera puesto a moverse.

Volví adentro. Me senté en el suelo, con el olor todavía prendido en la ropa, y le hice a aquello lo que le hago a cualquier pieza que me cae en las manos. Comprobar si es buena. Si miente.

Lo que uno se inventa es vago. Lo que uno se inventa se deja llevar, va dócil adonde tú lo empujes, cambia de forma si le conviene. Aquello no se dejaba empujar. Tenía bordes duros. Tenía una temperatura. La luz que traía dentro era la de una hora exacta de una tarde exacta del año, no la de "una tarde" cualquiera. Y el olor no era lavanda a secas. Era demasiada lavanda. Una cantidad de lavanda que no se da sola en el monte, que solo se junta en un sitio donde alguien la ha plantado a propósito, en hileras, para que las abejas tengan de qué vivir.

No me lo estaba inventando. Era un recuerdo. El primero. Y llevaba diez años teniéndolo guardado y diez años llamándolo cualquier cosa antes que por su nombre. Un mareo. Una manía mía.

A partir de aquella tarde dejé de esperar a que vinieran. Fui yo a buscarlos. De día, con Mateo abajo, me sentaba en el suelo frío de la casa y trabajaba el hueco como se trabaja una cerradura vieja y oxidada. Con paciencia. Sin forzar el mecanismo, porque el mecanismo forzado se parte. Esperando el clic.

El segundo no lo busqué. Me lo dio la propia casa. Una mañana me agaché a recoger algo del suelo y apoyé las dos manos en el muro de piedra para incorporarme, y la piedra estaba fría. Fría de una manera vieja. Fría como solo está la piedra que lleva años sin que le toque el sol. Y el clic llegó antes de que yo lo llamara.

Las manos sobre una piedra fría. Mis manos. No las manos de una sombra que Remedios vio cruzar un puente a oscuras. Las mías. Abiertas, agarrando, apretando contra una piedra curva y húmeda, en lo negro de la noche, con todo el peso del cuerpo echado hacia delante. Esa postura no es la de quien se apoya en algo. Es la de quien se asoma. La de quien se cuelga sobre un borde para mirar una cosa que está muy abajo, en un sitio adonde no llega la vista.

Me quedé con las palmas pegadas al muro de Mateo, sin atreverme a despegarlas, porque supe dónde había sentido yo aquella piedra. No diez años atrás. Hacía unas semanas. En el pozo seco de los colmenares viejos, el día que subí hasta allí sin saber por qué subía, apoyé las manos en el brocal, y se me revolvió todo por dentro. Aquel día me dije que era el sitio. Que el sitio me daba algo. Que los lugares donde se ha muerto alguien tienen esas cosas. Mentira. El sitio no me daba nada. El sitio me devolvía. Me estaba devolviendo, piedra contra piedra, una cosa que yo había dejado allí.

Aquella misma semana, una noche, Mateo se despertó. O no dormía. Con Mateo nunca se sabe si duerme de verdad o si está ahí tumbado, quieto, dejándote creer que duerme para no obligarte a hablar. Notó que yo estaba despierta a su lado, rígida, con los ojos abiertos clavados en un techo que no se veía, y me buscó la mano por debajo de la manta. No la cogió de golpe. La encontró, la rodeó despacio con la suya, como se coge una cosa que se puede romper, o que se puede escapar.

—¿Dónde estás? —preguntó.

No me preguntó dónde había andado yo de día, ni qué había hecho con las horas. Me preguntó dónde estaba. En aquel mismo momento. Tumbada a su lado y a la vez a kilómetros y a años de aquella cama.

—Aquí —dije.

—No. —Me apretó la mano una vez, despacio, sin reproche dentro—. Llevas días yéndote. Te acuestas a mi lado y al rato ya no estás. Te metes tú sola en un cuarto, cierras la puerta por dentro y me dejas fuera. Lo noto, Vera. Noto la puerta.

Y tenía razón. Esa era la cosa insoportable de Mateo, la que llevaba seis meses sin saber perdonarle: que casi siempre tenía razón sobre mí. Me estaba describiendo, sin saber que lo hacía, el trabajo exacto de todas mis noches. Meterme yo sola en un cuarto cerrado —el suyo, el que él me había tapiado piedra a piedra a lo largo de diez años— y forzar la puerta desde dentro.

Y podría habérselo contado. Ahí estaba lo terrible. Lo tenía al lado, en aquella cama estrecha, en aquella casa perdida en mitad del monte. Tenía pegado a mi cuerpo, respirándome contra el pelo,

al único ser vivo sobre la tierra que conocía aquella noche entera, de principio a fin, sin un solo hueco. Lo que yo estaba sacando del pozo a ciegas y pedazo a pedazo, destrozándome las manos, Mateo lo tenía completo y ordenado. Le bastaba con abrir la boca.

Una pregunta mía. Una respuesta suya. Y se acababa.

No pregunté. No pregunté porque ya no me fiaba de nada que saliera de su boca, claro. Pero había una segunda razón, más honda y más fea, y aquella noche, despierta en lo negro, me obligué por una vez a mirarla de frente. No quería su versión. Aquella noche, rota y negra como fuese, era mía. Era el último pedazo de Olalla que me quedaba en el mundo. Y no estaba dispuesta a recibirlo masticado, ablandado, contado con la voz cuidadosa de un Salcedo que llevaba diez años decidiendo por mí cuánta verdad era yo capaz de aguantar. La quería entera o no la quería. Aunque entera me costara la cabeza.

Mateo esperó. Esperó un buen rato, en silencio, con mi mano guardada dentro de la suya. Y al final, viendo que yo no le daba nada, hizo lo único que sabe hacer cuando se queda sin palabras. Se acercó más. Me puso la frente contra la nuca y se quedó así, pegado por fuera a una puerta cerrada, montando guardia delante de un cuarto en el que no le dejaban entrar.

El tercer pedazo tardó más en venir, y vino del revés de todos los demás. No me lo trajo un olor. No me lo trajo el tacto de una piedra. Me lo trajo el silencio.

La casa de Mateo, de noche, es de los sitios más callados en los que he dormido en mi vida. No hay carretera cerca. No hay un vecino al otro lado de un tabique. No hay tampoco un teléfono, porque Mateo me había quitado el mío la primera noche del encierro, con suavidad, sin levantar la voz, por mi bien, igual que me quitaba todo lo demás. Y fue ahí, justo dentro de aquel silencio sin teléfonos, donde una madrugada, despierta, empecé a oír uno.

Un teléfono que sonaba. Y no paraba. Sonaba, se callaba el tiempo justo de tomar aire, y volvía a empezar. Terco. Una vez. Y otra. Y otra más. Llamando a alguien que no lo cogía.

Me senté en la cama de golpe, con el corazón desbocado, y agucé el oído contra la oscuridad de la casa. No sonaba ningún teléfono.

En kilómetros a la redonda, aquella madrugada, no había un solo teléfono sonando. El que sonaba llevaba diez años sonando. Estaba guardado en el hueco, debajo de "me fui", y acababa de subir hasta la superficie con todo el resto.

Y detrás del sonido subió lo peor de la noche. Subió una certeza. Una certeza física, instalada en mitad del pecho, dura como un hueso: que aquel teléfono me llamaba a mí. Que era a mí a quien estaba buscando en lo oscuro. Y que yo, parada en algún sitio, con el olor a lavanda todavía en la nariz y la última luz del día cayéndoseme encima y las dos manos abiertas sobre una piedra fría, lo estaba oyendo sonar.

Y no lo cogía.

Tres. Ya tenía tres.

Tres pedazos, y los tres del mismo lugar, y los tres de la misma noche. Lo sabía por la manera en que encajaban unos contra otros. Por cómo la luz que se moría en el primero se apagaba justo hacia la oscuridad en la que sonaba el segundo. Por cómo las manos del tercero apretaban su piedra dentro de esa misma oscuridad. No eran tres rarezas sueltas que yo hubiera ido arrastrando diez años por media España. Eran tres ventanas pequeñas abiertas al mismo cuarto. Y el cuarto era una noche. La noche.

Y aquí es donde la mujer que se gana la vida con esto se sienta en el suelo, en lo oscuro, y hace la cuenta. Le guste o no le guste lo que le salga.

Yo tengo tres recuerdos de la noche en que mi hermana se cayó a un pozo.

Recuerdos. No suposiciones. No la versión de nadie, contada con la boca de nadie. Recuerdos míos, con sus bordes y su temperatura. Y un recuerdo es la única prueba que existe en el mundo que no admite ni media discusión sobre una cosa concreta: sobre que quien lo tiene estuvo delante. No se recuerda un sitio en el que no se ha estado nunca. No se recuerda el frío exacto de una piedra que no se ha llegado a tocar con la mano. La memoria no regala nada. La memoria solo te entrega, años más tarde y el día que le da la gana, aquello que pagaste estando allí.

Lo lógico, llegada a ese punto, era aceptarlo. Llevaba diez años aceptando piezas feas sin pestañear; es mi oficio. Pero aquella no la quise. Aquella me pasé lo que quedaba de noche empujándola hacia fuera con las dos manos para que no me entrara del todo. Buscándole una grieta. Otra explicación cualquiera. Que si la lavanda la había olido en otro monte y en otro año. Que si el teléfono me lo había traído un mal sueño. Llevaba diez años de vida levantada ladrillo sobre ladrillo encima de una sola frase —"yo aquella noche me fui de Valdecolmena"—, y esa frase no era una pared más de la casa. Era el suelo. Y con el suelo no se discute, porque el día que el suelo cede ya no quedan pies que plantar en ningún sitio, solo queda un lugar adonde ir, y es hacia abajo.

Pero el suelo había cedido. Lo noté ceder allí mismo, en aquella cama, en lo negro, sin hacer ruido. Y para agarrarme a algo ya no me quedaba nada.

Yo estuve allí.

Estuve en aquel monte la noche en que se murió Olalla. Olí la lavanda de aquellas hileras plantadas para las abejas. Vi caerse aquel día concreto por aquel cielo. Oí un teléfono sonar para mí en la oscuridad y lo dejé sonar hasta que se cansó él solo. Tuve las dos manos abiertas sobre el brocal de un pozo. Estuve delante. Y a la mañana siguiente cogí una maleta, me marché del pueblo, y por el camino me conté a mí misma un cuento tan redondo y tan piadoso que conseguí creérmelo diez años seguidos.

Me quedé sentada en aquella cama, muy quieta, escuchando respirar a Mateo a mi lado. Dormía. O me dejaba creer que dormía. Descansaba tranquilo, o lo fingía muy bien, el hombre que llevaba medio año entero haciendo de muro entre aquella noche y yo.

Yo había creído que ese muro estaba puesto para tapar a su familia. Para que yo no llegara nunca a lo que hizo Aurelio Salcedo, fuera lo que fuese, a la podredumbre de los de su sangre. Me equivocaba. Llevaba medio año equivocándome de medio a medio. Aquel muro no defendía a los Salcedo de nada. Me tapiaba a mí. Me dejaba a un lado de la pared y a mi propia memoria al otro, para que las dos no nos encontráramos nunca.

Por eso me apartaba del archivo. Por eso me sacaba con una mano suave de la puerta de Remedios. Cada vez que mis pasos olían el rastro y empezaban a tirar de él hacia arriba, ahí estaba Mateo, con un beso o con una cena, con lo que hiciera falta para girarme la cara hacia otro lado. A Mateo no le quitaba el sueño lo que yo pudiera averiguar sobre el apellido Salcedo. Le quitaba el sueño lo que yo pudiera recordar de la noche en que mi hermana se quedó en el fondo de aquel pozo.

Porque la testigo que llevo diez años buscando para el caso de Olalla —la única persona que estuvo delante de todo, de principio a fin, la que lo vio con sus propios ojos y sigue viva para contarlo— no está en ningún archivo ni en ningún sumario. No me espera en ningún pueblo al final de ninguna carretera.

Duerme cada noche dentro de mi cuerpo. La testigo soy yo.

Y a esa testigo, ahora que por fin la había encontrado, todavía me quedaba por hacerle la única pregunta que de verdad daba miedo. La que llevaba diez años sin atreverme a formular porque mi cabeza, piadosa y cobarde, había tapiado el cuarto entero para que yo no pudiera ni acercarme a ella.

No qué viste.

Qué hiciste.

Capítulo 25

Hay una cosa que llevo encima desde hace más años de los que he llevado cualquiera de mis nombres. Cabe entera dentro de un puño cerrado. Pesa menos que una llave.

Es un trozo de ámbar del tamaño de una avellana, y dentro tiene una abeja. Una abeja de verdad, entera, con las alas todavía abiertas, detenida para siempre en el gesto exacto de irse. Lleva atrapada en esa gota dorada un número de años que no se cuenta con los dedos. Y yo la llevo atrapada a ella desde hace diez justos.

Durante esos diez años me he contado que el ámbar era de Olalla.

No es que me lo creyera del todo. Es que no lo miraba. Lo tenía, sin más. Lo cambiaba de ciudad y de nombre, y cada vez que la mano daba con él en el fondo de un bolso, la mano decía "Olalla" y yo la dejaba decirlo y pasaba a otra cosa. Una pieza de mi hermana muerta. Lo único que me traje de Valdecolmena que mereciera la pena traerse. Esa era la historia. Y era una historia limpia, de las que se pueden contar en voz alta sin que se rompa nada por dentro, y por eso me sirvió tanto tiempo.

Lo que tienen las historias limpias lo aprendí la semana pasada, a oscuras, en aquella cama. Que son tapas. Y que debajo de las tapas, ya me lo había avisado una vieja desde un puente, hay siempre un pozo.

Así que aquella mañana, con Mateo abajo en el pueblo haciendo de hijo, saqué el ámbar de donde lo guardaba, lo puse en la palma de la mano, a la luz cruda de la ventana, y por primera vez en diez años lo miré como miro las cosas cuando estoy trabajando. Sin la

historia puesta encima. A ver qué decía la pieza por sí sola, si la dejabas hablar.

Lo primero que dijo fue que estaba caliente.

El ámbar hace eso. No es como la piedra. La piedra te roba el calor, te lo quita y no te lo devuelve nunca; el ámbar te lo guarda. Lo coges frío y al rato te está devolviendo en la palma una tibieza que parece suya y es tuya, es la que le has prestado tú. La mano se acuerda de esa tibieza mucho antes de que la cabeza se acuerde de nada. Y mi mano se acordaba. Mi mano llevaba diez años acordándose, en silencio, por su cuenta, de una cosa que la cabeza había tapiado a conciencia.

Y entonces vino. Igual que habían venido los otros, los tres, solo que este no vino con un olor ni con un sonido. Vino con el peso. Con la tibieza exacta de aquella gota en la palma de una mano que todavía no era del todo la mía: una mano de dieciocho años, abierta, y otra mano más grande cerrándomela desde fuera, doblándome los dedos uno a uno alrededor del ámbar para que no se viera. Porque lo que se ve en Valdecolmena se sabe, y aquello, entonces, no se podía saber.

Una mano de hombre joven. Una mano que olía a cera y a humo de ahumador por mucho que se la lavara, porque hay olores que ya no salen, que se quedan a vivir dentro de quien los trabaja. Conozco esa mano. La tengo cada noche, en esta casa, midiéndome la frente mientras finjo que duermo.

Me dio el ámbar Mateo.

Mateo, hace diez años y un verano, en un sitio del monte donde nadie nos veía, me puso en la mano una abeja muerta guardada dentro de miel endurecida y me cerró los dedos encima. Y me dijo algo. Eso también subió, subió entero, con la voz que él tenía entonces, que es esta misma con menos kilómetros encima. Me dijo que aquella era una abeja que no se iba a ir nunca. Que todas las demás se van. Que esa, no.

Diez años después puedo dar el parte. De los que estábamos aquella tarde en aquel monte, dos personas y una abeja muerta, la abeja es la única que cumplió su palabra.

Me quedé un rato largo con el ámbar quemándome despacio la palma, porque faltaba la segunda parte, y la segunda parte era peor que saber de quién era. La segunda parte era cuándo lo había tenido en la mano por última vez antes de empezar a llevarlo a secas, como se lleva una piedra, sin mirarlo.

Lo tuve aquella noche.

Para eso no me hizo falta cavar. Subió solo, pegado a los otros tres, encajado entre ellos como la pieza pequeña que cose las grandes. La abeja dentro del puño. Los bordes del ámbar clavándoseme en la carne de la palma de tanto apretar. Apretaba esto. Apretaba esta abeja que no se iba a ir nunca mientras el día se caía y olía a demasiada lavanda y un teléfono sonaba para mí en la oscuridad y yo no lo cogía. Lo tenía en el puño la noche en que se murió mi hermana. Lo apretaba como se aprieta lo único que te queda en la mano cuando todo lo demás se está yendo al fondo de un sitio del que no se vuelve.

Mateo subió al anochecer, como subía siempre. Y yo no guardé el ámbar.

Lo dejé donde estaba, en la palma abierta, encima de la mesa de la cocina, debajo de la luz. Quería ver qué hacía su cara con él. Llevo media vida leyéndole a la gente las manos y la cara en el momento exacto en que se le pone delante una cosa que no esperaba; es la parte honrada de mi oficio, puede que la única. Y la cara de Mateo, cuando empujó la puerta con el pan debajo del brazo y vio lo que había en la mesa, hizo algo que yo no le había visto hacer nunca. Ni cuando lo acusé. Ni cuando me encerró en esta casa. Se quedó sin un sitio en el mundo donde ponerse.

Dejó el pan en la encimera. Despacio, como si el pan pudiera romperse al tocar la piedra. No se acercó a la mesa.

—¿Dónde lo tenías? —dijo.

No "qué es eso". La pregunta de alguien que sabe de sobra qué es y lo único que necesita averiguar es en qué bolsillo del mundo ha estado escondiéndose diez años.

—Encima —dije—. Lo he tenido encima diez años. En todos los bolsillos. Con todos los nombres. —Lo miré a él, no al ámbar—. Y

durante diez años me conté que era de Olalla. Que era el único pedazo de mi hermana que conseguí salvar.

Mateo no dijo nada. Pero algo se le movió abajo, en la mandíbula. El gesto del hombre que recibe un golpe y decide, justo a tiempo, no devolverlo.

—Dilo tú —le pedí.

Y me oí la voz al pedírselo, y la voz no era la de la operadora. Era de otra. De una mujer que yo tenía tapiada todavía más adentro que la noche, en un cuarto al que llevaba diez años sin asomarme.

—Llevo toda la conversación dando vueltas alrededor. Dilo tú, que para algo lo pusiste tú aquí. —Levanté la palma con la abeja un par de centímetros de la mesa—. En esta mano.

—Te lo di yo —dijo Mateo.

Tres palabras. Las soltó como se suelta al suelo un peso que se ha cargado demasiado tiempo: sin alivio ninguno, solo con el cansancio viejo de haberlo estado cargando.

—Aquel verano. Antes de todo. Cuando lo único que teníamos tú y yo que esconder en este pueblo éramos tú y yo. —Y por fin se acercó. Puso un dedo en la mesa, al lado del ámbar, sin llegar a tocarlo, como se señala una pieza detrás del cristal de un museo—. La abeja la encontré yo. En un panal viejo de los colmenares de arriba, ahogada en su propia miel, y la miel se le había endurecido alrededor, clara, limpia. Tardé casi un mes en lijar aquello para que se le viera bien la abeja. Te lo di porque no se me ocurrió en el mundo nada más bonito que darte, y porque tenía dieciocho años y era un idiota.

—Veinte —dije—. Tenías veinte. La idiota de dieciocho era yo.

Casi se ríe. No le llegó a salir. Pero la boca le hizo todo el camino, y por un segundo, en aquella cocina, fuimos otra vez los dos imbéciles a los que solo les hacía falta esconderse a ellos mismos.

—Lo has guardado —dijo después. No lo preguntaba. Lo constataba en voz alta, delante de mí, como quien repasa una cuenta que no le sale—. Diez años. Tres nombres. Yo te hacía lejos, olvidándome a propósito, que es lo que yo habría querido para ti. Y resulta que has estado todo este tiempo cargándome en el bolsillo

como una piedra de mechero. —Tragó—. No sé si eso es bueno. Para ti, digo. No sé si eso te ha hecho algún bien.

—No me lo ha hecho —dije.

Era verdad. Y aun así ninguno de los dos apartó los ojos de la abeja.

El museo duró lo que dura todo aquí. Poco. Porque detrás de la abeja, y detrás del verano, y detrás de los dos críos que fuimos, estaba lo otro. Y lo otro entró en la cocina sin llamar, como entra siempre.

—Lo tenía en la mano aquella noche —dije.

Mateo dejó de mirar el ámbar. Me miró a mí. Tardó en contestar lo que tarda un hombre en decidir si una puerta se abre o se vuelve a clavar.

—Lo sé —dijo.

Y con dos palabras se me cayó otro tramo de suelo. Lo sabía. Pues claro que lo sabía. Mateo sabía que yo tenía su abeja apretada en el puño aquella noche por el mismo motivo por el que lo sabe todo de aquella noche. Porque estuvo. Porque hubo un momento, dentro de lo más negro de lo que yo todavía no consigo ver entero, en que este hombre me miró las dos manos y vio lo que yo estaba apretando con ellas.

—¿Es por esto? —pregunté. Y no hizo falta aclarar por esto el qué; llevábamos media conversación entendiéndonos sin nombrar los sujetos—. ¿Por una abeja dentro de una gota de miel llevas diez años levantándome un muro alrededor de la cabeza? ¿Esto es lo que proteges?

—No protejo una abeja, Vera.

—Pues dime qué proteges. Dilo de una vez. Estamos los dos solos en mitad de un monte. Aquí ya no queda nadie a quien guardarle las apariencias.

No me lo dijo. Otra vez no. Pero esta vez, en lugar de cerrar la boca y bajar los ojos al suelo, hizo una cosa peor. Rodeó la mesa. Vino hasta donde yo estaba de pie, me cogió la mano del ámbar entre las dos suyas y volvió a cerrarme los dedos encima. El mismo gesto exacto de hacía diez años. Las manos se acuerdan. Las manos

de los dos se acordaban a la vez, y eso, en aquella cocina, dolía más que cualquier cosa que se hubiera podido decir en voz alta.

—Te queda poco —dijo, muy bajo.

Por un momento creí que hablaba del ámbar. De mi memoria. De la cuenta atrás que yo tenía corriendo dentro de la cabeza.

—La Fiesta es pasado mañana —siguió—. Mi padre lleva tres días preguntándome si el asunto de la chica está resuelto. Y "resuelto", dicho con la boca de mi padre, no significa una mujer escondida y a salvo en una casa del monte. Esto que tenemos aquí tú y yo, esta tregua, esta casa, se termina pasado mañana. De una manera o de otra. Te lo digo para que lo sepas, no para que decidas nada. Tú ya tienes decidido. Se te ve. Se te ve desde Remedios.

Me soltó la mano.

—Sí —dijo, antes de que yo abriera la boca—. Sé que bajaste al molino. Sé que rompiste una ventana de mi propia casa para hacerlo. En Valdecolmena se sabe todo, ya te lo dije el día que llegaste. Hasta lo sé yo.

Nos quedamos los dos de pie en aquella cocina, con la abeja encerrada en mi puño y el puño encerrado en su recuerdo, sin decir durante un rato largo nada que se pudiera oír desde fuera. Hay silencios que no son el vacío de las palabras. Son otra manera de decirlas. Diez años caben enteros en un silencio de cocina, si el silencio es del bueno. En algún momento de aquel, Mateo me apoyó la frente en la sien, igual que apoya en la pared el que ya no se sostiene de pie él solo, y yo le dejé. No fue un beso. Fue dos personas sujetándose un rato la una contra la otra encima de un pozo, que es lo máximo a lo que Mateo y yo hemos podido aspirar nunca.

Yo había subido a este monte con un plan, y el plan era odiar a Mateo Salcedo con método y sin que me temblara el pulso. Era un buen plan. La avería del plan la tenía en ese momento en la palma de la mano, calentándose: que antes del muro, antes de que existieran un pacto y una hermana muerta en el fondo de un pozo, hubo un chico capaz de pasarse un mes lijando una piedra para rescatarle una abeja a la miel, y hubo una chica que se guardó esa abeja y no la soltó nunca. Y a esa chica nadie la había matado.

Seguía aquí. La acababa de oír hablar con mi voz, pedirle a Mateo la verdad con mi boca.

No se puede odiar limpio a un hombre del que llevas diez años cargando una abeja en el bolsillo. Esa había sido la avería desde el principio, desde el autobús, desde antes del autobús. Lo que pasa es que yo no había querido levantar el capó y mirarla de frente.

Pero —y este pero me lo dije con la voz de operadora, que para eso la tengo, para sostener los peros cuando todo lo demás se cae— que el amor fuera viejo y verdadero no volvía a Mateo inocente de nada. Las dos cosas podían ser ciertas a la vez, y lo eran. Mateo me había querido a los veinte y me quería ahora, en aquella cocina, con la abeja entre las manos. Y Mateo llevaba diez años con la palma puesta en mi espalda apartándome con cariño de mí misma. La abeja no borraba el muro. Solo lo hacía mucho más difícil de tirar abajo.

Aquella noche esperé a que Mateo se durmiera. Tardó. Un hombre que sabe que pasado mañana se le acaba la tregua no se duerme deprisa. Pero al final se durmió, con ese sueño desigual, a tirones, del que ha dejado de fiarse del suelo que pisa.

Me vestí en lo oscuro, sin encender. Me guardé la abeja en el puño cerrado, donde había estado aquella noche, donde llevaba diez años sin saber que quería estar. Y salí por la ventana del cuarto de atrás. Las tres tablas. La fe de mentira de los clavos. Todo el camino ya aprendido de memoria.

Tenía dos días. Tenía cuatro recuerdos con nombre —los tres destellos y la abeja— y tenía un hueco que seguía sin nombre. Y caí en una cosa, parada en el umbral con el frío de la noche entrándome por el cuello. Ninguno de aquellos recuerdos me lo había dado una persona. No me lo dio Mateo, ni me lo dio la vieja del molino. Me lo dio, cada uno, un sitio. El monte me devolvió la lavanda. La piedra fría de esta casa me devolvió mis propias manos. Faltaba subir al único lugar capaz de devolverme, de golpe y de una vez, todo lo demás.

Eché a andar monte arriba. Hacia los colmenares viejos. Hacia el pozo. A terminar de acordarme de pie delante del agujero donde se quedó mi hermana.

Capítulo 26

A los colmenares viejos se sube por un camino que el monte lleva diez años comiéndose, y de noche se llega peor que de día. Pero yo ya no me podía permitir el día.

Quedaban dos días para la Fiesta. Dos días para que la tregua de Mateo se terminara de una manera o de otra, y yo no pensaba llegar a la Fiesta con un agujero todavía abierto en mitad de la cabeza. Una no entra en la última habitación de una casa con la linterna a medio cargar.

Subí con la abeja cerrada en el puño y media luna por encima, que es la peor de las lunas: la que te enseña lo justo para que tropieces con ello. Olía a tomillo pisado y, por debajo de todo, espesa y dulzona, a lavanda. Las hileras de lavanda que alguien plantó hace mucho para que las abejas de los Salcedo tuvieran de qué vivir, y que siguen ahí, dando flor para nadie, porque a estos colmenares hace diez años que no sube ni una colmena. Subí despacio, parándome a escuchar el monte cada pocos metros, porque una mujer a la que el pueblo entero da por marchada no se puede permitir que la oigan ni las liebres. Pero el monte, aquella noche, estaba de mi parte. No había nadie. Solo yo, la cuesta, y diez años esperándome arriba.

El pozo está donde estaba. Las cosas como el pozo no se mueven. Las movemos nosotros, las cambiamos de sitio dentro de la cabeza, las enterramos a paladas, pero ellas se quedan quietas esperando a que volvamos. Un brocal de piedra, redondo, a la altura de la cadera, con la boca abierta a una oscuridad que no devuelve nada. Seco desde antes de que yo naciera. En este pueblo todo da

miel, y este agujero no daba ni agua, y por eso lo dejaron, y por eso fue siempre el sitio perfecto para que en él no pasara nunca nada.

Vine una vez, al poco de llegar. Aquel día apoyé las manos en este brocal y no entendí por qué me temblaban. Esta noche he subido a propósito a ponérmelas encima.

Las puse. Las dos palmas abiertas sobre la piedra, los dedos doblados hacia el borde de dentro, hacia el vacío, y esperé como había aprendido a esperar los destellos. Sin forzar. Dejando que el sitio hablara.

El sitio habló. Habló de golpe, sin la cortesía con que me habían venido las otras cosas, como habla quien lleva diez años callado y ha perdido la costumbre de hacerlo bajito.

Subí por este mismo camino hace diez años, de noche, con dieciocho años recién cumplidos y el día cayéndoseme encima color de lavanda. Eso ya lo tenía. Eso me lo había devuelto el monte semanas atrás, antes de que yo entendiera que el monte me estaba devolviendo algo. Lo que se había guardado para esta noche, para este brocal, era lo que venía después de la cuesta.

Venía el teléfono.

Subiendo por aquí, hace diez años, me sonó el teléfono en el bolsillo. Sonó. Se calló. Volvió a sonar. Lo noté vibrar contra la pierna y no lo cogí. No me preguntes por qué; las chicas de dieciocho años no cogen ciertas llamadas por razones que a los veintiocho ya no se sostienen de pie. Estaría enfadada. Tendría prisa. El caso es que dejé el teléfono sonando en el bolsillo mientras subía, terco, una vez y otra, y el nombre que parpadeaba en aquella pantalla, el nombre que llevo diez años sin permitirle leer a mi cabeza, era el de mi hermana.

Olalla me llamó aquella noche. Cuatro veces. Cinco. Y yo subía esta cuesta con su llamada temblándome contra la pierna y no se la cogí ni una.

Llegué hasta aquí. Hasta este brocal. Y aquí el monte me lo devolvió de golpe, sin darme tiempo, y tuve que agarrarme a la piedra para no irme yo también hacia delante.

Llegué, y me asomé.

La tercera cosa que me venía persiguiendo desde el principio, las manos sobre una piedra fría, tenía por fin un nombre, y el nombre era este brocal. Y la postura era la mía: dieciocho años, todo el peso del cuerpo echado hacia delante, asomada a la boca negra del pozo.

Mi hermana estaba en el fondo.

Un pozo seco, de noche, no tiene fondo para los ojos. Tiene una garganta de piedra que se va estrechando hacia abajo y después ya solo negro. Y en aquel negro había una mancha pálida, pequeña, quieta. Olalla. No sé decirte si en aquel momento mi hermana estaba viva o si ya no lo estaba. Ese es justo el primer dato que se traga el agujero, y no es por casualidad: la cabeza tapia antes que ninguna otra la puerta por la que no quiere volver a pasar.

El monte me devuelve cómo llegué hasta esta piedra. Y me devuelve a Olalla abajo. Lo que hay entre una cosa y la otra no me lo devuelve. Entre el momento en que me asomé y el momento siguiente que soy capaz de recordar no hay nada. Un agujero. Un agujero limpio, barrido, con la forma exacta de lo que falta.

Cuarenta minutos.

Ese número lo conozco de antes. Lo tengo subrayado en mis propios papeles, en la copia del atestado que conseguí hace meses, cuando todavía creía que estaba investigando la muerte de otra persona. En el atestado hay un hueco. Entre la última hora en la que alguien sitúa a Olalla con vida y la hora en que se dio el aviso pasan cuarenta minutos que ningún testigo cubrió jamás, que yo subrayé en rojo convencida de que ahí dentro estaba escondida la mentira de los Salcedo.

Y había una mentira escondida ahí dentro, sí. La mía. El hueco de cuarenta minutos del atestado y el hueco de cuarenta minutos de mi cabeza son el mismo hueco. Lo que le falta al papel le falta porque me falta a mí. Yo soy el testigo que la Guardia Civil no encontró nunca. Yo soy los cuarenta minutos.

Llevo diez años contando esto mal, y lo más sucio es que lo contaba sin mentir. Cuando alguien preguntaba, yo decía que mi hermana había muerto. No dije nunca cuándo me enteré. No dije nunca "el día que supe lo de Olalla", porque esa frase no existe. No hubo un día en que me enterara. No hubo una llamada, ni una

vecina parada en mi puerta con la cara torcida. A mí nadie me dio la noticia de la muerte de mi hermana. Yo estaba aquí. Yo me asomé a este brocal. La noticia no se da cuando se ha visto.

Lo siguiente que el monte me devuelve, ya al otro lado del agujero, es que voy corriendo. Monte abajo, en lo negro, sin una idea en la cabeza, con las piernas haciéndolo todo por su cuenta. Cruzo un puente. Sé que cruzo un puente porque una vieja sentada a oscuras me vio cruzarlo, aunque eso lo averigüé mucho después y por su boca, no por la mía. Corro. La abeja de Mateo se me clava en la carne de la palma de tanto apretarla. Y dejo el pueblo y el monte atrás, y dejo en el fondo de un pozo a mi hermana de dieciséis años.

Huí.

Esa es la pieza. La que llevaba diez años buscando con tanto método y tanto cuidado, la que le faltaba al puzle entero, la última. Subí a este pozo la noche en que se murió Olalla. Me asomé. Y eché a correr.

Llevo media vida ganándome el pan ordenando lo que pasó a partir de lo poco que queda. Es un oficio honrado, dentro de lo que cabe. Se aparta lo que no se sostiene, y lo que aguanta en pie, por feo que sea, es la verdad. Así que hice mi trabajo una última vez, ahí, con las manos en el brocal, con mi propio caso encima de la mesa.

Lo que se quedó en pie fue esto. Una chica de dieciocho años no le cogió cinco llamadas a su hermana. Subió a un monte. Encontró a esa hermana en el fondo de un pozo. Y en lugar de bajar a aquel agujero a sacarla o a quedarse muerta con ella, esa chica dio media vuelta y echó a correr, y no paró de correr hasta diez años más tarde, en este mismo brocal, esta misma noche.

Un caso con un agujero de cuarenta minutos en mitad no se cierra. Es la primera regla, la que le cobro a quien me paga. No se condena a nadie por lo que ocurrió en un hueco que no vio ningún ojo. Lo sé. Y aun así cerré el caso allí mismo, contra mi propia regla, porque hay algo que pesa más que las reglas: que mi hermana entró en aquel pozo con dieciséis años y yo salí de aquella noche con dieciocho y sigo aquí, respirando, diez años después. Esa cuenta sale sola. No hace falta ver los cuarenta minutos para sumarla.

No vine a Valdecolmena a buscar a quien le hizo aquello a mi hermana. Vine, sin saberlo, a buscarme a mí. Seis meses me ha costado, pero ya puedo cerrar el expediente. Ya tengo a la culpable. La tengo agarrada a esta piedra con las dos manos y no va a ir a ninguna parte.

No le oí subir. A Mateo no se le oye nunca; este hombre cruza un monte como cruza una habitación, sin pedirle permiso al suelo. Lo supe porque la noche dejó de estar vacía a mi espalda. Una presencia quieta, a la distancia exacta del que no quiere asustar y tampoco quiere mentir sobre que está ahí.

—Hace diez años subiste por este camino —dije, sin volverme—. A buscarme. ¿Verdad?

Tardó en contestar. Cuando lo hizo, la voz le salió de un sitio gastado.

—Sí. Subí a buscarte. Te encontré aquí mismo, con las manos donde las tienes tú ahora.

—Y me sacaste.

—Y te saqué. Demasiado tarde para Olalla. A tiempo para ti.

Asentí con la cabeza, despacio, encajando la pieza en su hueco. El coche de Mateo en los colmenares aquella noche. La primera grieta del muro, la cosa por la que empezó a tirar todo el hilo. Yo me lo había contado durante diez años como mejor me convenía: un Salcedo borrando las huellas de un crimen. Y resulta que era un chico de veinte años subiendo de noche a un monte a sacar de allí a la chica que quería antes de que la encontrara cualquier otro. Hasta esa pieza la había puesto yo del revés.

Me volví por fin a mirarlo. La media luna le daba en la cara lo justo para enseñarme lo que yo ya sabía que iba a encontrar: a un hombre que llevaba diez años esperando esta conversación y que, ahora que por fin había llegado, habría dado el brazo entero por que no llegara.

—Ya está, Mateo —dije—. Ya lo sé. Lo que protegías. El muro, Remedios, todo lo demás. Lo entiendo, y hasta te lo agradezco, aunque llegue tarde para agradecer nada. Protegías esto. —Me toqué el pecho con el puño cerrado, con la abeja dentro—. Protegías

que yo no llegara a saber que la culpable soy yo. Que subí, que la vi en el fondo y que me fui.

Y entonces Mateo hizo una cosa que no entraba en ninguno de mis cálculos.

Negó con la cabeza.

Una vez. Otra. No fue el gesto del que consuela; ese gesto lo conozco, lo he hecho mil veces, el "no te tortures, no es para tanto", el gesto barato y rápido. Fue otro. Fue el de quien mira cómo te declaras culpable de un delito que él sabe que no cometiste, y no puede, todavía no, sacar la prueba que te dejaría libre.

—Vera. —Y se le partió algo pequeño en mitad de mi nombre—. Tú no mataste a Olalla.

—No me hagas esto. —La voz me salió dura, de operadora, la que reservo para los clientes que han venido a no oír su propia verdad—. Aquí no. No me montes otra vez el número del muro. Llevas diez años pidiéndome con mucho cariño que no mire. Pues ya he mirado. Está todo ahí abajo. Lo he visto con mis ojos.

—Has visto la mitad.

Lo dijo mirando el pozo, no a mí. Tres palabras, y las tres cayeron dentro del agujero y no hicieron fondo.

La mitad. Le di vueltas a la palabra ahí de pie, con el frío del brocal subiéndome por los brazos. Yo había bajado a mi propio pozo a oscuras, había sacado todo lo que había dentro, lo había ordenado, había firmado la sentencia. Y este hombre, que estuvo, que lo vio con sus ojos, me decía que me faltaba la mitad. O mentía para ahorrármela, que es lo que llevaba haciendo desde que me bajé de aquel autobús. O era verdad, y entonces yo acababa de condenar a una persona con medio expediente encima de la mesa.

—Pues dame la otra mitad —dije.

Y ahí estábamos los dos, al fin, después de seis meses y de diez años, en el único sitio del mundo donde esta conversación se podía tener: encima del agujero, con mi hermana debajo. Yo con la mano abierta, pidiendo. Él con la boca cerrada sobre lo único que de verdad me debía.

Mateo miró el pozo. Miró el camino por el que se baja al pueblo, donde dentro de dos días iba a haber una Fiesta y una familia suya

esperando que el asunto de la chica estuviera resuelto. Y miró, al final, la abeja que yo seguía apretando en el puño, la abeja que no se iba a ir nunca.

—Si te doy la otra mitad —dijo—, ya no vas a poder dejar de saberla en lo que te quede de vida. Como me pasa a mí. —Tragó—. Así que pregúntamelo otra vez. Pregúntamelo sabiendo eso. Y te lo cuento entero.

Le miré la mano. La misma que me había sacado de este pozo hace diez años y que ahora me ofrecía la única cosa capaz de volver a meterme dentro.

Y se lo pregunté otra vez.

Capítulo 27

Mateo tardó en empezar lo que tarda un hombre en saltar desde un sitio alto. El tiempo justo para arrepentirse dos veces y saltar igual.

Estábamos los dos de pie junto al brocal, en mitad de la noche, con la media luna por testigo y mi hermana debajo. Yo le había hecho la pregunta dos veces. La segunda, sabiendo ya lo que él me había advertido: que lo que iba a oír no iba a poder dejar de saberlo nunca. Aun así se lo pregunté. Hay cosas que una prefiere que le pesen a saberlas antes que pesarle el agujero de no saberlas. Lo aprendí tarde, pero lo aprendí.

Mateo miró el pozo. Miró el camino. Y empezó.

—Lo único que el atestado cuenta sin mentir es la caída —dijo—. Tu hermana se cayó a este pozo. Nadie la empujó. Esa parte es verdad, y es la única parte que lo es.

Esperé. Con Mateo, cuando de verdad va a hablar, lo peor que puedes hacer es ayudarle. Se le tuerce.

—La caída no la mató —siguió—. Un pozo seco no es tan hondo como parece de noche. Olalla se rompió algo abajo, una pierna, la cadera, eso no lo sé con seguridad. Pero no se mató al caer. Se quedó viva ahí dentro. Viva y despierta, Vera. Un rato largo.

Me oí la voz salir muy igualada.

—¿Cuánto es un rato largo?

—El suficiente para que, si alguien hubiera bajado una cuerda, hoy tú no estarías subida a este monte. El suficiente para todo. —Tragó—. Ese es el dato que mata, no la caída. Tu hermana no se murió de caerse. Se murió de tiempo. De que el tiempo fuera pasando y nadie hiciera nada con él.

—Había alguien aquí arriba —dije. No era una pregunta. Empezaba a no necesitar que lo fueran.

—Sí.

—Y ese alguien oyó a mi hermana pedir ayuda desde el fondo de un pozo, y no bajó una cuerda.

—No.

—Dime el nombre, Mateo.

Y lo dijo. Llevaba diez años sin pegar aquel nombre a esta noche, a esta piedra, y lo despegó de donde lo tuviera guardado y lo puso encima de la mesa, bajo, sin una sola vuelta de adorno, como se deja un peso exacto en el suelo de cemento.

—Mi padre.

Aurelio Salcedo. El patriarca de la miel. El hombre que me había sentado a su mesa una noche de este mismo invierno, que me había servido vino de su propia bodega y me había mirado por encima del pan partido como se mira a un animal del que aún no sabes si muerde. Aquel hombre había estado de pie aquí, en esta misma piedra que yo acababa de soltar, con mi hermana de dieciséis años viva y rota en el fondo.

Busqué a Aurelio en mi recuerdo de aquella noche. Lo busqué con todas mis fuerzas, una cara, una sombra grande contra el cielo. No había nada. El agujero se lo había tragado a él también, entero, y esa fue la primera cosa que me dio verdadero miedo de toda la conversación: que mi cabeza hubiera sido capaz de borrar de un sitio hasta al hombre que lo llenaba.

—Sigue —dije—. Quiero los cuarenta minutos. Todos.

—Yo no estuve aquí cuando ocurrió. Eso quiero que lo tengas claro, y no para limpiarme; para que entiendas de dónde sale lo que te estoy contando. Yo subí después. Cuando llegué ya no había nada que hacer, y mi padre seguía aquí arriba. Me lo contó él mismo, esa noche, con tu hermana todavía ahí abajo y la voz sin temblarle. Esa es la parte que no le perdono, ni se la voy a perdonar mientras viva: que me lo contara sin que le temblara la voz.

—¿Qué te contó?

—Que tu hermana se había caído. Que la oía. Que se asomó, igual que nos hemos asomado tú y yo hace un rato, y la vio, y la oyó

pedirle que la sacara. Y que entonces se puso a pensar. —Mateo dijo "pensar" como quien escupe una pepita—. Mi padre no es un hombre de arrebatos, Vera. Esa es su gran virtud; lo dice él, lo dice el pueblo entero. Aurelio Salcedo no hace nada sin pensarlo despacio. Y aquella noche, de pie en este brocal, con una cría pidiéndole ayuda desde abajo, se puso a echar la cuenta. Lo que ganaba. Lo que perdía. Una niña de los Ledesma en un lado de la balanza, y en el otro el apellido, la cooperativa, y algo más que tenía mi padre aquella noche que perder y que tú todavía no sabes. La balanza se quedó quieta del lado del que se queda siempre en esta familia. No bajó ninguna cuerda. No fue corriendo a buscar a nadie. Le dio la espalda a este pozo, bajó al pueblo andando y durmió. Y por la mañana fue él en persona quien organizó que subieran a sacar, dijo, a la pobre cría de los Ledesma. Llevo diez años con esas tres palabras clavadas en la cabeza. La pobre cría.

Me había soltado del brocal hacía rato. Ahora me alejé un paso más de él, de la piedra, de todo, porque el cuerpo me pedía espacio para lo que venía y no había espacio en ningún sitio.

Tendría que haber sentido alivio. Es lo que diría cualquiera que mirase esto desde fuera: que se me quitaba un peso de encima, que mi huida no la había matado, que no fui yo. Y algo de eso bajó, una corriente fría por el centro del cuerpo. Pero el alivio, cuando te llega con diez años de retraso y pisando un cadáver, no se parece al alivio. Se parece a una habitación que te abren por fin y dentro hay otra habitación, peor.

Porque encima del no-alivio, sin esperar turno, subió lo otro. Y lo otro tenía la cara de Mateo.

—Tú lo sabías.

—Vera.

—No. No digas mi nombre como si eso contestara algo. Contéstame con palabras. —Le oí a mi propia voz el filo y no quise quitárselo—. Llevas diez años sabiendo esto. Sabiendo con nombre y apellido quién oyó a mi hermana pedir ayuda y se fue a dormir. Y has dejado que el mundo entero lo llame accidente. Has ido a las misas de aniversario con la cabeza agachada. Te has sentado cada

noche a la mesa de tu padre, enfrente del hombre que hizo eso, y le has pasado la sal. Diez años, Mateo.

Se le movió algo en la cara y no apartó los ojos.

—El pacto del que me hablaste, esa cosa que dices que llevas cargando, ese precio que pagas tú solo. Ya sé lo que es. Es esto. Es callarte. Tu gran sacrificio de diez años ha sido tener la boca cerrada para que el pueblo no supiera que tu padre vale menos que el dinero que gana. —Negué con la cabeza, y me dolió el cuello de hacerlo—. El muro entero, Mateo. Todo lo que llevas medio año haciendo conmigo. Yo me he dejado contar que me protegías a mí, y hasta esta noche, aquí, encima de ella, no lo he visto claro. Tú no me protegías a mí. Protegías a tu padre. Yo solo era la que tenía la pared más cerca.

Mateo encajó cada frase entera, sin levantar la mano para parar ninguna, que es lo que hace este hombre con los golpes que ha decidido que se merece. Cuando me quedé sin más, esperé la defensa. La conozco. "No fue así." "Déjame que te explique." El repertorio.

No usó el repertorio. Dio un paso hacia mí, sobre la tierra seca de los colmenares, y lo que dijo lo dijo muy despacio, eligiendo cada palabra, como se camina sobre hielo.

—Sellé aquel pacto con mi padre por una razón —dijo—. Una sola. Y te juro por lo único que me queda que no es la que acabas de decir. —Cogió aire—. Si me dejas contártela, vas a tener que recoger otra vez todas las piezas del suelo y volver a colocarlas. Todas. Incluida tú. Sobre todo tú. Y te va a doler más que nada de lo de esta noche. Pero te la voy a contar, porque me lo has preguntado encima de tu hermana, que es el único sitio del mundo donde no se puede mentir.

Cogió aire otra vez. Abrió la boca.

Y abajo, en la primera revuelta del camino viejo, ese por el que no sube un vehículo desde hace diez años, se encendieron dos faros.

Dos faros subiendo. Despacio, dando tumbos en los baches que el abandono le había abierto al camino, pero subiendo, decididos, hacia los colmenares. Hacia aquí.

Mateo los miró un segundo. Le bastó un segundo. No necesitó acercarse a leer la chapa para saber de quién era aquella furgoneta.

—Quino —dijo—. La furgoneta de la cooperativa. —Y luego, más bajo, casi para sí—: Mi padre no piensa esperar a la Fiesta.

—¿Eso qué significa?

—Significa que en el pueblo ya saben que tú no te has ido a ninguna parte, y que mi padre ha dejado de fiarse de que el asunto de la chica lo resuelva yo, y baja a resolverlo él. —Me cogió del brazo. No fuerte. Urgente—. Y significa que tú y yo bajamos de este monte ahora, por la cara de atrás, antes de que esos faros lleguen arriba. Hay una manera. La conozco. Te saco como te saqué hace diez años, y discutimos lo demás cuando estés a salvo.

Te saco como te saqué hace diez años. Esa frase. Mateo no podía saber lo que esa frase me hizo por dentro, porque Mateo no tiene el plano entero de mi cabeza. Solo lo tengo yo, y solo desde hace un rato.

Hace diez años Mateo me sacó de este monte. Me sacó, me escondió, me ayudó a desaparecer de Valdecolmena sin dejar rastro. Y aquella desaparición tan bien hecha, tan a tiempo, fue el primer ladrillo del muro. Sin Aroa en medio, sin la hermana que se había peleado con la muerta, sin la única testigo que había subido hasta el pozo, la historia del accidente se quedó de pie ella sola y no se cayó en diez años. A mí no me sacaron de este monte para salvarme. Me sacaron porque, fuera del cuadro, yo no estorbaba.

Esa era la última pieza. La que encajó de verdad esta noche en el brocal. Y resulta que no iba sobre Olalla. Iba sobre mí.

Le quité a Mateo la mano del brazo. Despacio. Sin rabia ya, que siempre es peor que con ella.

—No —dije—. No me vas a sacar. Ni tú ni nadie, nunca más. Ya me sacaron una vez, y me pasé diez años creyendo que la cobarde que huyó lo había decidido sola. —Señalé monte abajo, hacia las luces quietas del pueblo, hacia la plaza donde dentro de dos días iba a haber farolillos y una familia entera sonriendo delante de sus vecinos—. Tu padre quiere resolver el asunto de la chica de noche, en un monte, sin nadie que mire. Pues el asunto de la chica va a bajar solo al pueblo, con sus dos piernas, y va a esperar a tu familia

a plena luz, el día de la Fiesta, con Valdecolmena entero delante. Que me resuelva allí, si tiene valor.

Mateo dijo mi nombre. Solo eso. Las dos sílabas, y dentro de las dos sílabas una pregunta y diez años.

No me volví a contestarle. Eché a andar monte abajo, hacia el pueblo, hacia la Fiesta. A mi espalda quedaron el pozo de mi hermana y el hombre que me quería, y, subiendo hacia los dos, dos faros que ya casi tocaban la cima.

Capítulo 28

Mateo me alcanzó antes de la primera revuelta del camino.

No le oí, claro. A Mateo no se le oye. Lo supe porque el monte, que bajaba conmigo callado y negro, dejó de estar vacío a mi espalda, igual que había dejado de estarlo una hora antes, arriba, junto al brocal. Este hombre lleva media vida apareciéndoseme por detrás. Tendría que haberme acostumbrado. No me he acostumbrado.

—No bajes la voz para nada que me vayas a decir —dije, sin dejar de andar—. No tengo nada que hablar contigo. Tengo que llegar a un pueblo.

—Lo sé. Y vas a llegar. Te bajo yo, que conozco este monte a oscuras y tú no. —Se puso a mi altura sin tocarme—. Pero por el camino me vas a oír. Me lo debes. No a mí. A las dos horas que llevas creyendo una cosa que no es.

Bajamos. Mateo medio paso por delante, marcándome dónde pisar, porque en aquel monte y de noche un tobillo roto es una sentencia, y los dos lo sabíamos sin decirlo. A nuestra espalda y por encima, en los colmenares, los faros de la furgoneta de Quino se habían parado. Quietos. Y unos faros quietos arriba eran peor que unos faros moviéndose, porque significaban un hombre fuera del vehículo, andando entre las colmenas muertas, mirando el suelo, encontrando un brocal con dos juegos de huellas frescas en el polvo.

A media ladera, Mateo me cortó el paso con el brazo. No con la mano: con el brazo entero, de través, como se para a alguien de verdad. Abajo, en el camino bueno, el que sí usa la gente, habían

aparecido otras luces. Un coche, parado, con los faros apagándose despacio. Esperando.

Nos agachamos los dos detrás de un majano de piedras, hombro contra hombro, sin respirar fuerte. Y en aquella postura absurda, escondidos como dos críos a los que van a pillar, fue donde Mateo me contó por fin la verdad. A lo mejor hacía falta eso. A lo mejor hay cosas que solo se pueden decir agachado, en voz muy baja, con la boca casi pegada a la oreja del otro, mientras dos juegos de faros te buscan en la oscuridad.

—Te dije arriba que sellé el pacto con mi padre por una sola razón —empezó, la voz hecha un hilo contra mi oído—. Y que no era la que tú habías dicho. Esta es. Aquella noche, cuando subí al pozo y me encontré a mi padre arriba y a tu hermana abajo, y te encontré a ti, hice lo que tú llevas seis meses haciendo. Me puse a pensar como piensa la gente que va a venir a investigar esto. En frío. Y vi una cosa antes que ninguna otra, y la cosa me dejó sin aire.

—¿Qué viste?

—Que el cadáver de aquel pozo no iba a ser nunca el problema de mi padre. Iba a ser el tuyo.

Me volví a mirarlo en lo oscuro, aunque no se veía gran cosa.

—El tuyo, Aroa. Piénsalo con la cabeza que tienes ahora, no con la que tenías a los dieciocho. Una chica de dieciséis años aparece muerta en el fondo de un pozo seco. ¿A quién mira primero la Guardia Civil? A la familia. A los más cercanos. Y entre los más cercanos, ¿a quién antes que a nadie? A la hermana mayor. A la hermana mayor que tres días antes de aquello se había peleado con la muerta a gritos en mitad de la plaza, al lado de la fuente, delante de medio Valdecolmena.

Y aunque Mateo no lo dijo para hacerme daño, me lo hizo, porque la pelea subió. Subió entera, del modo en que me suben las cosas últimamente, sin avisar. Una tarde del final de aquel verano. Olalla con dieciséis años recién hechos y la barbilla alta, diciéndome que me estaba metiendo donde no debía meterme, que aquello iba a terminar mal. Y yo, con dieciocho y con toda la razón del mundo encima, que es la peor clase de razón que hay, contestándole algo. La frase no la tengo. La cara que puso al oírla, sí. Esa la tengo

entera y la voy a tener siempre. Le dije una cosa cruel a mi hermana al lado de una fuente, y tres días más tarde se me cayó a un pozo, y entre una cosa y la otra no encontré el momento de pedirle perdón.

Arriba, un haz de luz barrió la ladera por encima de nuestras cabezas. Quino, con una linterna. Nos quedamos los dos de piedra contra el majano hasta que el haz pasó de largo y se llevó su trozo de noche a otra parte. Mateo esperó tres respiraciones más antes de seguir.

—La pelea la había visto el pueblo entero —dijo—. Y esa misma noche, la noche en que tu hermana muere, la hermana mayor se va. Sin avisar a nadie, sin aparecer en el entierro de su hermana. Y no vuelve a pisar Valdecolmena en diez años. —Hizo una pausa, de las suyas, para que yo lo colocara sola. Lo coloqué. Fue espantoso colocarlo—. Tú no necesitabas que mi padre te inventara nada, Aroa. Tú ya venías inventada de fábrica. La hermana que se había peleado con la muerta y que huye del pueblo la misma noche en que muere. A mi padre le habría bastado con no hacer nada. Con dejar que las preguntas se hicieran ellas solas. Y esas preguntas, hechas solas, te señalaban a ti y no paraban hasta el final.

—Y eso se lo dijiste a él.

—Eso se lo dije a él. Aquella noche, arriba, con tu hermana todavía sin sacar del pozo. Tenía veinte años y le estaba negociando un trato a mi padre por encima de un cadáver. Esa es la clase de hombre en la que me convertí esa noche. En uno que, delante de una niña muerta, es capaz de calcular. —Tragó—. Le dije: tú vas a dejar que esto sea un accidente. Para siempre. No un accidente cómodo este mes y ya veremos: para siempre. Aroa no va a existir dentro de esta historia. Nadie la busca, nadie la nombra, nadie le hace una sola pregunta nunca. Y a cambio, le dije, me tienes.

—¿Cómo que te tiene?

—Entero. —La palabra cayó en el hueco que teníamos detrás y no hizo fondo—. Mi padre llevaba años queriendo que yo fuera una pieza concreta de su tablero, el hijo que firma lo que hay que firmar y sale en la foto de la cooperativa. Y yo llevaba años diciéndole que no, que yo me iba, que mi vida no era esa. Aquella noche le dije que sí. Le di lo único que de verdad le importaba en el mundo, que era

yo, para lo que él quisiera y durante el tiempo que él quisiera. A cambio de que tú salieras de aquí limpia y no volvieras a ser sospechosa de nada.

Me quedé mirando el majano que teníamos delante. Las piedras que alguien había ido amontonando allí durante años, una encima de otra, para limpiar de estorbos un campo. Así. Así se levanta un muro de verdad. Piedra a piedra, y diez años.

—El muro —dije—. El muro eras tú.

—El muro era yo. Yo era el precio. —Mateo hablaba ya muy bajo y muy cansado, como quien termina un trabajo largo—. Y mi padre lo pagó a gusto, que es la parte que más me cuesta contarte. Lo aceptó casi con alivio. Pero solo casi. Porque conmigo dentro, callado y firmando lo que él me pusiera delante, mi padre se quedaba tranquilo nada más que a medias. Un hombre que ha hecho lo que hizo él no vuelve a dormir entero. Llevas seis meses cenando en su mesa, mirándolo de reina a reina. ¿No le has visto el miedo?

Y lo había visto. Claro que lo había visto. Aquella noche, en el comedor grande de los Salcedo, hubo un momento, uno, en que Aurelio dejó el cuchillo en el plato un segundo de más, y se le pasó algo por la cara, y yo lo aparté como se aparta una mosca, porque no encajaba con el patriarca, porque los patriarcas no tienen de eso. Pues lo tenía. Lo tenía, y yo lo vi sin querer verlo.

—Aurelio Salcedo lleva diez años con miedo —dijo Mateo—. Miedo de mí, que sé lo que sé. Y, desde que tú bajaste de aquel autobús con tu maleta y tu apellido nuevo, miedo de ti. Esa furgoneta de ahí arriba no es la furgoneta de un hombre poderoso, Aroa. Es la de un hombre asustado. Y un hombre asustado, con dinero y con un pueblo entero debiéndole el jornal, es la cosa más peligrosa que hay en este valle.

No dije nada durante un rato largo. Abajo, el coche que esperaba seguía esperando. Arriba, Quino seguía andando entre las colmenas muertas, buscando. Y yo, en medio de los dos, agachada detrás de un montón de piedras, tenía que volver a recoger del suelo todas las piezas de mi propia vida y colocarlas del derecho. Esta vez la pieza que había que girar no era una pieza. Eran casi todas.

Llevaba diez años llamándome superviviente. La que se salvó. La lista, la que tuvo el instinto y las agallas de salir corriendo, rehacerse lejos y volver fuerte. Y resulta que yo no me salvé. A mí me salvaron. Me salvó un chico de veinte años que se metió en mi sitio dentro de la jaula para que yo pudiera salir, y que después tuvo la decencia, o la condena, de no contármelo jamás. De no cobrármelo. De dejar que yo me creyera fuerte, libre y dueña de una vida que en realidad había pagado él.

Diez años de Vera. Diez años de nombres nuevos y de un oficio que se me daba bien. Diez años de no necesitar a nadie y de mirar al resto del mundo por encima del hombro, porque yo sí había sabido sobrevivir. Toda esa vida me la había regalado, sin tarjeta y sin firma, el hombre que estaba agachado a mi lado en la oscuridad. La vida que él me había prometido a sí mismo a los veinte, una vida fuera de aquí, lejos de la miel y del apellido, esa la había metido en el pozo aquella noche al lado de mi hermana, y se había quedado a vivir la mía dada la vuelta: sin salir, sin hablar, sin ser nada más que el hijo de su padre. Y yo había cogido el regalo, esa vida comprada con la suya, y la había usado para volver a Valdecolmena a odiarlo con método.

Y había algo peor todavía, y tardé en atreverme a mirarlo de frente. Llevaba seis meses cavando en los papeles y en mi propia cabeza. Seis meses tirando de hilos. Y cada hilo del que yo tiraba era un hilo de la red que él había tejido para sujetarme a salvo. Mi investigación entera, mi venganza tan bien planeada, no había sido otra cosa que la demolición, paciente y orgullosa, de lo único que un hombre había construido en su vida para protegerme.

Tendría que haberle dicho algo. Lo siento, o gracias, que en boca de quien no sabe cuál de las dos toca son la misma palabra. No me salió ninguna. Lo que hice fue una cosa pequeña y, para mí, descomunal. En lo oscuro, detrás del majano, le busqué la mano. La mano que me había sacado del pozo. La que llevaba diez años firmando lo que Aurelio le ponía delante. Se la cogí. Se la apreté. Y noté que él contenía el aire, porque hacía dos horas yo le había quitado esa misma mano de mi brazo como se aparta algo sucio.

No era perdón. El perdón, si es que llega algún día, no se da agachado tras un majano con dos coches peinándote el monte. Era una mano reconociendo a otra. Era decirle, sin gastar las palabras que allí no se podían gastar, que ya sabía quién había levantado el muro y por qué, y que esta vez no me iba a equivocar de bando.

Por el este, detrás del monte, el cielo empezaba a perder el negro. Se nos terminaba la noche, y con la noche, el escondite.

—Falta una cosa —dije, soltándole la mano—. La del medio. Me has contado lo que hizo tu padre, y lo que hiciste tú. Pero no me has contado lo primero de todo. El porqué. Por qué subió mi hermana a ese monte aquella noche. Qué se le había perdido a una cría de dieciséis años en los colmenares viejos, de noche y sola.

Mateo tardó. Y por primera vez en toda la conversación, lo que vino detrás de su tardanza no fue una verdad. Fue un hueco.

—No lo sé —dijo—. Te juro por lo poco que me queda que no lo sé. Es la pieza que a mí también me falta. Olalla no tenía nada que hacer en ese pozo. No tenía nada que ver con nada de esto. Llevo diez años sin entender qué subió a buscar tu hermana a ese monte. Y el único que estuvo allí arriba antes que ella, el único que puede saberlo, es mi padre.

Me puse de pie detrás del majano, despacio, con las rodillas agarrotadas de frío y de cargar a oscuras con todo aquello. Abajo seguían las luces quietas del pueblo. Mañana, farolillos y la plaza llena. Mañana, en algún punto de esa plaza, entre la tómbola y los puestos de miel, un viejo asustado que llevaba diez años con la última respuesta guardada debajo de la lengua.

—Pues entonces ya sé a qué bajo —dije.

Capítulo 29

Bajamos del monte en esa media hora en que la luz todavía está sucia y un cuerpo puede pasar por sombra si se da prisa. Mateo conocía un sendero que no era sendero, una costura del monte por detrás de las eras, y lo hicimos sin hablar, deprisa, con la furgoneta de Quino quieta allá arriba como un perro que ha perdido el rastro y no se resigna a perderlo.

No me llevó a su casa. No me llevó a ninguna casa de las que tienen un apellido en el buzón. Cuando le pregunté adónde, me contestó con una sola palabra, y la palabra me hizo gracia y me dolió a la vez, porque era la prueba de cuánto habíamos cambiado de bando los dos en una noche.

—Remedios —dijo.

El hombre que se había pasado diez años barriéndome la puerta del molino me llevaba al molino a esconderme. Hay ironías que no se ríe una. Se las traga.

Remedios nos abrió antes de que llamáramos. Lo de esa mujer con las puertas no es buena vista, es otra cosa más vieja. Miró a Mateo a conciencia, de arriba abajo, como se mira una herramienta que llevas años sin coger y no sabes si todavía corta. Después me miró a mí.

—Has traído al Salcedo —dijo.

—El Salcedo me ha traído a mí.

—Pues es la primera cosa con sentido que hace un Salcedo en este valle desde que yo era joven. —Se apartó del marco lo justo—. Adentro los dos. El río tapa muchas conversaciones. No las tapa todas.

Nos dejó en un cuarto de atrás que olía a grano viejo y a agua, con dos sillas, un catre y una ventana pequeña por la que se veía la rueda parada. Se fue sin decir si volvía. Y Mateo y yo nos quedamos por fin solos, sin un monte que bajar ni unos faros que esquivar, con la única cosa que de verdad nos separaba puesta encima de las dos sillas como si fuera un tercero sentado con nosotros.

—Lo vas a hacer mañana —dijo Mateo. No lo preguntó.

—Voy a bajar a la plaza. Voy a buscar a tu padre delante de todo el pueblo. Y no me voy a mover de delante de él hasta que me diga por qué subió mi hermana a ese monte. —Me oí la voz tranquila, la de trabajar—. Sé que lo entiendes. Lo que no sé es si lo soportas.

Mateo se sentó en una de las sillas, despacio, como se sienta el que sabe que la conversación va a ser larga y va a doler.

—Sí lo soporto. Eso no es el problema. Voy a contarte lo que va a pasar mañana, Vera, sin adornártelo, porque te lo debo y porque tú harías lo mismo conmigo. Tú bajas a la plaza, encuentras a mi padre, y delante del pueblo le sacas la verdad, o lo intentas. Pongamos que lo consigues. Pongamos que mañana, a mediodía, Valdecolmena entero se entera de que Aurelio Salcedo oyó morir a una cría en un pozo y se fue a dormir. ¿Sabes lo que pasa a partir de ese minuto?

—Pasa que tu padre cae.

—Cae mi padre. Y, agarrado a la misma cuerda que mi padre, caigo yo. —Lo dijo sin pena, como quien lee un parte del tiempo—. Yo no soy un testigo de aquello. Soy parte. Sellé un pacto sobre un cadáver. Firmé durante diez años los papeles con los que esta familia tapó un pozo. Eso tiene un nombre dentro de un código, y el nombre no es bonito, y no me lo voy a quitar de encima porque te quiera a ti.

Esperó a que aquello calara. Calé.

—Y no caigo solo yo —siguió—. Detrás de mí cae la cooperativa, que es el jornal de doscientas familias que no le han hecho nada a nadie. Y cae Celia. —Por primera vez la voz se le movió de sitio—. Mi hermana tiene veinticuatro años y no sabe nada. Nada, Vera. Es la única persona limpia que ha dado mi apellido en tres generaciones. Y mañana, si tú haces lo que vas a hacer, se entera de golpe, en la

plaza de su pueblo, con la música puesta, de qué clase de hombre es su padre y de qué clase de hombre es su hermano. Eso también lo vas a romper tú. Tienes todo el derecho del mundo a romperlo. Solo quiero que bajes a esa plaza sabiendo que lo rompes.

—Hay algo más, ¿verdad? —dije, porque le conozco la cara cuando se guarda lo peor para el final.

—Hay algo más, y es lo que de verdad me quita el sueño. —Se inclinó hacia delante, los codos en las rodillas, mirándose las manos —. Tú quieres saber por qué subió Olalla a ese monte. Yo llevo diez años sin querer saberlo, y no es solo cobardía. Es que cada vez que en esta historia hemos levantado una piedra, debajo había otra peor. Y ya no me fío, Vera. Ya no me fío de que el porqué de tu hermana sea el fondo del pozo. Tengo el presentimiento, y lo tengo desde hace años, de que esa última piedra es la que de verdad no vamos a poder volver a colocar en su sitio.

Me quedé de pie, porque sentada no me cabía aquello en el cuerpo. Mateo me acababa de poner en la mano la factura entera, sin esconderme un solo número, y la factura era de esas que no se pueden pagar y no se pueden no pagar.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —dije—. Me estás pidiendo que escoja. Otra vez. Que ponga a mi hermana de dieciséis años en un lado de la balanza, en el fondo de su pozo, y en el otro a tu hermana de veinticuatro años y a ti. Que eche la cuenta. —Le sostuve la mirada—. Es esa misma balanza, Mateo. La misma piedra de la balanza en la que se puso tu padre aquella noche, de pie en ese brocal. Y tú me estás pidiendo, con muy buenas maneras, que la mire y que decida que esta vez Olalla pesa poco.

Mateo no contestó. No podía. Le acababa de poner el espejo delante y los dos lo sabíamos.

—No te pido que decidas que Olalla pesa poco —dijo por fin, muy bajo—. Sé que no pesa poco. Te he traído aquí, te he escondido de mi propia sangre, y mañana te voy a abrir cualquier puerta que necesites. No te estoy pidiendo que no lo hagas. Te estoy pidiendo que, cuando lo hagas, sepas el nombre de todo lo que se va a venir abajo contigo. Yo no quiero salir limpio de esto. Llevo diez años sin estar limpio. Lo que no soportaría es que tú bajes a esa plaza

creyendo que solo vas a tirar a un hombre, y descubras a media tarde que has tirado un pueblo. Esa cara no te la quiero ver.

No le contesté a aquello tampoco. Algunas conversaciones no se ganan; se sobreviven. En lugar de seguir, hice lo que hago cuando una habitación se me llena de cosas que no puedo mover: me puse a mirar la única que sí podía.

El porqué. La pieza de en medio. Por qué subió Olalla a ese monte.

—Tú me dijiste en el pozo que tu padre tenía aquella noche algo más que perder —dije, despacio, pensando en voz alta, y Mateo me dejó, porque sabe que pensar en voz alta es la mitad de mi oficio—. Aurelio Salcedo no cita a una cría de los Ledesma en un colmenar a oscuras por gusto. La cita porque esa cría tiene, o sabe, o ha visto algo que a él le quita el sueño. Y a la cría que tu padre quería ver aquella noche no era a Olalla. Era a mí. Yo era la que tenía algo de Aurelio Salcedo. Yo, con dieciocho años. —Sentí cómo se me ordenaba la idea sola, fría—. Y todo lo que yo tenía con dieciocho años, todo lo que era de Aroa, lo metí en una caja. Esa caja lleva seis meses siguiéndome por este pueblo. Y ahora mismo está sola en una casa del monte a la que tu familia ya sabe llegar.

Mateo levantó la cabeza. No dijo nada. Pero le vi en la cara que la idea le había caído encima a él también, y que pesaba.

El día se nos fue cayendo despacio dentro de aquel cuarto que olía a grano. Remedios nos trajo pan y algo caliente sin preguntar, y se llevó los platos vacíos sin comentar, y por la ventana pequeña la rueda del molino siguió sin girar, parada en su sitio como llevaba parada media vida. No hablamos más de mañana. Habíamos dicho ya todo lo que se podía decir de mañana, y lo que quedaba de mañana no se arreglaba con palabras.

Lo que hicimos fue otra cosa.

Llevábamos seis meses tocándonos a oscuras y mintiéndonos a la luz. Aquella tarde, en el cuarto trasero de un molino, con un pueblo entero buscándonos y un reloj corriendo hacia una plaza, fue la primera vez que nos tocamos sin que ninguno de los dos le estuviera escondiendo nada al otro. No quedaba nada que esconder. Lo habíamos sacado todo a la luz aquella noche en el pozo, hasta la

última piedra, y lo único que quedaba debajo, cuando se aparta todo lo demás, éramos nosotros dos.

No fue como las otras veces. Las otras veces había prisa, y había una mentira sosteniéndolo todo por debajo como un andamio. Esta vez no había prisa, aunque el tiempo se acabara. Mateo me fue quitando el frío de encima como quien desmonta con cuidado una cosa que ha cargado mucho tiempo, y yo le busqué, debajo de la camisa, los diez años de cansancio que llevaba puestos, y nos quedamos un rato largo así, antes de nada, solo encajados, respirando el mismo aire malo del cuarto. A veces dos personas necesitan comprobar primero que caben. Solo después de comprobarlo se atreven con lo demás.

Lo demás fue lento y callado, y supo a despedida, aunque ninguno de los dos dijo esa palabra. Las despedidas no hace falta decirlas. Se notan en las manos. Las de Mateo, aquella tarde, me recorrieron como se recorre un sitio al que uno no sabe si va a poder volver: despacio, guardándoselo.

Se vistió cuando ya era de noche cerrada. Tenía que volver. Tenía que aparecer por su casa antes de que su ausencia de toda una noche y un día entero se convirtiera, en la cabeza de Aurelio, en una respuesta. Un Salcedo que falta es un Salcedo que ha elegido bando, y Mateo necesitaba todavía que el suyo no estuviera elegido a ojos de su padre, al menos hasta mañana.

—Vas a entrar en esa casa —dije, mirándolo abrocharse la camisa — y tu padre va a saber, nada más verte la cara, dónde has estado.

—Mi padre lleva treinta años sin saber leerme la cara. Es lo único que le he ganado en la vida. —Se ajustó el cuello. Por un segundo pareció lo que el pueblo cree que es: el heredero, el de la foto de la cooperativa—. Mañana, en la plaza, voy a estar al lado de mi padre y de mi madre, con la sonrisa puesta, sirviéndoles miel a los vecinos. No te fíes de esa estampa. Es el disfraz. El de verdad lo has tenido hoy, aquí, en este cuarto.

Se fue cuando el molino entero ya era una sombra. No nos dijimos adiós; ya lo habíamos dicho con las manos, y decirlo otra vez con la boca habría sido gastarlo. Lo vi cruzar el puente de Remedios, el mismo puente que crucé yo corriendo hace diez años sin saber

que lo cruzaba, y meterse en lo negro camino del pueblo, camino de su padre, camino de la foto.

Me quedé sola en el cuarto del grano. Remedios me trajo una manta y no me trajo conversación, que es lo que se le agradece a Remedios. Y en aquella soledad pude por fin hacer lo que llevaba todo el día sin poder hacer con Mateo delante. Trabajar.

Mañana, en la plaza, iba a tener enfrente a Aurelio Salcedo. Y Aurelio Salcedo iba a tener enfrente a una mujer sin una sola prueba en la mano, con la verdad nada más que en la boca. Y la verdad en la boca, contra un hombre con un pueblo comprado, no es un arma. Es un ruido.

Yo no pensaba bajar a esa plaza a hacer ruido.

Lo que Aurelio Salcedo le temía a Aroa hace diez años estaba dentro de una caja, en una casa del monte, sola, y me quedaban unas pocas horas de noche para llegar hasta ella antes de que se me echara encima la Fiesta.

Me levanté del catre y busqué mis zapatos.

Capítulo 30

Salí del molino de Remedios cuando aún faltaban horas para el amanecer, por la parte de atrás, sin despedirme, porque a Remedios las despedidas le parecen una manera fina de hacer ruido.

Subí al monte otra vez. La tercera noche seguida. Empezaba a conocerme aquella cuesta como se conoce a oscuras el pasillo de la propia casa, y eso, en una mujer a la que el pueblo da por marchada, no es buena noticia. Significa que llevaba demasiado tiempo moviéndome por Valdecolmena de noche, igual que se mueven las cosas que no quieren que las vean.

La casa del encierro estaba donde la había dejado, plantada en su claro, negra contra un cielo apenas menos negro. La casa en la que Mateo me había tenido guardada y en la que yo había aprendido, cuarto por cuarto, que un escondite y una jaula se levantan con los mismos materiales. Volver a ella por mi propia voluntad, de noche, a robar dentro, tenía algo de ir una a visitarse el entierro.

Me quedé un buen rato entre los árboles, quieta, haciéndole a la casa lo que le hago a cualquier sitio antes de entrar: leerla. No había coche. No había luz. No había humo. Una casa vacía tiene un modo de estar quieta, y aquella casa lo tenía. Demasiado. Una casa de verdad vacía no se queda nunca tan quieta del todo; le cruje algo, le entra un animal, le golpea una contraventana suelta. Aquella casa estaba quieta como está quieto el que contiene la respiración.

Tendría que haberme dado media vuelta. Una operadora con la cabeza fría se va cuando una casa le sale demasiado quieta. Pero yo no tenía la cabeza fría. Tenía un puzle al que le faltaba una pieza y

unas pocas horas para encontrarla, y eso, en mi oficio, es la definición exacta de cómo termina una muerta en una cuneta.

Entré por donde había salido tantas veces: la ventana del cuarto de atrás, las tres tablas, los clavos con su fe de mentira. Las quité, me colé, las volví a dejar puestas por costumbre, aunque ya no quedara nadie a quien engañar. El cuarto olía igual que la última vez. Las casas guardan los olores como guardan los rencores, mucho después de que la gente se haya ido.

Lo crucé a oscuras. No encendí nada; me sabía la casa de memoria, cada mueble, cada tabla que cantaba. Pasé por delante de la cama en la que había dormido al lado de Mateo todas aquellas noches, la cama desde la que metí la mano en el hueco de mi propia cabeza. Pasé por delante del muro de piedra que una mañana me devolvió el frío de un brocal. Cada cuarto de aquella casa me había dado algo, y volver a cruzarlos todos, de noche y robando, fue como pasar las hojas de un cuaderno que una preferiría no haber escrito.

La caja la había dejado en el cuarto de delante. Hacia allí iba.

Llegué al cuarto de delante, y el cuarto de delante no estaba vacío.

Había una mujer sentada en una silla, muy derecha, de cara a la puerta por la que yo iba a entrar, con las manos juntas encima de una caja que tenía en el regazo. Mi caja. No me sobresalté, o no por fuera; en mi oficio el cuerpo aprende pronto a guardarse los sustos para más tarde. Pero por dentro algo se me cayó hasta el suelo, porque aquella mujer no estaba registrando la casa ni buscando nada. Aquella mujer estaba esperando. Llevaba esperando, a oscuras, en una silla, vete a saber cuántas horas. Y se esperaba con esa clase de paciencia a una sola persona en el mundo. A mí.

—Buenas noches, Aroa —dijo Amparo Salcedo—. Te he hecho el favor de no encender la luz. Las dos estamos más cómodas con esto a oscuras.

No me senté. No hay silla en el mundo en la que yo me sentara teniendo enfrente a aquella mujer. Me quedé de pie en el marco de la puerta, calculando lo que se calcula siempre: las salidas, las manos de ella, el silencio de fuera.

—¿Está Quino esperando en la furgoneta, ahí fuera? —pregunté.

—Quino está durmiendo en su cama, como la gente decente a estas horas. —Amparo ladeó un poco la cabeza—. He venido sola. ¿Te sorprende? A mi marido le gusta mandar hombres. Yo, cuando una cosa me importa de verdad, la hago yo. Es la diferencia entre los dos, y es la razón por la que esta familia sigue en pie y no al revés.

—Sé lo que te estás preguntando —siguió, y bajó la vista a la tapa de la caja, la acarició una vez con el pulgar, sin cariño, como se comprueba el polvo de un mueble—. Te estás preguntando cómo sabía yo que ibas a volver esta noche a esta casa, a por esto. No lo sabía. Lo deduje. Es lo que hago, Aroa. Llevo cuarenta años en esta familia haciendo bien una sola cosa, y es mirar. Miro a las personas y veo hacia dónde van a echar a andar antes de que lo sepan ellas. Te vi venir a ti el día que te bajaste de aquel autobús con la cara lavada y el apellido de mentira, y me dije: esta ha vuelto a por algo, y antes de marcharse del todo va a querer recoger lo suyo. Las mujeres como tú y como yo no dejamos cabos sueltos. Y aquí estoy. Y aquí estás.

—Si ha venido a devolverme una caja, démela y me voy —dije—. Si ha venido a otra cosa, dígala de una vez. Es tarde y mañana las dos tenemos plaza.

—He venido a hablarte de mi hijo.

Y por primera vez algo le cambió debajo de la voz. No se le rompió; esa mujer no se rompe. Se le puso más densa, como se pone densa la miel cuando baja la temperatura.

—Tú crees que conoces a Mateo —dijo—. Te has acostado con él, te ha contado sus penas, te ha sacado dos veces de un pozo. Crees que eso es conocer a un hombre. A Mateo lo conozco yo, que lo parí y que llevo diez años viéndolo apagarse a fuego lento dentro de mi propia casa. Hace diez años yo tenía un hijo. Uno de verdad. Un chico que se reía y que tenía hechos los planes para irse de aquí a estudiar fuera y no volver. A mí me dolía que se fuera y me alegraba, las dos cosas a la vez, porque era lo que le tenía que pasar a un chico así. Y una noche ese chico subió a un monte. Y el que bajó a la mañana siguiente ya no era él. Era esto otro. Este hombre callado y correcto que firma lo que su padre le pone delante y que no ha

hecho un solo plan en diez años. Yo no sé qué pasó en aquel monte, no entero; mi marido es el único que lo sabe del todo. Pero sé lo que me devolvió. Me devolvió a un hijo vaciado. Y sé quién estaba en ese monte con él aquella noche. Estabas tú.

Esperó. Yo no le di la réplica. Cuando alguien necesita tanto que le preguntes, lo mejor que puedes hacerle es no preguntarle.

—Está bien hablado —dije al rato—. De verdad. Lo del hijo vaciado lo va a recordar usted toda la vida, y a mí me va a costar unos cuantos días quitármelo de encima. Pero las dos sabemos para qué me lo cuenta. No me lo cuenta para llorar a su hijo delante de mí. Me lo cuenta para que mañana, cuando baje a la plaza, me pese tanto Mateo en los brazos que no me quede sitio para Olalla. —Di un paso dentro del cuarto—. Su marido hizo esa misma cuenta hace diez años, de pie en un brocal, con mi hermana viva en el fondo. Y la hace usted ahora, en esta silla, conmigo. Ponen a las personas en una balanza y miran para qué lado se cae. Es lo único que sabe hacer esta familia con un ser humano: ponerle un precio.

Amparo no se ofendió. Peor. Asintió, despacio, como una maestra a la que un alumno por fin le ha dado la respuesta buena.

—Tienes razón —dijo—. Te he medido bien. Y por eso voy a hacer una cosa que no te esperas.

Se levantó de la silla, con la caja en las manos, y me la tendió.

—Toma. Es tuya. Llévatela.

No la cogí. En mi oficio, cuando alguien te pone en las manos justo lo que has venido a buscar, lo primero que se hace es no cogerlo.

—La he abierto, claro —dijo, y me leyó la desconfianza sin el menor esfuerzo—. La he vaciado entera encima de esa mesa y la he mirado pieza por pieza. Cartas y fotos viejas, el papel sin valor que guarda cualquier cría de pueblo de dieciocho años. Nada que tenga filo, Aroa. Nada que le quite el sueño a esta familia. Por eso te la devuelvo. Para que mañana, cuando bajes a la plaza, lo hagas sabiendo lo que llevas en las manos: nada. Recuerdos. El equipaje de papel de una huérfana.

Cogí la caja. Pesaba lo que pesa una caja de zapatos llena de papel viejo. Y pesaba, además, otra cosa que Amparo no sabía que

pesaba, porque Amparo había mirado dentro con los ojos del que busca un arma, y un arma no estaba a la vista. Yo tampoco sabía todavía qué era lo que pesaba. Pero, a diferencia de ella, yo sabía que no lo sabía. Y esa fue toda la ventaja que saqué de aquella casa.

—Una última cosa, ya que has subido hasta aquí. —Amparo recogió su chaqueta del respaldo de la silla, sin prisa, como quien da por terminada una visita cordial—. Mañana es la Fiesta de la Miel. Va a bajar el valle entero a la plaza, y tú vas a bajar también; eso lo sé, no necesito que me lo confirmes. Crees que una plaza llena te protege. Crees que delante de tanta gente nosotros no podremos hacerte nada. Quiero que sepas, antes de bajar, que esa plaza llena no es tu plaza. Es la nuestra. Esa Fiesta la paga mi familia. Esos farolillos los cuelga gente que le debe el jornal a mi marido. Y esos vecinos que tú te imaginas de testigos llevan treinta años aprendiendo a no ver lo que un Salcedo no quiere que vean. Baja mañana, si quieres. Te estaremos esperando. Pero baja sabiendo que vas a dar tu función dentro de nuestro teatro.

Me fui por donde había entrado, con la caja debajo del brazo. Amparo no intentó detenerme. No le hacía falta. Una mujer así no te cierra la puerta. Te deja salir, y se queda con la certeza de que has salido porque ella te ha dejado.

Bajé el monte por última vez con la noche ya gastada y el cielo empezando a abrirse por el este, hacia el día de la Fiesta. La caja pesaba poco. Cartas, fotos, el equipaje de papel de una huérfana. Eso era todo lo que Amparo Salcedo había visto al mirar dentro, y Amparo Salcedo se pasa la vida mirando dentro de la gente y casi nunca se equivoca.

Casi.

Porque había una cosa que Amparo, con sus cuarenta años de mirar, no había sabido leer. Hace diez años, un hombre poderoso de este valle citó a una cría de dieciocho años en un colmenar a oscuras. Los hombres como Aurelio Salcedo no suben de noche a un monte por unas cartas de amor ni por unas entradas de cine guardadas como un tesoro. Si Aurelio quiso algo de Aroa con la fuerza suficiente para hacer eso, ese algo existía. Y si existía, y era

de Aroa, estaba en aquella caja, porque Aroa lo metía todo en aquella caja. Solo había que saber mirarla con los ojos buenos.

Apreté la caja contra el costado y eché a andar hacia el pueblo, hacia el teatro de los Salcedo. Tenía hasta el mediodía para encontrar, entre el equipaje de papel de una huérfana, el arma que ni la huérfana ni la reina habían sabido ver.

Capítulo 31

No bajé directa al pueblo. A media cuesta, con la caja clavándoseme en el costado a cada paso, lo vi claro: a Valdecolmena no se entra el día de su Fiesta cargando con una cosa sin saber lo que es. Antes de pisar esa plaza tenía que saber qué llevaba en las manos. Y para eso hacía falta un sitio con una puerta y sin nadie detrás de ella.

El molino de Remedios.

Remedios no me preguntó por qué volvía, ni qué traía debajo del brazo, ni por qué tenía la cara de quien no ha dormido. Esa mujer hace con las preguntas lo que la mayoría de la gente hace con el dinero: las guarda para cuando de verdad hacen falta. Me señaló la mesa de la cocina con la barbilla, me dejó al lado un vaso de algo caliente que no llegué a tocar, y se sentó enfrente, lejos, con las manos en el regazo, a hacer lo único que de verdad sabe hacer. Mirar.

Por la ventana, río abajo, el pueblo ya se estaba vistiendo de Fiesta. Una Fiesta se oye antes de verse: golpes de martillo armando los puestos, y alguien probando un altavoz y arrepintiéndose enseguida. Para mediodía la plaza estaría llena, y los Salcedo en su tarima repartiendo miel y sonrisas. Y para mediodía yo tenía que saber si bajaba a esa plaza con un arma en la mano o con una caja de zapatos llena de pena.

Abrí la caja.

Llevaba diez años sin abrirla. La había cargado de ciudad en ciudad y de nombre en nombre, metida en el fondo de armarios que no eran míos, y no había levantado la tapa ni una sola vez. Una se

cuenta a sí misma que es por falta de tiempo. No es por falta de tiempo.

Lo de arriba era lo de menos: cuadernos del instituto, una cinta de pelo. Y un boletín de notas de una tal Aroa Ledesma que sacaba sobresaliente en todo menos en conducta, y al verlo se me escapó algo que en otra persona habría sido una risa. Aquella cría sí que era yo. La de las buenas notas y la mala conducta. Por debajo de la conducta no ha cambiado tanto la cosa.

Debajo encontré a Olalla.

Una foto. Las dos en la feria de un agosto cualquiera, ella con un algodón de azúcar más grande que la cara, yo con el gesto de la hermana mayor a la que han obligado a posar. Dieciséis y dieciocho. Tres semanas, puede que cuatro, antes de que se acabara el mundo. Le di la vuelta a la foto, porque mirarla de frente no se podía, y por detrás, con boli, con mi letra de entonces, había una fecha y dos palabras tontas. No las copio aquí. Hay letras de una que no resisten salir dos veces.

Y debajo de Olalla, porque la vida coloca las cosas con una mala idea que ya no tiene la muerte, estaba Mateo.

No una foto. Mateo a los veinte años no se dejaba fotografiar conmigo; lo nuestro no salía a la luz, ese fue siempre el trato. Lo que había era papel. Notas. Trozos de cuaderno doblados en cuatro que un chico le pasaba a una chica para decirle a qué hora y en qué sitio, y que la chica, en vez de tirar como Dios manda, guardaba en una caja igual que una urraca guarda lo que brilla. "Detrás del molino, cuando se apague la luz de Remedios." Las leí por encima, deprisa, como se pasa la mano sobre una plancha para ver si quema. Quemaba. Diez años después, las cuatro tonterías dobladas de un chico de veinte años todavía quemaban.

Y aquí está la cuestión de las urracas. Una urraca no sabe lo que es valioso. Recoge lo que brilla y lo que no, el anillo de oro y el papel de plata, y lo amontona todo junto en el mismo nido, y solo mucho después, si es que alguna vez, alguien abre el nido y separa una cosa de la otra.

Yo, a los dieciocho años, fui esa urraca. Y en el fondo de la caja, debajo de todo lo demás, había un papel que no brillaba nada. Que

no brillaba entonces y no brillaba ahora. Tres hojas dobladas, finas, con los dobleces ya blancos de viejos. Las había visto un millón de veces sin verlas. Amparo Salcedo las había tenido encima de una mesa hacía seis horas y las había apartado con dos dedos. El papel aburrido. El relleno del nido.

Lo desdoblé porque había que desdoblarlo todo. No porque esperara nada.

Era letra de hombre. Letra antigua, de las que ya no se hacen, con las mayúsculas trabajadas, de alguien que aprendió a escribir cuando escribir bien todavía era una manera de valer. No era de Mateo. No era de nadie de mi casa. La primera línea llevaba una fecha, y la fecha me hizo levantar la cabeza de la hoja, porque era de antes. De mucho antes. De años antes de que naciéramos, de cuando a Olalla y a mí no nos había pensado todavía nadie.

La segunda línea llevaba un nombre. El nombre de quien escribía.

Tomás Vega.

El nombre me sonó despacio, como suenan las cosas que una sabe sin haberlas aprendido nunca. En Valdecolmena ese nombre no se dice; se da por sabido, como el nombre de un río. El socio. El otro. Cuando éramos crías y preguntábamos de quién era todo, la cooperativa y la marca y la nave grande de la carretera, los mayores contestaban siempre con esa media frase que tienen los pueblos para lo que prefieren no contar entero: "Eso lo levantaron Salcedo y Vega, y luego el pobre Vega se mató, y se quedó Salcedo." El pobre Vega se mató. Así. En cuatro palabras y a otra cosa. Un accidente viejo, una desgracia de las de antes, el cimiento sobre el que se había construido todo lo demás, tan hundido en el suelo que ya nadie lo miraba.

Tenía las tres hojas del pobre Vega abiertas encima de la mesa de Remedios.

Las leí dos veces. La primera, deprisa, con los ojos resbalando, sin enterarme, como se lee cuando una parte de ti ya ha entendido y la otra todavía no quiere. La segunda, despacio, con el dedo debajo de cada renglón, como leía Olalla de pequeña.

No voy a copiar aquí lo que escribió Tomás Vega. Lo escribió él, con su miedo y su letra trabajada, y es suyo. Pero diré lo que era.

Era un hombre poniendo por escrito, mientras todavía podía, lo que le estaba pasando. Era un hombre contando que su socio, Aurelio Salcedo, llevaba un año apretándole para quedarse con su mitad del negocio, que le había hecho una oferta y luego otra peor, y que al rechazarlas habían dejado de ser ofertas. Era un hombre escribiendo, con todas las letras, que le tenía miedo a su socio. Y era un hombre que cerraba esas tres hojas con una frase que llevaba veintitantos años esperando, doblada en cuatro, dentro de la caja de una cría: que si a él le pasaba algo, por sano que estuviera y por solo que viviera, no lo achacaran al azar.

A Tomás Vega le pasó algo tres meses después de poner la fecha en esa hoja. Un accidente. El pobre Vega se mató.

Me eché atrás en la silla de Remedios y me quedé mirando aquellas tres hojas como se mira una serpiente que creías un palo.

Esto. Esto era. Esto era lo que Aroa Ledesma tenía y no sabía que tenía. No una sospecha ni un cotilleo de pueblo. La cosa entera. La confesión de un muerto, escrita de su puño antes de morir, señalando con el dedo al hombre que lo iba a matar. El imperio de la miel y las doscientas familias que viven de él: todo estaba montado encima de este papel. Encima de un pozo más viejo que el de Olalla.

Y entonces, despacio, como se entiende lo que de verdad no se quiere entender, entendí lo otro.

Hace diez años, una cría de dieciocho años entraba a escondidas en la casa grande de los Salcedo. No iba a robar. Iba a ver a un chico. Iba por amor, por esa clase de amor estúpido y enorme que se tiene a los dieciocho, el que te hace cruzar de noche el jardín del enemigo de tu familia sin pensar siquiera que es el enemigo de tu familia. Y una de esas noches, esa cría, husmeando donde no debía mientras esperaba a su chico, abrió un cajón. Y vio tres hojas con una letra antigua. Y por una razón que ni ella misma se sabía, rabia, o las ganas de tener en el bolsillo algo de aquel hombre que la miraba por encima del hombro, se las llevó.

No sabía lo que se llevaba. Te lo juro, Olalla, dondequiera que se guarde lo que queda de ti: tu hermana no sabía lo que se llevaba. Tu hermana cogió un papel aburrido para fastidiar a un hombre antipático, lo metió en una caja con las notas de un chico, y se

olvidó. Y ese papel aburrido, ese relleno de nido, era una bomba. Y la bomba estuvo dos años en nuestra casa, en el cuarto que tú y yo compartíamos, durmiendo a un metro de tu cama, mientras Aurelio Salcedo se daba cuenta poco a poco de qué cajón le faltaba.

Remedios, enfrente, no había abierto la boca en todo aquel rato. Pero en algún momento se había levantado, se había puesto a mi lado y había mirado las tres hojas por encima de mi hombro. La oí respirar hondo, una vez.

—Tomás Vega —dijo, y lo dijo como se dice el nombre de un conocido al que hace mucho que enterraste—. Hacía cuarenta años que no le oía el nombre a nadie. Era buen hombre. De los que no abundan. —Volvió a su silla, despacio—. Por aquí siempre se ha contado que se mató cogiendo aceitunas, que se cayó de un olivo como un tonto. Nunca me cuadró. Tomás Vega le tenía miedo a las alturas. No se subía ese hombre ni a un taburete.

Dejé que el río llenara el silencio. Tenía delante, encima de la mesa de una vieja, lo que llevaba seis meses buscando y diez años sin saber que había perdido. El arma de verdad. No la verdad en la boca, no el ruido. Tres hojas que, abiertas en mitad de una plaza llena, no las desmentía Aurelio Salcedo ni con todo el dinero del valle, porque no era yo quien lo acusaba: era un muerto, con su letra, desde hacía cuarenta años.

Y por eso mismo me empezaron a sudar las manos.

Porque un arma así no hace un solo agujero. Yo había bajado a este pueblo a por un hombre, y ahora tenía en la mano la manera de tirarlo, sí, pero la misma bala que entraba en Aurelio le salía por la espalda y seguía viaje. Hasta la cooperativa. Hasta Celia, que esta mañana se estaría vistiendo para la Fiesta sin saber nada de nada. Y, al fondo del todo, hasta Mateo. Sobre todo hasta Mateo, que llevaba diez años sosteniendo con el cuerpo una mentira para protegerme a mí, y al que esta confesión de Tomás Vega convertía, de golpe y a la vista de todos, en el hijo y el cómplice de un asesino.

Amparo me lo había dicho anoche, en aquella silla, y yo me había hecho la digna. Crees que solo vas a tirar a un hombre. La muy bruja tenía razón. La muy bruja siempre la tiene.

Doblé las tres hojas por sus dobleces viejos y me las guardé donde se guarda lo que no se quiere ni perder ni enseñar: pegadas al cuerpo, por dentro de la ropa, encima del esternón. Donde otra gente lleva una medalla.

Me levanté. Remedios me vio levantarme.

—Vas a bajar —dijo. No lo preguntaba.

—Voy a bajar.

—Hay dos maneras de entrar en una casa que arde. —Se quedó mirando el río por la ventana, como si la frase no fuera para mí—. A apagarla, o a sacar a alguien de dentro. La que entra a las dos cosas a la vez se queda dentro.

No le contesté. No tenía respuesta, y a Remedios no se le contesta sin respuesta. Salí del molino con el sol ya alto, con tres hojas de un muerto pegadas al pecho y un pueblo entero esperándome alrededor de una tarima. Tenía hasta el mediodía. Y todavía no sabía, esa es la pura verdad, y quien diga que a esas alturas yo ya lo había decidido miente, si bajaba a aquella plaza a apagar el fuego o a sacar a Mateo de él.

Eché a andar hacia los farolillos.

Capítulo 32

A la plaza de Valdecolmena le habían puesto su cara de domingo. Farolillos de papel cruzados de balcón a balcón y los puestos de miel con los tarros alineados como un ejército de ámbar. Delante del ayuntamiento habían montado una tarima nueva, de madera clara, que olía todavía a serrín. Entré por la calle de la fuente, despacio, con tres hojas de un muerto pegadas al esternón, y nadie me miró. Una temporera más, llegando tarde a la Fiesta.

Ese fue el primer aviso de que Amparo no me había mentido en nada. La plaza no me recibió como a una amenaza. Me recibió como a una invitada. Y a una invitada se la controla mucho mejor que a una amenaza.

Me quedé un momento al borde, donde empieza la sombra de los soportales, haciendo lo que hago. Leer. Y la plaza, leída despacio, decía cosas. Decía que la furgoneta de la cooperativa estaba aparcada con el morro hacia la salida, y que Quino, de pie al lado de ella, no descargaba nada: tenía las manos vacías y miraba entrar a la gente. En cada una de las tres bocacalles de la plaza había un hombre de la cooperativa que tampoco tenía nada entre las manos. Una Fiesta de pueblo no tiene puertas. Esta las tenía. Las habían puesto esa mañana, y eran de carne.

En la tarima ya estaban los Salcedo. No todos colocados a la vez, no en fila; demasiado finos para eso. Iban subiendo y bajando, saludando, con esa naturalidad estudiada de los que saben que los mira el pueblo entero. Vi a Amparo de azul, dándole la mano a una vieja, con la sonrisa que en ella es una herramienta y no un gesto. Vi a Aurelio en el centro, más viejo de cerca que en mi cabeza,

repartiendo palmadas en hombros ajenos como quien reparte pan bendito.

Y vi a Mateo.

Estaba al borde de la tarima, un paso por detrás de su padre, con una camisa que no se habría puesto él solo y la sonrisa colocada donde su madre se la había mandado colocar. El heredero. La estampa. Me lo había avisado en el molino: no te fíes de esto. Pero una cosa es que te avisen y otra verlo. Verlo de Salcedo, entero, encajado en su casilla del tablero, me dolió de una manera concreta y física, como duele ver a un animal del monte quieto y lustroso dentro de una jaula buena.

Me buscó. No sé cómo supo que yo ya estaba allí, en la sombra de los soportales, entre cien personas. Lo supo. Levantó la vista del corro que tenía delante, cruzó la plaza entera con los ojos, sin prisa para que nadie lo notara, y me encontró. Nos miramos lo que dura un parpadeo largo. No nos dijimos nada; no se podía. Pero diez años de no poder decirnos nada nos habían enseñado a decírnoslo igual, y en aquel parpadeo cupo una conversación entera. Él me preguntaba si lo llevaba encima. Yo le contestaba que sí. Él me preguntaba qué iba a hacer con ello. Y ahí se me acababa el idioma, porque eso todavía no sabía decirlo en ningún idioma, ni con los ojos ni con la boca.

Mateo apartó la vista el primero. Tenía que hacerlo. Su madre estaba a tres metros.

No podía quedarme en la sombra. Una mujer quieta en una sombra, en una plaza así, canta más que una que se mueve. Así que me moví. Me metí en la Fiesta como se mete una en agua fría, de golpe y conteniendo el aire, y dejé que la corriente de gente me llevara entre los puestos. Eran las doce menos algo. El reloj de la iglesia me lo recordaba cada vez que levantaba la cabeza.

El puesto grande, el de la marca de los Salcedo, lo llevaba una chica joven. Y la chica joven era Celia.

Celia Salcedo tenía veinticuatro años y la cara de no haberlos gastado en nada feo. La conocía de mis seis meses de temporera, de cruzármela por la cooperativa, de los buenos días que da la gente que da los buenos días de verdad. Me vio acercarme al puesto y se

le encendió la cara, y aquello, viniendo de una Salcedo, todavía me descolocaba.

—¡Vera! —Como si lleváramos media vida—. Pensaba que te habías ido. Por ahí se decía que te habías vuelto a tu tierra sin avisar.

—Aquí sigo —dije—. Una no se va de una Fiesta sin verla.

Me puso en la mano un tarro pequeño, de muestra, sin que yo se lo pidiera.

—Llévate uno. Es de la primera cata del año, la de flor de romero, la buena. —Lo dijo con un orgullo limpio, sin doblez, el orgullo de quien te enseña su casa—. ¿Sabes que todo esto lo levantó mi padre casi de la nada? Bueno, mi padre y un socio que tuvo al principio del todo. Dos hombres y un puñado de colmenas, y mira ahora. Mi padre dice que en este valle no hay una sola mesa que coma sin que sea gracias a esas colmenas. Y es verdad, ¿eh? No lo digo porque sea mi padre. Es que es verdad.

Cogí el tarro. La chica me estaba contando, con la cara limpia, el cuento de su familia. El cuento bonito de los dos hombres y el valle agradecido. Y yo llevaba, a un palmo de su tarro de flor de romero, la versión que a Celia no le habían contado nunca. La del socio. La de qué hace falta hacer para quedarse uno solo con las colmenas.

Iba a decirle algo, una cortesía, el peaje que se paga para salir de una conversación. No me dio tiempo. Celia miró hacia la tarima, hacia el corro donde su hermano hacía de heredero, y la cara se le puso distinta. Más pequeña.

—Oye, ¿tú tratas con Mateo? Mi hermano. Por la cooperativa, digo. —No esperó respuesta—. No sé. Lo veo raro estos meses. Más raro de lo normal, que ya es decir, porque Mateo es la persona más triste que conozco, y lo es desde siempre, desde que yo tengo memoria. Yo era pequeña y ya tenía un hermano triste. Nunca he sabido por qué. En esta familia nadie cuenta nunca el porqué de nada. —Se rió, para quitarle peso, y no se lo quitó—. Pero estos últimos meses está distinto. Triste de otra manera. Una manera que casi parece, no sé cómo decirlo, como si le doliera algo que vale la pena que le duela. ¿Eso tiene sentido?

—Tiene sentido —dije.

Vaya si lo tenía. Tenía tanto sentido que tuve que mirar el tarro de miel para no mirar a la chica.

Celia siguió hablando. De la cata, de un primo que tocaba en la charanga, de cuánto iba a durar la luz buena para las fotos. Yo la oía a medias. Estaba haciendo otra cosa. Estaba mirando a aquella chica de veinticuatro años, con su tarro y su charanga y su padre que lo había levantado todo de la nada, y estaba calculando cuánto le quedaba.

Porque eso es lo que hace una operadora hasta cuando no quiere. Calcula. Y la cuenta me salió cruel y me salió clara. A Celia Salcedo le quedaban, de aquella vida suya tan limpia y tan creída, los minutos que yo tardara en decidir abrir la boca. Si yo sacaba las tres hojas de Tomás Vega en mitad de aquella plaza, Celia no perdía a su padre. Eso sería lo de menos, lo de fuera. Celia perdía el cuento entero, y el suelo que ese cuento le ponía debajo de los pies. Se iba a enterar, a la vez que el resto del valle y por mi boca, de que la mesa en la que había comido toda su vida estaba puesta encima de un hombre muerto.

La había conocido hacía seis meses dándome los buenos días de verdad. Y ahora le estaba poniendo precio, igual que su madre me lo había puesto a mí en una silla a oscuras. Amparo tenía razón también en eso. Es lo único que sabemos hacer los que entramos en esta clase de guerras: mirar a una persona y ver, en lugar de la persona, lo que cuesta.

El reloj de la iglesia dio las doce menos cuarto y la plaza, sin que nadie diera la orden, empezó a ordenarse sola. La gente fue dejando los puestos y juntándose delante de la tarima, con esa obediencia mansa que los pueblos le tienen a sus propios horarios. La charanga se calló. Iba a empezar lo de mediodía. El acto. Lo que fuera que los Salcedo hubieran preparado para abrir su Fiesta.

Me dejé llevar hacia delante con todos los demás. No costó; una corriente de gente te lleva si no te resistes. Y mientras me llevaba, mientras pasaba de la sombra de los soportales al sol abierto de la plaza, hice por fin la cuenta que llevaba toda la mañana sin querer hacer del todo. La del arma.

Tres hojas. Un muerto acusando a Aurelio Salcedo desde hacía cuarenta años. Yo solo tenía que levantarlas por encima de mi cabeza en mitad de la plaza y empezar a leer en voz alta, y se acababa. Se acababa Aurelio. Se acababa el cuento de Celia. Se acababa Mateo. Y, lo que más rabia me daba, no se acababa Olalla. Olalla seguía igual de muerta y de sin explicar que esta mañana, porque aquellas tres hojas contaban quién era Aurelio Salcedo, pero no contaban por qué mi hermana subió a un monte una noche de agosto. El arma servía para destruir. No servía para saber.

Y yo no había bajado a esta plaza solo a destruir. Había bajado, sobre todo, a saber.

Levanté la cabeza. Y Aurelio Salcedo, desde la tarima, por encima de cien cabezas de vecinos, me estaba mirando a mí.

No fue una mirada de sorpresa. Sorpresa no esperaba yo; Amparo le habría dado el parte al amanecer, con el café. Fue una mirada larga, tranquila, de arriba abajo, la mirada con que un hombre comprueba el tiempo que va a hacer. Aurelio Salcedo me miró como se mira un nubarrón en el horizonte: sin miedo todavía, calculando nada más a qué hora va a descargar y si dará tiempo a recoger la Fiesta antes. Y luego, despacio, sin dejar de mirarme, sonrió. Una sonrisa para mí sola, que ninguno de los cien vecinos vio. Una sonrisa que decía: bienvenida a mi plaza.

Tendría que haber tenido más miedo del que tuve. Lo sé ahora. En aquel momento, que un hombre así me sonriera me dio sobre todo la medida de lo seguro que se sentía. Y un enemigo demasiado seguro es un enemigo que ha dejado de mirar bien. Me agarré a eso. Era poca cosa, pero a esas alturas yo me agarraba a lo que hubiera.

Aurelio Salcedo apartó por fin los ojos de mí y dio un paso al borde mismo de la tarima, y la plaza entera se calló sola. No tuvo que pedir silencio. A los hombres como él el silencio se les hace solo, por costumbre del pueblo, igual que se aparta el ganado cuando pasa el que lleva la vara.

—Vecinos —dijo. Tenía buena voz para aquello, una voz de domingo, ancha—. Vecinos, gracias por estar aquí un año más.

Hubo un aplauso pequeño, de trámite. Aurelio lo dejó morir. Y entonces, en vez de seguir con lo que tocara seguir, con la miel y la cata y el primer tarro del año, hizo una cosa que me heló la sangre por lo bien hecha que estaba.

Levantó una mano hacia mí. No del todo. Lo justo. Un gesto cordial, de anfitrión, que media plaza siguió con la mirada.

—Antes de empezar —dijo Aurelio Salcedo, ancho, tranquilo, dueño—, esta Fiesta tiene que darle la bienvenida como Dios manda a quien ha venido de lejos a acompañarnos este año. Que en Valdecolmena a nadie se le deja solo en un rincón.

Y cien caras de vecinos se giraron a la vez, buscando, hasta dar conmigo en el borde de la luz.

Capítulo 33

Cien caras vueltas hacia ti a la vez tienen un peso físico. No es una manera de hablar. Se nota en el esternón, justo donde llevaba yo las tres hojas de Tomás Vega, como si toda esa gente empujara despacio en el mismo sitio.

Aurelio me había hecho jaque con un solo movimiento, sin levantar la voz, y lo había hecho tan limpio que tardé un segundo entero en verlo. Me había convertido en una invitada delante del pueblo. La forastera. La que viene de fuera. Y a la forastera, cuando dentro de un rato abriera la boca para hablar de un muerto, Valdecolmena la iba a oír como se oye a alguien de fuera: con el cuerpo ya medio girado hacia su anfitrión.

Tenía dos o tres segundos para decidir. Los que tarda una plaza en pasar de mirarte a esperar que digas algo.

Aurelio no me dejó ni esos. Era bueno; hay que reconocerle al enemigo lo que tiene.

—Llevas medio año entre nosotros, hija, y este pueblo es muy malo dando las gracias —dijo, hablándome a mí pero para todos, con la voz puesta de abuelo bueno—. Espero que te lleves de Valdecolmena un buen recuerdo cuando vuelvas a tu casa. Cuéntanos. ¿De dónde nos has venido tú?

Y ahí estaba la trampa, montada con guantes. Si contestaba "de Soto", de cualquier sitio, de cualquiera de los pueblos que me había inventado en diez años, me quedaba de forastera para siempre y para todos. Si no contestaba, me quedaba de rara. Aurelio Salcedo me estaba ofreciendo, con una sonrisa, las dos sillas que él quería que ocupara, y esperaba que yo, agradecida, eligiera una.

Hablé. Y hablé alto, para la plaza entera, no para él, porque la lección de Aurelio la había aprendido en un solo asalto: en aquel sitio se le hablaba al pueblo o no se hablaba.

—Se equivoca usted, don Aurelio. Yo no he venido de ninguna parte. He vuelto.

Dejé que cayera. En una plaza, una frase corta cae despacio.

—Nací a tres calles de aquí. En la casa de la cuesta del Hambre, la de la parra mala. Mi madre vendía fruta donde ahora está la farmacia. Llevo seis meses dejando que este pueblo me llame Vera porque me convenía que me llamara Vera. Pero ese no es mi nombre.

Por la plaza empezó a correr eso que corre por las plazas antes que las palabras: un movimiento. Cabezas que se juntan. Una vieja de la primera fila que se llevó la mano a la boca. Un pueblo es lento para casi todo y rapidísimo para una sola cosa, que es atarle un nombre viejo a una cara que ha cambiado.

—Algunos ya lo están diciendo ahí abajo —seguí—. Lo digo yo, que para eso es mío. Me llamo Aroa. Aroa Ledesma. Y soy la hermana de Olalla.

El nombre de mi hermana cayó en la plaza y la plaza lo notó. Lo notó de verdad. Hay nombres que un pueblo se sabe enterrados y que, dichos en voz alta a mediodía, hacen daño al oído como una luz hace daño después de una cueva.

—Y voy a deciros la fecha —añadí—, porque la fecha es la mitad de todo esto. Hoy hace diez años. Mientras Valdecolmena colgaba los farolillos para una Fiesta igual que esta, mi hermana se moría en el fondo de un pozo seco, en los colmenares viejos. Tenía dieciséis años. Y llevamos diez llamándolo accidente porque a este pueblo le vino bien llamarlo así.

En la tarima no se movió nadie. Esa fue la primera cosa rara y la guardé. Cien vecinos cuchicheando y, arriba, los Salcedo quietos como en una foto vieja. Amparo, de azul, las manos cruzadas sobre el regazo, mirándome con el interés tranquilo de quien ve por fin levantarse el telón de una obra cuyo final ya se sabe de memoria. Aurelio, sin que se le moviera un solo músculo de la cara de domingo.

Y Mateo.

A Mateo se le había caído el disfraz. No para la plaza; para la plaza seguía siendo el heredero correcto de la camisa que no se había puesto él solo. Pero yo le miraba la cara con los ojos que llevo diez años teniendo nada más que para su cara, y vi que por debajo se le había parado el reloj. Estaba blanco. Tenía las dos manos cerradas sobre la barandilla de la tarima como se agarra un hombre para no hacer lo que el cuerpo entero le está pidiendo a gritos que haga, que era, y lo supe sin la menor duda, bajar de allí, cruzar la plaza y ponerse al lado de la forastera delante de su padre y delante de Dios. No lo hizo. No podía hacerlo. Pero las ganas le estaban costando los nudillos, que los tenía tan blancos como la cara.

Busqué a Celia sin querer buscarla. Estaba donde la había dejado, al lado de su puesto de tarros, con un crío de la mano que no era suyo. Y Celia ya no tenía la cara limpia de hacía media hora. Tenía la cara de quien oye, por primera vez en su vida, dos palabras que no encajan: su apellido y un pozo. Me miraba como se mira a alguien que acaba de hacer un truco de magia feo. La chica que me había regalado un tarro de miel estaba empezando, en directo y sin saberlo, a perder el suelo. Y yo se lo estaba quitando.

Aparté los ojos de ella. Había hombres de la cooperativa moviéndose despacio por los bordes de la plaza, cerrando un poco el corro, sin prisa, como se mueve el que tiene órdenes de estar cerca y no de hacer nada todavía. Quino entre ellos. La Fiesta seguía teniendo sus puertas de carne, y las puertas habían dado un paso hacia dentro.

Aurelio Salcedo dejó que el cuchicheo subiera. Lo dejó hacerse grande, incluso, porque un hombre que sabe esperar sabe que un pueblo cuchicheando se cansa solo, y que el que habla después del cansancio es el que parece el sereno. Cuando la plaza se fue quedando otra vez callada, por su propio peso, Aurelio hizo lo último que yo tenía previsto que hiciera.

No me negó nada. No se defendió. Bajó la mano que había levantado y, con la voz puesta más honda, más baja, una voz que llegó igual hasta el último soportal porque la plaza entera estaba pendiente de ella, dijo:

—Aroa.

Solo eso, de entrada. Mi nombre, el de verdad, en la boca del enemigo, delante de todos. Como una caricia y como una llave a la vez.

—Claro que me acuerdo de ti, hija. Y claro que me acuerdo de tu hermana. —Movió la cabeza despacio, dolido, un hombre mayor delante de una desgracia vieja—. Lo que le pasó a Olalla Ledesma fue lo más triste que ha visto este valle en cuarenta años. Yo he enterrado a mi socio y he enterrado a mi padre, y te juro por lo que tú quieras que ningún entierro me pesó como el de aquella criatura de dieciséis años.

Y se volvió hacia la plaza. Me dio la espalda, que es lo que se le hace a la pieza que ya has colocado donde la querías, y le habló a su gente.

—Vecinos. Esta mujer ha hecho un camino muy largo, por dentro, para estar hoy aquí. Hace diez años una cría de dieciocho años perdió a su hermana, y no supo soportarlo, y se marchó. Yo no se lo reprocho. Cada cual carga la pena por donde puede y por donde le dejan. Hoy ha vuelto. Y ha vuelto justo hoy, en el día que es. —Hizo una pausa de las que se ensayan delante de un espejo—. A lo mejor llevamos diez años haciendo mal una cosa, vecinos. A lo mejor hemos dejado que esta Fiesta nos tape un aniversario que también es nuestro. Porque Olalla Ledesma era de aquí. Era una hija de este pueblo. Era nuestra.

Y entonces lo hizo. La jugada entera, la que llevaba montando desde que yo abrí la boca, rematada con una sola frase tranquila.

—Yo os pido una cosa antes de la miel y de la cata, antes de nada. Os pido un minuto. Un minuto callados, todos, por Olalla Ledesma, que hoy hace diez años que nos falta.

Y la plaza de Valdecolmena, mi plaza, la plaza en la que aprendí a andar, se quitó las gorras.

Cien personas agacharon la cabeza a la vez. La charanga se calló de golpe. Hasta los críos se contagiaron de esa solemnidad que les cae encima sin que la entiendan. Un minuto de silencio por mi hermana, pedido a voz limpia por el hombre que la había oído morir desde el brocal y había decidido no bajar a sacarla.

Y yo me quedé de pie en mitad de aquel silencio, con la cara de Olalla en la cabeza y tres hojas de papel ardiéndome contra el pecho, sin poder hacer absolutamente nada. Porque dentro de un silencio no hay nada que hacer. Un silencio no se contradice. No se le puede gritar a un silencio que es mentira. Aurelio Salcedo acababa de convertir mi acusación en un velatorio, y me había puesto a mí a velar, callada y con la cabeza gacha como todos los demás, a la propia muerta por la que había bajado a aquella plaza a pedir cuentas.

El reloj de la iglesia empezó, despacio, a contar el minuto.

Capítulo 34

Un minuto es muy largo. Nadie sabe lo largo que es un minuto hasta que lo pasa de pie en una plaza, con cien vecinos alrededor y la cabeza gacha, dentro de una mentira que le ha montado otro.

Yo no agaché la cabeza. Ese gusto no se lo di a nadie. Me quedé tiesa en mitad del silencio, mirando la tarima, y mientras el reloj de la iglesia se tomaba su tiempo hice lo único de provecho que se puede hacer dentro de un silencio ajeno: pensar deprisa.

Aurelio me había quitado la palabra del modo más limpio que existe, convirtiéndola en luto. Contra el luto no se grita. Pero el luto tiene una cosa buena, y es que se acaba. Y cuando un minuto de silencio se acaba deja a cien personas calladas, quietas, con la frente recién levantada y sin saber qué hacer con ella. Deja un escenario vacío. Y un escenario vacío, durante dos segundos, hasta que alguien lo llena, no es de nadie.

Iba a ser mío.

El reloj soltó la campanada que cerraba el minuto. Y antes de que la plaza terminara de levantar la cara, antes de que Aurelio cogiera aire para devolverle la alegría a su Fiesta, hablé.

—Gracias —dije. Fuerte. Para los cien, no para él—. Lo digo de verdad. Habéis callado un minuto por mi hermana, y yo llevo diez años esperando que alguien de este pueblo hiciera algo por ella, lo que fuera. Así que gracias.

Vi a Aurelio aflojar un milímetro los hombros. Creía que había ganado. Creía que la forastera iba a cerrar ahí, ablandada por su propia gente, y que la Fiesta podía seguir su camino.

—Pero un minuto de silencio es lo que se le da a quien se murió de algo —seguí—. A un viejo. A un enfermo de algo largo. A mi hermana no se le puede dar eso, porque mi hermana no se murió de algo. A mi hermana la mataron, despacio, con todo el tiempo del mundo por delante para no hacerlo. Y este pueblo lleva diez años poniéndose en pie un minuto por una mentira cómoda. Hoy os vais a poner en pie por la verdad. Y os va a costar más de un minuto.

Eché a andar hacia la tarima.

La plaza me abrió un pasillo. Lo abren solas las multitudes cuando todavía no saben de qué lado conviene ponerse: se apartan por si acaso, igual que uno se aparta de algo que aún no sabe si quema. Subí los tres escalones de madera nueva, con su olor a serrín, y me planté arriba, en el escenario de los Salcedo, con los Salcedo.

De cerca eran más pequeños. Siempre lo son. Aurelio, de cerca, era un señor de sesenta y dos años con la papada recién afeitada y una flor en el ojal. Amparo, de cerca, tenía las manos demasiado quietas sobre el regazo. Y Mateo estaba a dos metros de mí, más cerca de lo que había estado en muchos días, y desde allí me llegaba el olor de su miedo, que es un olor que conozco, que llevo media vida aprendiéndome.

Aurelio no me echó de la tarima. Ese fue su error, y lo cometió por soberbia. Un hombre con menos fe en sí mismo le habría hecho una seña a Quino, y Quino me habría bajado de allí en diez segundos y con cara de estar ayudando a una señora mareada. Aurelio no. Aurelio todavía creía que aquella tarima era su tablero, y yo una pieza que se había metido sola en una casilla mala.

—Habla, anda —me dijo, muy bajo, solo para los de arriba, mientras de cara a la plaza sostenía un gesto de paciencia buena—. Hazte tú sola ese daño, hija. Yo no pienso hacértelo.

Saqué las tres hojas.

No las saqué con aspaviento, no las levanté como una bandera. Las saqué de dentro de la ropa, de encima del esternón, donde las llevaba calientes de mí, y las desdoblé delante de Aurelio Salcedo a la distancia exacta a la que se le enseña una carta a un hombre. Y le miré la cara mientras la reconocía.

Fue un parpadeo. Pero llevo media vida leyendo caras para comer, y la de Aurelio, en ese parpadeo, hizo el viaje entero, de la soberbia al miedo, sin saltarse una sola de las casillas de en medio. Miedo de verdad, el que afloja las rodillas. Por suerte para él, la plaza estaba demasiado abajo para verlo. Lo vi yo sola. La cara de Aurelio Salcedo, durante un segundo, fue la misma cara que debió de tener Tomás Vega mientras escribía estas hojas, hace cuarenta años, sabiendo lo que sabía.

—Sabes lo que es —dije. No hacía falta preguntarlo.

Aurelio no contestó. Un hombre que no contesta es un hombre que está echando por dentro, a toda velocidad, una cuenta muy cara.

Me volví hacia la plaza. Hacia abajo. Hacia los cien.

—Esto que tengo en la mano lo escribió Tomás Vega —dije, y tiré la voz hasta el fondo de la plaza—. El socio. El hombre que levantó la cooperativa codo con codo con Aurelio Salcedo, y que un mal día se subió a un olivo, se cayó y se mató, y dejó a su socio dueño de todo. Lo escribió de su puño y letra, muerto de miedo, tres meses antes de caerse de ese olivo. Y lo que cuenta, en resumen, para que no tengáis que esperar a oírlo entero, es que a Tomás Vega no lo mató ningún olivo.

La plaza hizo un ruido. Un ruido hondo, de pueblo, de cien personas cogiendo aire a la vez.

—Lo podría leer entero, ahora mismo, aquí —seguí, y a mi espalda oí a Aurelio quedarse sin resuello—. Tardaría cinco minutos. Y al terminar, esta familia que veis subida a la tarima estaría acabada. La marca y la cooperativa entera. El jornal de la mitad de los que me estáis escuchando. Todo eso está montado encima de este papel, y encima del muerto del que habla este papel. Cinco minutos de lectura, y se viene abajo.

Dejé que lo pensaran. Que lo pensara Celia, abajo, blanca como la cera, con el tarro de muestra todavía agarrado en la mano. Que lo pensara Mateo, a mi lado, que sabía mejor que nadie que aquello no era un farol.

—Pero no he subido aquí a leer esto —dije, y bajé las hojas hasta el costado—. He subido a otra cosa. A Aurelio Salcedo lo puedo

hundir cuando me dé la gana; lo llevo pudiendo hundir desde esta mañana, y miradme, aquí sigo, con el papel sin leer. Porque este papel, con ser lo que es, no me dice lo único que he venido a buscar a este pueblo. No me dice por qué mi hermana subió de noche a ese monte. Eso lo sabe un solo hombre en todo el valle. Y ese hombre lo va a contar hoy, aquí, en voz alta.

Y entonces fue cuando Mateo soltó la barandilla.

Llevaba toda la mañana agarrado a ella con las dos manos. La soltó al oírme decir "ese hombre lo va a contar hoy", y la soltó porque entendió, antes que nadie en aquella plaza, lo que esas palabras significaban: que el muro se había terminado. Que ya no quedaba nada que sostener. Diez años aguantando un techo con los brazos en alto, y de pronto alguien te dice que el techo lleva horas en el suelo, que se cayó sin que tú te dieras cuenta, y que lo único que estás haciendo, tieso y con los brazos arriba, es el tonto delante de tu pueblo.

Dio un paso. Uno solo. Pero en una tarima, delante del valle entero, un paso lo dice todo, y aquel paso lo apartó de su padre y lo dejó al lado de la forastera.

—Mi padre no va a contar nada —dijo Mateo.

No me lo dijo a mí. Tampoco a Aurelio. Se lo dijo a la plaza, de frente, con esa voz suya que gasta pocas palabras y por eso le pesan todas.

—Lo voy a contar yo. Porque yo también estuve en ese monte aquella noche. Llegué después, cuando ya no se podía hacer nada. Y lo que me encontré al llegar llevo diez años sin contárselo a nadie. Ni a mi madre. Ni al cura. —Tomó aire, y el aire le tembló—. Me llamo Mateo Salcedo. Soy el hijo de Aurelio. Y os he estado mintiendo a todos, todos los días, desde hace diez años.

Lo miré. Tenía que mirarlo, y me da igual cómo quede eso escrito. Llevaba seis meses, y por debajo diez años, convencida de una cosa: de que Mateo no rompería el pacto nunca. De que aquel hombre se había vendido tan entero y tan para siempre que ya no le quedaba con qué comprarse de vuelta. Y lo estaba haciendo. Delante de mí. Estaba cogiendo lo único que le quedaba, que era el silencio, y lo estaba rompiendo en mitad de una plaza, a sabiendas de que con

ese silencio se rompía él, y se rompía su hermana, y se rompía el jornal de medio valle. Lo estaba tirando todo. Para que yo no tuviera que tirarlo sola.

No es la clase de cosa que se agradece con la cara. Hice lo único que se podía hacer desde dos metros y delante de un pueblo: no aparté los ojos. Que viera que lo veía.

A mi otro lado, Amparo Salcedo dijo el nombre de su hijo una vez. Bajo. Seco. Del modo en que se le da una orden a un perro que siempre ha obedecido. "Mateo." Y no le sirvió. Era la primera vez en diez años que esa palabra, en esa boca, no servía para nada, y Amparo lo entendió en el acto: se le quedaron las manos del todo quietas sobre el regazo, y a una mujer a la que se le quedan las manos así acaba de caérsele algo que llevaba cuarenta años sosteniendo en alto.

Abajo, en la plaza, Celia se había tapado la boca con la misma mano del tarro.

Y a Aurelio se le acabó el domingo. Se le cayó de la cara de golpe, como se cae un mantel cuando alguien tira de él por la punta mala. Lo que quedó debajo no era un anciano dolido por una desgracia vieja. Era algo más antiguo y más duro. Un animal acorralado que llevaba cuarenta años disfrazado de patriarca.

Le vi buscar a Quino con los ojos. Un golpe de vista rápido hacia la bocacalle, hacia sus hombres de manos vacías. Le vi calcular si todavía servía de algo un empujón, un apagón de luz, una mujer sacada a rastras de una plaza. Y le vi descartarlo. No por bueno. Por tarde. Ya había demasiada gente con demasiadas palabras dentro del cuerpo; ya no había manera de meter aquello otra vez en ningún cajón.

Aurelio Salcedo miró las tres hojas de mi mano. Y después miró la plaza entera, su valle, sus doscientas familias, todo lo que en cinco minutos de lectura podía dejar de ser suyo. Y comprendió, porque tonto no fue nunca, que ya lo había perdido. Que pasara lo que pasara en aquella tarima, el Aurelio de esta mañana no iba a volver jamás.

Y a un hombre que ya lo ha perdido todo se le ha quitado, de paso, la última razón que tenía para la piedad.

Cuando volvió a hablar, no le quedaba en la voz nada de domingo. Era una voz baja, lijada, casi serena otra vez. Pero serena como está serena el agua un segundo antes del salto del molino.

—Quieres saber por qué subió tu hermana a ese monte —dijo—. Y lo quieres saber delante de todo el pueblo. Muy bien, Aroa. Delante de todo el pueblo te lo voy a decir.

Me buscó los ojos. Y por primera vez en toda la mañana, el que sonreía era él.

—Pero antes de que te pongas a llorar a tu hermana delante de tus vecinos, vas a escucharme una cosa. Una que no sabe nadie de los que están aquí. Una que ni tú misma sabes entera. —Tomó aire, sin prisa, como se lo toma quien sabe que lo que va a decir no necesita ayuda para hacer daño—. Olalla no tenía que haber estado jamás en ese pozo. La que tenía que haber estado allí aquella noche, Aroa, eras tú.

Capítulo 35

Hay frases que no se oyen con los oídos. Esa la oí con otro sitio del cuerpo, uno que no sabía que servía para oír, y ese sitio se me quedó frío.

Aurelio Salcedo ya no le hablaba a la plaza. Me hablaba a mí, solo a mí, aunque mandaba la voz lo bastante alta para que abajo no se perdiera ni una palabra. Un hombre que ha decidido hacer daño deja de actuar para el público. Se concentra.

—Hace diez años tú tenías una cosa mía —dijo—. Algo que habías cogido de un cajón de mi despacho, una de tantas noches que entrabas en mi casa como una rata, a oscuras, a verte con mi hijo. No me mires así. Lo supe siempre. Una colmena entera no se entera de según qué cosas; la reina, sí. —Amparo, a su lado, no movió un músculo—. Cogiste de mi cajón unos papeles. A lo mejor ni sabías lo que eran. Pero yo sabía lo que eran, y sabía que los tenías tú, y un hombre en mi posición no puede dormir sabiendo que una cría de dieciocho años guarda en una caja de zapatos la soga con la que ahorcarlo.

Tragó. La plaza no respiraba.

—Así que te mandé recado. Una nota, por un cauce que sabía que te llegaba. Sube esta noche a los colmenares viejos, sola, trae lo que cogiste, y aquí no ha pasado nada. Era un trato, Aroa. Duro, pero un trato; yo entonces todavía era un hombre que cerraba las cosas con tratos. Y aquella noche subí al monte a esperarte. Oí venir a alguien por el sendero, en lo oscuro, una figura pequeña, y pensé: ya está, ya viene, ahora se acaba esto.

Hizo la pausa más corta del mundo.

—Y no eras tú.

Y mientras Aurelio decía "y no eras tú", a mí me empezó a pasar una cosa por dentro.

No fue un recuerdo. Todavía no. Fue lo de antes de un recuerdo, eso que ocurre cuando una palabra ajena toca, sin saberlo, la puerta de un cuarto que llevas diez años teniendo tapiado. Noté el cuarto. Noté que estaba ahí, detrás de la pared, y que la pared, de repente, era muy fina.

Olía a lavanda. Eso fue lo primero que se coló por debajo de la puerta, sin pedir permiso: un olor a lavanda y la sensación de un día cayéndose, de una tarde de agosto poniéndose larga y dorada. El cuerpo lo reconoció antes que la cabeza. Era uno de mis destellos, el que llevaba meses persiguiéndome sin dejarse atrapar. Y ya no era un destello. Estaba creciendo.

—Era tu hermana —dijo Aurelio—. Era Olalla. Una cría de dieciséis años que apareció en mis colmenares, de noche, en tu lugar. Al principio no lo entendí. Pensé que te habías acobardado y la habías mandado a ella de recadera. Tardé un rato en entender lo que había pasado de verdad. Que tu hermana había venido sola. Que sabía que tú estabas en un lío y había decidido meterse ella dentro para sacarte a ti.

El silencio de la plaza había dejado de ser el que él había mandado hacer. Se había convertido en el de cien personas que vienen a una Fiesta y se enteran, en directo, de que llevan diez años viviendo dentro de una mentira.

—Yo a tu hermana no la toqué —dijo, y por primera vez la voz le salió un poco más deprisa, un poco peor—. Eso lo quiero dicho delante de todos. No la empujé. Discutimos al borde del pozo viejo, ella se me revolvió, era una cría con mucho genio, y dio un paso donde no había suelo. Se cayó ella sola.

Y entonces hizo la pausa más larga de todas, y supe que llegaba lo que yo había subido a aquella plaza a buscar, y lo que él había guardado diez años para usarlo, algún día, justo así.

—Tu hermana no se mató con la caída. Eso ya lo sabes; te lo contó mi hijo. Sobrevivió. Estaba viva en el fondo de aquel pozo, se la podía sacar, y me llamaba. Desde abajo. Me llamaba para que la

sacara. —Aurelio miraba el suelo de la tarima—. Y yo me quedé arriba, en el brocal, haciendo una cuenta. La cuenta de mi vida. Si la sacaba, Olalla iba a contar que yo la había citado, y por qué, y salían los papeles, y se terminaba todo lo que yo había levantado en cuarenta años. Si no la sacaba, se terminaba una cría de los Ledesma. Elegí. Soy un hombre que una noche, en un brocal, eligió. Y bajé del monte solo.

Abajo, al lado del puesto de los tarros, Celia Salcedo se sentó en el suelo. No se desmayó. Se sentó, sin más, despacio, como se sienta uno cuando le quitan de golpe el sitio donde estaba de pie. Nadie la ayudó. Nadie de los que tenía al lado fue capaz, en aquel momento, de tocar a una Salcedo.

—Así que ahí tienes tu porqué, Aroa. —Y ahora sí levantó la voz, ahora se la dio entera a la plaza, porque esta parte la quería para todos—. Tu hermana está muerta porque subió a un monte a ocupar tu sitio. El recado era tuyo. Aquel pozo era tuyo. Olalla Ledesma se murió de tu vida, no de la suya. Llevas diez años llorándola como una víctima. No eres una víctima. Eres la causa. Y has bajado hoy a esta plaza, delante de tu pueblo, a pedirme cuentas a mí por una muerta que pusiste tú en ese pozo.

Y la pared se cayó.

No la tiró Aurelio. La tiró la palabra "recado". Recado. Yo había recibido un recado, una tarde de agosto que olía a lavanda. Lo había recibido, y entonces el cuarto tapiado se abrió entero, de golpe, como se abren las cosas que llevan diez años empujando por dentro.

Estaba en mi habitación. La de la casa de la cuesta del Hambre, la que compartía con Olalla, las dos camas y el metro de suelo en medio. Era por la tarde. Olía a la lavanda que mi madre metía entre la ropa. Y yo estaba sentada en mi cama, con dieciocho años y toda la rabia del mundo encima, porque tres días antes me había peleado con mi hermana a gritos en mitad de la plaza y todavía no le había vuelto a hablar, y no pensaba hacerlo, porque a los dieciocho una es así de tonta y de eterna.

Y el teléfono sonó.

El de casa, el de la pared de la cocina. Sonó, y yo supe quién era con esa certeza animal que se tiene en las casas pequeñas: era

Olalla, que había salido, que llamaba. Y no fui a cogerlo. Me quedé sentada en la cama, mirando la pared, oyéndolo sonar, y pensé, con toda la frialdad de la que es capaz una cría dolida: que llame. Que se fastidie. Que aprenda lo que es que no te cojan.

Sonó y paró. Volvió a sonar. Paró. Volvió a sonar.

Un teléfono que suena y no para.

No sé cuántas veces fueron. Sé que en algún momento paró del todo, y que el silencio que dejó fue peor que el ruido. Y sé que mucho rato después, ya de noche, cuando la rabia se me había enfriado hasta volverse otra cosa, fui a la cocina y vi que había un mensaje grabado. Lo puse.

Era la voz de mi hermana.

No voy a poner aquí lo que decía. Es lo único de aquella noche que es mío y de nadie más, y me lo quedo. Pero dijo dos cosas. La primera, que yo no subiera a ningún sitio, que ella ya se había enterado de lo del recado y lo de los papeles, que no me preocupara, que de aquello se ocupaba ella. Y la segunda, lo último que le oí decir a Olalla Ledesma en este mundo, lo dijo con la voz tranquila, casi de buen humor, quitándole importancia: "Tú quédate en casa, anda. Ya subo yo por las dos."

Por las dos.

Colgué la cinta y subí al monte corriendo, en lo oscuro, diez años antes de lo que mi cabeza me ha dejado recordarlo hasta hoy. Lo que encontré en el fondo de aquel pozo ya lo conté en otro sitio, agachada en un brocal con Mateo al lado. Eso no hace falta repetirlo.

Lo que sí hace falta decir es esto. Llevo diez años cogiendo el teléfono al primer tono. Siempre. Cualquier teléfono, a cualquier hora. Lo descuelgo antes de que termine de sonar la primera vez, de un manotazo, como se mata una avispa. La gente cree que es una manía, un nervio. Hasta yo me lo creía. Y no. Llevo diez años contestando a destiempo la única llamada que importó, intentando coger, en la voz de un comercial o de un compañero de trabajo cualquiera, una llamada de mi hermana que dejé sonar hasta que se cansó.

Levanté la cabeza. Llevaba no sé cuánto rato sin levantarla, y la plaza entera se había quedado esperándome como se espera a alguien que se acaba de caer al suelo.

Mateo me miraba. Y Mateo, que llevaba toda la mañana sin poder acercarse, dijo una sola cosa, muy bajo, para mí, aunque en aquel silencio se oyó hasta el último soportal.

—"Por las dos" —dijo—. Aquella noche, cuando te saqué de ese monte, no podías hablar. No dijiste una frase entera en seis horas. Solo repetías eso. "Por las dos, por las dos." Y yo llevo diez años sin saber qué era. Diez años dándoles vueltas a esas tres palabras. —Le temblaba la mandíbula—. Era de tu hermana. Era lo último que te dijo. Y tú lo llevabas encima sin saberlo, igual que yo llevaba lo mío. Cada uno con su trozo de aquella noche, los dos solos, diez años, sin saber que el otro tenía el resto.

No lloré. Ojalá pudiera escribir aquí que lloré, que me rompí en mitad de la plaza, que aquello me ganó. Habría sido más humano. Pero llevo diez años entrenándome en no romperme delante de nadie, y un entrenamiento de diez años no se cae en una mañana, ni siquiera con esto.

Lo que hice fue quedarme muy quieta y dejar que la cosa me atravesara entera, sentirla bajar hasta el fondo. Y en el fondo me encontré con que Aurelio Salcedo se había equivocado. En una sola palabra, pero grande.

Tenía razón en lo demás. Olalla subió a aquel monte por mí. Me llamó y no la cogí. Voy a vivir con eso hasta el día que me muera, y me lo tengo merecido. Pero Aurelio había dicho una palabra que no le tocaba decir a él. Había dicho "causa". Había dicho, delante de mi pueblo, que yo era la causa de la muerte de mi hermana.

Y eso era mentira. Y supe, mientras él esperaba tranquilo verme caer al suelo como se había caído su hija, que aquella mentira era la grieta justa por donde yo todavía podía meter la mano.

Levanté la barbilla. Tres hojas de papel me ardían en el puño. La plaza era mía por fin, entera, y Aurelio ya no me la podía quitar. Abrí la boca para contestarle al hombre que había dejado morir a mi hermana en el fondo de un pozo.

Capítulo 36

No grité.

Después de lo que aquel hombre acababa de hacerme delante de mi pueblo, lo que me salió no fue un grito. Fue una voz baja, muy quieta, una voz que no me conocía, y hablé con ella despacio, para que cada uno de los que estaban abajo tuviera tiempo de coger lo que yo iba a soltar.

—Aurelio Salcedo tiene razón —dije.

Dejé que aquello cayera en la plaza. Sentí, sin mirarlo, a Mateo ponerse rígido a mi lado.

—En una parte tiene razón, y no os voy a mentir a vosotros para taparla, porque ya he visto esta mañana lo que hacen en este valle los que tapan cosas. Mi hermana me llamó por teléfono la noche que se murió. Me llamó muchas veces. Y yo no cogí el teléfono. Estaba enfadada con ella por una tontería de crías, una pelea de tres días antes, y la dejé sonar a propósito. Si yo hubiera descolgado aquella noche, hoy Olalla estaría ahí abajo, entre vosotros, con cuarenta años cumplidos y a lo mejor con hijos. Eso es verdad. Es mía, esa verdad, y la voy a cargar yo, entera, hasta que me muera. No la quiero más ligera. Una hermana así no se merece que su hermana le lleve una culpa ligera.

La plaza no hizo ningún ruido. Cien personas conteniendo el mismo aire.

—Pero —y aquí subí la voz, la primera vez en toda la mañana que la subí de verdad— hay una palabra que este hombre ha usado hace un momento y que no le pertenece. Ha dicho que yo soy la causa. Y eso, vecinos, es mentira. Es una mentira que conozco bien, mejor

que él, porque llevo diez años contándomela yo sola por las noches y sé de qué está hecha por dentro.

Tomé aire. Me temblaba, y dejé que temblara; ya no tenía a nadie a quien esconderle nada.

—Una cría de dieciocho años, dolida y tonta, que no coge un teléfono por orgullo: eso es una desgracia. La peor de mi vida, y me la quedo. Pero un hombre de sesenta y dos años, de pie en el brocal de un pozo, que oye a una niña pedir ayuda desde el fondo, que la oye con sus orejas, despacio, durante todo el rato que haga falta, y que después decide, decide, fijaos bien en esa palabra, dar media vuelta y bajar el monte solo: eso no es ninguna desgracia. Eso tiene otro nombre. Y el nombre no es Aroa Ledesma.

Abajo, alguien lo dijo. Una voz de mujer, mayor, desde la mitad de la plaza, sin levantarse, sin hacerse la valiente, casi para sí misma pero en el silencio justo para que la oyéramos todos. Dijo: "Asesino." Una palabra. La primera vez en cuarenta años que esa palabra se decía en voz alta en Valdecolmena, y se dijo bajita, casi con miedo todavía, y aun así cayó sobre la tarima como una teja.

—Y otra cosa —seguí, porque si paraba no volvía a arrancar—. Este hombre os ha contado que mi hermana subió a aquel monte en mi lugar, como si Olalla hubiera sido una equivocación. La chica que no tocaba. El recadero que llegó por error. —Negué con la cabeza—. Mi hermana tenía dieciséis años y sabía de sobra lo que hacía. Se enteró de que yo estaba en un lío con el hombre más poderoso del valle, intentó avisarme, no me encontró, y entonces hizo una cosa que yo no habría tenido el valor de hacer ni a su edad ni a la mía: subió ella. A oscuras. Sola. A ponerse delante de Aurelio Salcedo para no tener que ponerme yo. Eso no es una niña equivocada. Eso es la persona más valiente que ha pisado este valle, y lleva diez años en el camposanto de arriba debajo de una losa que pone "accidente". Esa losa hay que cambiarla. Y para cambiarla, vecinos, no me hace falta esto.

Levanté las tres hojas.

Las levanté por fin del todo, por encima de la cabeza, donde la plaza entera las pudiera ver, y noté a mi espalda a Aurelio dejar de respirar.

—Esto es lo que vine yo a buscar a este pueblo. La carta de un hombre muerto. Mi arma. La llevo desde el amanecer pegada al pecho, calculando el momento bueno de usarla. Y resulta que no la voy a tener que usar. ¿Sabéis por qué? —Me volví. Por primera vez en toda la mañana me volví entera hacia Aurelio Salcedo y le hablé a la cara, no a la plaza—. Porque usted, para hacerme daño a mí, para verme caer aquí arriba como cayó su hija al pozo, acaba de hacer una cosa que no había hecho en cuarenta años de cuidarse mucho. Lo ha contado. Usted solo. Le ha podido más la rabia de hundirme que cuarenta años de prudencia, y le acaba de contar a doscientos vecinos, con su propia voz, que citó a una persona en un monte, que esa persona cayó a un pozo y que usted la oyó pedir auxilio y se marchó a su casa. Yo traía un papel. Mírelo. No me hacía ninguna falta. Se ha ahorcado usted con la lengua, que es la única soga que un hombre como usted no aprende nunca a ver venir.

Vi el momento justo en que Aurelio Salcedo lo entendió.

La cara no le dijo nada; la tenía entrenada de cuarenta años. Lo dijeron los hombros. Esos hombros anchos que se había pasado la mañana, la Fiesta, la vida entera llevando colocados de una manera concreta, la manera del que es dueño del suelo que pisa, se le bajaron. No mucho. Un dedo. Pero yo llevaba seis meses leyendo a aquella familia, y un dedo, en los hombros de Aurelio Salcedo, era un edificio viniéndose abajo.

Buscó a la plaza. Fue lo último que le quedaba, el instinto más viejo, cuarenta años de que aquella plaza fuera suya. Abrió las manos hacia sus doscientas familias, el gesto de empezar a hablar, de patriarca que va a meter orden en un mal rato. Y la voz no le salió. O le salió, pero ya no llegaba a ningún sitio; se le quedó a medio camino y se cayó al suelo, porque la plaza, su plaza, había dejado de estar enchufada a él. Lo miraban como se mira un sitio donde ha pasado una desgracia. Ya no como se mira a un hombre.

A su lado, Amparo Salcedo hizo la cosa más fría que le he visto hacer nunca a un ser humano. Dio un paso. Uno solo, lateral, pequeño, de los que no significan nada si no llevas, como llevaba yo, media vida midiendo los pasos de la gente. Amparo se separó de su marido. Diez centímetros. Los justos para que, cuando aquello

terminara de derrumbarse del todo, no se viera que se derrumbaba sobre los dos a la vez. La reina de la colmena estaba ya calculando, en mitad del incendio, sin que le temblara la cara, qué parte del panal se podía salvar. Y la parte que se podía salvar no llevaba dentro a Aurelio.

En las tres bocacalles de la plaza, los hombres de la cooperativa habían dejado de ser puertas. Lo vi sin buscarlo. Quino, el de la furgoneta, el de las manos siempre vacías y siempre cerca, se había metido esas manos vacías en los bolsillos y miraba la tarima con la cara del que está echando, muy deprisa, una cuenta nueva. La cuenta de a quién le conviene obedecer a partir de esta mañana. Nadie defiende a un rey cuando el rey acaba de contarle al reino, él mismo y en voz alta, de qué está hecho por dentro. Quino dio media vuelta y se fue hacia la furgoneta despacio, como quien se acuerda de pronto de que tiene faena en otra parte. Las puertas de la Fiesta se habían abierto solas. Podía irme cuando quisiera. Y no me quería ir a ningún sitio.

Busqué a Mateo.

Llevaba toda la confrontación a dos metros de mí, en su sitio de la tarima, y durante un instante, ahora que ya estaba hecho, ahora que no quedaba nada que romper ni nada que sostener, pensé que ese instante era nuestro. Diez años para llegar a un sitio donde poder mirarnos sin un muro en medio. Por fin lo teníamos. Estaba a dos metros.

Pero Mateo no me miró a mí.

Mateo miró hacia abajo, hacia el puesto de los tarros, donde su hermana seguía sentada en el suelo con la espalda contra una mesa de miel y los ojos de alguien a quien le han cambiado el mundo entero por otro mientras dormía. Y Mateo bajó los tres escalones de la tarima y fue hacia Celia. No hacia mí. Se agachó hasta la altura de su hermana, en el suelo, delante del pueblo, le puso una mano en la nuca, y Celia se dobló contra él como se dobla una cosa a la que le quitan de golpe el soporte que la tenía de pie.

Y estuvo bien. Me dolió y estuvo bien, las dos cosas a la vez, sin que ninguna le quitara el sitio a la otra. Mateo le había roto el mundo a su hermana esa mañana para que yo pudiera recuperar el

mío. Lo menos que podía hacer, antes que cualquier otra cosa, antes que mirarme a mí, era ir a recoger del suelo lo que había tirado. Yo de eso sé. Yo llevo diez años sabiendo de hermanas. Y entendí, mirándolo agachado en aquel suelo con Celia entre los brazos, que lo que hubiera entre Mateo y yo, fuera a ser lo que fuera, no iba a ser nunca lo primero de la lista de ninguno de los dos. Y que un amor que se conforma con no ser lo primero, después de según qué noches, a lo mejor es la única clase de amor que de verdad sirve para sostener algo.

Me quedé sola arriba, en la tarima de madera nueva que todavía olía a serrín, con tres hojas de papel en la mano y un pueblo entero debajo que ya no sabía qué era una Fiesta, ni qué era la cooperativa, ni qué era cada uno de los vecinos de al lado. Había venido a Valdecolmena a hacer exactamente esto. Llevaba diez años de mi vida viniendo a hacer esto. Y ahora que estaba hecho, lo que sentía, mirando los farolillos de papel que colgaban tontos por encima de la ruina, no se parecía en nada a lo que me había prometido sentir. Era un cansancio viejo, de mil años. Y un hueco en el pecho, justo donde hasta hacía un momento había estado el peso de las tres hojas.

Porque las hojas ya no pesaban. Y ese era el problema nuevo, el que me venía encima mientras el viejo terminaba de caerse. Yo había bajado a esa plaza con un arma, y el arma, al final, no había hecho falta: Aurelio se había hundido sin ella, con la boca. Y eso convertía las tres hojas de Tomás Vega en otra cosa distinta. Ya no eran mi arma. Eran lo único que quedaba en pie en todo el valle, aparte de unos huesos de hace cuarenta años, capaz de demostrar que a un hombre lo habían matado y lo habían llamado olivo durante cuarenta años seguidos.

Lo de mi hermana lo había confesado Aurelio con su lengua, delante de doscientos testigos. Lo de Tomás Vega solo lo decían estas hojas, y un papel no testifica solo.

Y de pronto pesaban otra vez. Pesaban de una manera nueva y peor, y entendí que la mañana no se había terminado en aquella tarima, que lo de la tarima había sido solo la parte ruidosa, y que la parte de verdad, la lenta, la que iba a decidir qué clase de mujer iba

a ser yo a partir del día siguiente, empezaba justo ahora, con un papel de muerto en la mano y la pregunta de a quién, en este país, se le pone delante la confesión escrita de un hombre que lleva cuarenta años bajo tierra.

Levanté la vista. Y al fondo del todo de la plaza, parada bajo el arco de la calle de la fuente, sin entrar, mirándolo todo con una calma que no se aprende en ningún sitio bueno, estaba Remedios. La memoria del valle, bajada de su molino. Esperándome a mí.

Capítulo 37

Bajé los tres escalones de la tarima y crucé la plaza hacia Remedios, y la plaza me dejó pasar de otra manera. Por la mañana se había apartado de mí por miedo, como de algo que quema. Ahora se apartaba despacio, sin saber qué era yo, y me veía pasar igual que se ve pasar a alguien que vuelve de un sitio del que no vuelve casi nadie.

Remedios no se había movido del arco. Me esperó allí, pequeña y seca, con las dos manos juntas encima del bastón, y cuando llegué a su lado no me dijo nada de lo que se le dice a una persona que acaba de hacer lo que yo acababa de hacer. No me dio el pésame ni la enhorabuena. Miró hacia la tarima vacía, hacia el desorden de gente que iba quedando, y dijo:

—Cuarenta años llevo viendo a esa familia repartir miel en esta plaza. Hoy he visto repartir otra cosa. Tenía curiosidad por saber a qué sabía. Ya lo sé. Sabe a esto.

Saqué las tres hojas. No sé por qué se las enseñé a ella la primera; a lo mejor porque era la única persona de aquel valle que llevaba más años que yo esperando que alguien las sacara.

—¿Sabe lo que es esto?

Remedios miró el papel sin tocarlo. Tardó.

—Sé lo que es el hombre del que habla ese papel, que no es lo mismo, pero da para empezar. —Levantó los ojos del papel y los puso en mí—. Tomás Vega. ¿Tú sabes algo de Tomás Vega, niña, aparte de que se cayó de un olivo? No. Claro que no. Tú no habías nacido. Para ti es un nombre escrito. —Volvió a chascar la lengua, y esta vez sonó más hondo—. Era un hombre que se reía mucho. Eso

no lo pone en tu papel, te lo digo yo. Tomás Vega tenía una risa que se oía de una punta a otra del mercado y un miedo cerval a las alturas, un miedo de no subirse ni a una silla a cambiar una bombilla. Y un día de mil novecientos ochenta y tantos, a ese hombre lo encontraron caído de lo alto de un olivo. Y el valle entero, yo incluida, agachó la cabeza y se lo creyó, porque lo otro era no comer.

Dobló un poco las manos sobre el bastón.

—Ese papel tuyo vale lo que valga. Yo de papeles no entiendo. Pero un papel solo, en este país, dicen que es media cosa. Hace falta alguien vivo que se ponga al lado del papel y diga: esto yo lo vi, esto yo lo sé. Y de los que estábamos vivos y con uso de razón cuando lo de Tomás Vega va quedando poca gente. Yo soy de esa poca. Llevo cuarenta años siéndolo y callándomelo, que es lo que se hace, y se me ha hecho largo. —Me sostuvo la mirada—. Cuando tengas que llevar ese papel a donde haya que llevarlo, vienes a buscarme. Yo bajo. Estas piernas bajan una vez más.

Iba a darle las gracias. No me dejó; levantó el bastón un palmo del suelo y lo volvió a posar, que era su manera de mandar callar.

—No me las des. No lo hago por ti. —Miró otra vez hacia la plaza, hacia los farolillos, hacia la gente que no sabía si recoger la Fiesta o irse a casa—. Te voy a decir una cosa, y luego me subo, que esto ya no es sitio para mí. Llevas diez años, niña, siendo una flecha. Una flecha es una cosa muy descansada de ser. Solo tienes que apuntar y no pensar en nada más. —Empezó a darse la vuelta sobre el bastón, despacio—. Lo difícil empieza mañana. Mañana ya no eres una flecha. Mañana vuelves a ser una persona, y una persona tiene que decidir, cada mañana al levantarse, hacia dónde mira. Ya no te va a apuntar nadie. Y eso, te lo dice una vieja, da más miedo que todo lo que has pasado hoy junto.

Remedios se fue calle arriba, hacia su molino y su puente, sin volver la cabeza, y se llevó con ella la única conversación de todo aquel día que me dejó algo dentro en vez de quitarme algo.

Lo demás de la tarde lo recuerdo a trozos, como se recuerda un sitio por el que se ha pasado con fiebre.

La pareja de la Guardia Civil llegó en un coche verde que tuvo que dejar a la entrada del pueblo, porque a la plaza, con los puestos y los farolillos, no se entra en coche. Bajaron andando los dos, sin prisa, con esa prisa especial que gastan los que han aprendido que correr asusta. Alguien los había llamado durante la confrontación. No supe nunca quién, y me gusta no saberlo; me gusta pensar que fue cualquiera, que fue el pueblo.

Yo me había pasado diez años imaginándome el final de Aurelio Salcedo, y en mi cabeza ese final era siempre un final grande. Esposas. Gritos. Algo a la altura de lo que el hombre había hecho. Y lo que vi fue a un señor mayor, despeinado, con la flor del ojal ya mustia, hablando en voz baja con dos guardias jóvenes que lo trataban con un respeto rutinario, casi aburrido, el mismo respeto con que se trata a un mueble grande que hay que sacar de una casa sin rayar el suelo. No hubo esposas. No le hicieron falta. Aurelio Salcedo se fue de su plaza andando por su propio pie, entre los dos guardias, y verlo así no me dolió por vencido. Me dolió por lo poco que se notaba. De cerca, entre dos guardias jóvenes, Aurelio Salcedo era un señor cualquiera, y eso fue lo que entendí de golpe y para el resto de mi vida: que los hombres que deciden dejar morir a una niña en un pozo no son monstruos con otra cara. Son señores con una flor mustia en el ojal. Y que esa es justo la parte que da miedo.

Pasó a tres metros de mí. No me miró. Creo que no me miró porque ya no le rendía nada mirarme, y los hombres como Aurelio no gastan una mirada que no rinde. O creo que no me miró porque no podía. Me da igual cuál de las dos. Las dos me valen.

A Mateo, los guardias no se lo llevaron aquella tarde. Le dijeron, eso sí, que no se moviera del valle. Lo dijeron con su calma de trámite, sin levantar la voz, y la frase, dicha así, dejó claro que lo de Mateo tampoco se había terminado. Solo se había aplazado.

A Amparo Salcedo no se la llevó nadie. No había por qué. Amparo no había confesado nada, ni había firmado nada, ni había estado nunca, que constara, al borde de ningún pozo. Amparo Salcedo era, a ojos de aquellos dos guardias y a ojos de la ley, una señora que acababa de enterarse, como todo el mundo, de las cosas tremendas

que había hecho su marido. La reina de la colmena se quedó en su plaza, libre, de azul, y cuando la tarde empezó a caer y la gente a marcharse, fue ella la que vino a buscarme a mí.

Me encontró sentada en el borde de la tarima, con los pies colgando, como se sienta una cría, porque a aquellas alturas del día ya no me quedaban fuerzas para sostener ninguna postura de adulta. Se paró delante de mí. No se sentó. Amparo Salcedo no se sienta en el borde de las cosas.

—Has ganado —dijo. Sin veneno. Como se constata el tiempo que hace.

—No sé qué he ganado —dije. Y era verdad.

—Has ganado lo de tu hermana. Eso ya no te lo quita nadie. Mi marido lo ha contado delante del valle; ni el mejor abogado de Madrid le desdice doscientas orejas. Por Olalla puedes estar tranquila. —Hizo una pausa. La pausa de Amparo era un instrumento, lo había sido siempre—. Quería hablarte de lo otro. De lo que llevas en el pecho.

No me molesté en preguntarle cómo sabía que lo llevaba en el pecho. Amparo sabía siempre dónde guardaba cada cual sus cosas. Para eso era la reina.

—El papel de Tomás Vega. Lo de Olalla es de mi marido y se lo lleva mi marido. Pero ese papel no habla de una niña en un pozo. Habla de la cooperativa. De cómo se levantó. Y la cooperativa, niña, no es mi marido. La cooperativa es el jornal de doscientas familias que esta mañana no han hecho nada malo, salvo creerse un cuento, que es el delito más repartido del mundo. Tú sacas ese papel a la luz y no hundes a Aurelio. A Aurelio lo has hundido ya. Lo que hundes con ese papel es la marca. Y detrás de la marca está la nómina de medio valle.

Y ahí, cansada como estaba, vacía como estaba, me encontré todavía un sitio por dentro donde quedaba algo afilado. Porque aquello que Amparo me ponía delante con su voz tranquila de reina era el truco más viejo de su casa. El mismo con el que su sobrina Celia me había regalado un tarro de miel hacía unas horas, sin saber que lo hacía. El truco de decir "la cooperativa" cuando se quiere

decir "nosotros". El de hacer creer al valle entero que, si cae la familia Salcedo, se cae el pan de todos.

—Las colmenas no son suyas —dije.

Amparo no contestó. Esa es otra cosa que aprendí de los Salcedo: a notar cuándo callan.

—Las abejas de este valle eran de este valle antes de que hubiera un Salcedo poniéndoles el nombre, y lo van a seguir siendo cuando el apellido no le valga a nadie ni para firmar. El que recoge la miel la seguirá recogiendo. El que la vende la seguirá vendiendo. Lo único que se cae con ese papel, señora, es quién manda. Y "quién manda" no le da de comer a nadie. Nunca lo ha hecho. Solo se lo come.

Esperé que Amparo se defendiera. No se defendió. Hizo una cosa peor, y más suya, que me dejó mirándola un rato largo: asintió. Despacio. Como quien repasa una cuenta que le han echado y la encuentra bien hecha.

—Entonces se lo das a la Guardia —dijo—. El papel. ¿Mañana?

—Mañana.

—Bien. —Y se quedó pensando, y vi, detrás de aquellos ojos, ponerse en marcha otra vez la maquinaria, la de verdad, la que había sostenido a aquella familia mucho antes que Aurelio y con más oficio que él—. Entonces tengo trabajo. Si la marca va a sobrevivir a mi apellido, alguien tendrá que sentarse esta misma semana con la gente de la cooperativa y enseñarles a recoger la miel sin un Salcedo encima. Y resulta que la única persona de este valle que sabe hacer eso soy yo.

Me lo dijo sin pena y sin vergüenza, y entendí, por fin y del todo, qué clase de mujer tenía delante. Amparo Salcedo no había querido nunca a Aurelio. Había querido a la colmena. Le había sido fiel a la colmena durante cuarenta años, y el rey solo era la parte de la colmena que tocaba aguantar. Ahora el rey se iba en un coche verde, y la reina, sin que le temblara la voz, ya estaba calculando cómo seguir alimentando el panal. Me dio un poco de asco. Y, muy a mi pesar, me dio también algo que se parecía bastante al respeto.

Amparo se fue a empezar su trabajo, porque las reinas no descansan, y me dejó sola en el borde de la tarima con los pies colgando y la tarde ya casi del todo caída. La plaza se había ido

vaciando sin que yo me diera cuenta. Habían apagado los farolillos, o se habían apagado solos. Quedaban los puestos a medio recoger y los tarros de miel sin vender, alineados todavía en sus filas, brillando un poco con la última luz, ámbar contra la madera, tan bonitos y tan ajenos a todo como había estado siempre la miel de este valle ajena a lo que se hacía debajo de ella.

Había hecho lo que vine a hacer. Olalla iba a tener una losa que no mintiera. El papel de Tomás Vega iba a acabar delante de quien tuviera que leerlo. Aurelio Salcedo se había ido de su plaza pequeño y con una flor mustia. La cuenta de diez años estaba saldada hasta el último céntimo. Y yo seguía sentada en el borde de una tarima, sin moverme, porque no tenía ningún sitio al que ir. Esa es la verdad que no te cuentan de la venganza: que el día que se termina no te devuelve a tu hermana. Te devuelve a ti, sin nada en las manos, en mitad de una plaza que se vacía.

Oí los pasos antes de girarme. Los habría reconocido entre mil; me había pasado seis meses aprendiéndomelos. Mateo se sentó a mi lado en el borde de la tarima, sin pedir permiso, los pies colgando como los míos, y durante un rato largo ninguno de los dos dijo nada. Diez años para llegar a poder sentarnos así, al lado, sin un muro, sin un apellido, sin una mentira en medio. Y ahora que lo teníamos, ninguno de los dos sabía qué se hace con un sitio sin muros. Da vértigo. Eso era lo que no sabíamos: que iba a dar tanto vértigo.

—Tengo que contarte una cosa —dijo Mateo.

Y por cómo lo dijo, por el peso que traía debajo, supe que la mañana, la de verdad, la suya y la mía, todavía no se había terminado.

Capítulo 38

Hubo cosas que Mateo me dijo aquella noche, sentados los dos en el borde de una tarima que olía a serrín, con el pueblo vacío delante y la luz cayéndose despacio detrás de los tejados, que no voy a poner aquí. No porque hagan daño. Porque son nuestras, y nosotros, durante diez años, no tuvimos casi nada que fuera nuestro, y a lo poco que tengo me agarro.

Pero algunas sí las voy a poner, porque sin ellas esta historia no cierra.

Mateo no es hombre de rodeos. Lo que había venido a decirme lo soltó casi entero en la primera frase, como hace siempre, como si las frases le costaran dinero y no quisiera pagar dos.

—Mañana bajo contigo —dijo—. A la Guardia. No por acompañarte. Voy a contarles lo mío.

Esperé. Con Mateo hay que esperar; lo de en medio lo dice después.

—Llevo diez años siendo un hombre que sabía una cosa y se la callaba. Esta mañana, ahí arriba, dejé de serlo durante diez minutos. Y se está tan bien fuera de eso, Aroa, se respira tan distinto, que no pienso volver a entrar. Aunque entrar me saliera más barato. —Miró hacia la calle por donde se habían llevado a su padre—. Encubrí la muerte de tu hermana durante diez años. Eso tiene un nombre en el código y tiene un precio, y mañana voy a ir a que me digan cuál es. No quiero que nadie me lo venga a buscar a casa dentro de un año. Quiero ir yo. Es distinto ir que que te traigan. Es lo único que me queda que pueda elegir, y lo elijo.

Yo soy operadora. Llevo media vida siéndolo, y una operadora, oyendo eso, calcula. Me salió el reflejo antes que nada: pensé en los modos que había de que aquello le saliera más barato a Mateo. Había unos cuantos. La ley es lenta, lo de Olalla iba a tener cuerda para años, un hombre listo y bien callado se escurre por varios sitios. Abrí la boca para decírselo.

Y la cerré. Porque a un hombre que acaba de explicarte por qué necesita hacer una cosa no se le ofrecen atajos para no hacerla. Eso no es ayudar. Eso es pedirle que vuelva a ser el de antes porque el de antes te asustaba menos.

—Vale —dije solo—. Mañana bajamos juntos.

Mateo asintió. Y se quedó callado un rato, mirándose las manos, y supe que lo de la Guardia no era lo difícil de lo que había venido a decirme. Lo de la Guardia era el rodeo. Lo de en medio venía ahora.

—No sé lo que me va a caer —dijo—. A lo mejor poco. A lo mejor no tan poco. Puede que pase un tiempo, no sé cuánto, en un sitio donde no se entra y se sale cuando uno quiere. —Tragó—. Te lo digo porque tienes derecho a saberlo antes de nada. No te lo digo para que hagas con ello ninguna cosa concreta. Tú con esto haces lo que tú quieras, y lo que quieras va a estar bien, y no quiero que me contestes esta noche, que esta noche estamos los dos rotos y las cosas rotas firman mal.

Cogió aire. Y entonces Mateo Salcedo hizo la cosa más difícil que le había visto hacer en un día en que le había visto hacer cosas muy difíciles. Me miró de frente y dijo, sin adornarlo, porque él no sabe adornar y porque adornarlo lo habría estropeado:

—Te quiero desde que tenía diecisiete años. No he dejado ni un día. Ni los diez años que no estuviste, ni hoy, viéndote ahí arriba destruir a mi familia, que era lo justo y aun así me dolía. Llevo media vida queriéndote por debajo de una mentira, y nunca había podido decírtelo con la mentira quitada. Hoy se ha quitado todo. Por primera vez no hay nada en medio. Y un hombre, cuando por fin no tiene nada en medio, tiene que decir la verdad una vez en voz alta, aunque ya no le sirva para arreglar nada. Ya está. Ya la he dicho.

Mateo me había pedido que no le contestara esa noche. Le hice caso a medias, que es como se le hace caso a la gente a la que se

quiere.

No le prometí nada. Sé lo que valen las promesas hechas encima de una tarima el día que se cae un valle, y valen lo que vale el humo. No le dije que lo esperaría en la puerta de ningún sitio dentro de los años que fueran; nadie puede prometer eso de verdad, y yo a Mateo no pensaba mentirle nunca más, ni siquiera para consolarlo, que es la última mentira que se rinde.

Pero le dije lo otro. Lo que sí era verdad y sí podía sostener.

—Llevo diez años sin estar en ningún sitio —dije—. Diez años siendo un nombre distinto en una ciudad distinta cada vez que el de antes empezaba a pesarme. No tenía pueblo, ni puerta, ni nombre que aguantara más de un invierno. Era imposible encontrarme, y lo hice imposible a propósito. —Le cogí una mano. La primera vez en diez años que le cogía la mano sin que fuera a oscuras y con miedo —. Eso se ha terminado hoy. Mañana le doy un papel a la Guardia y le digo mi nombre, el de verdad, el que me puso mi madre. Y a partir de mañana voy a ser Aroa Ledesma, y voy a estar aquí, en este valle, donde está enterrada mi hermana. No te prometo que te espere. Te prometo una cosa más difícil y más cierta: que cuando salgas, sea cuando sea, vas a saber exactamente dónde buscarme. Voy a ser, por primera vez en diez años, una mujer a la que se puede encontrar. Para ti eso es nuevo. Para mí es casi todo lo que tengo.

No nos besamos como se besa en los libros el día que se arregla todo, porque aquel día no se arreglaba nada; solo se quedaba por fin todo dicho, que es distinto y a veces es más. Nos quedamos un rato largo así, con las manos juntas y los pies colgando de la tarima, sin hablar, mirando los puestos de miel a medio recoger y los farolillos apagados. Dos personas que se habían encontrado por culpa de una niña muerta y un pozo seco, y que habían decidido, sabiéndolo bien, no soltarse. No es el amor limpio que le desea una a una hija. Pero después de según qué cosas, el amor limpio ya no es una opción para nadie, y el que queda, el que ha pasado por el barro y aún se sostiene, a lo mejor es más de fiar.

A la mañana siguiente, temprano, antes de que el valle terminara de despertarse a su primer día sin Salcedos al mando, bajamos al

cuartel del pueblo grande. Íbamos los tres. Yo llevaba tres hojas de papel que ya no eran un arma, sino un documento. Mateo iba a entregar diez años de su vida sin saber cuántos le iban a pedir a cambio. Y a Remedios la llevábamos en medio, despacio, con su bastón y su memoria de cuarenta años, porque un papel solo es media cosa y ella era la otra media.

Lo que pasó dentro del cuartel fue largo, y aburrido, y nada que se pareciera a lo que yo había imaginado en diez años de imaginarlo. La justicia, vista de cerca, no tiene música. Es un guardia escribiendo despacio a máquina y un café malo en un vaso de plástico, y las mismas preguntas repetidas por si a la cuarta cambias de versión. No lo voy a contar. Solo diré que cuando salimos, a media tarde, el papel de Tomás Vega ya no lo llevaba yo. Lo llevaba el Estado. Y por raro que suene, por poco que pese un papel, eché de menos su peso contra el pecho todo el camino de vuelta, como se echa de menos un diente que llevabas años empujando con la lengua.

A Celia fui a buscarla yo, al tercer día, cuando ya no me quedó excusa para no hacerlo. La encontré en el almacén de la cooperativa, sola, sentada en un cajón de tarros vacíos, sin hacer nada, con esa quietud que conozco de memoria porque la llevé puesta diez años. La quietud del que descubre de golpe que la casa donde ha vivido toda la vida tenía los cimientos podridos, y que él vivía encima tan tranquilo, y que ahora hay que decidir si se puede seguir viviendo en una casa así o hay que aprender a vivir a la intemperie.

Me senté en otro cajón, enfrente. No le pedí perdón. A Celia no se le podía pedir perdón; habría sido ponerle encima, además de todo lo demás, el trabajo de decidir si me lo daba. Y tampoco le dije que su padre era un monstruo, porque su padre, para desgracia de ella, no era un monstruo. Era su padre. Las dos cosas a la vez, y esa era la herencia fea que le tocaba a Celia, y ningún discurso mío se la iba a aligerar.

—Tú también tenías una hermana —dijo Celia. No me miraba; miraba los tarros vacíos—. Y la perdiste por todo esto. Por mi familia.

—Sí.

—¿Y cómo se vive después? —Por fin levantó la cara, y tenía los ojos secos, que es peor que tenerlos mojados—. Dímelo tú, que sabes. ¿Cómo se vive después de una cosa así?

Le podía haber mentido. Tenía mil mentiras buenas a mano, mentiras amables, de las que se le dan a quien se está cayendo. Pero le había prometido a Mateo no volver a mentir, y la promesa, aunque él no estuviera delante, contaba.

—No lo sé —dije—. Llevo diez años haciéndolo y todavía no sé si lo que he hecho es vivir. Te puedo decir lo único que he aprendido, y es poco, y no es bonito. Que no se vive después. Se vive con. La cosa no se va, Celia. No se cura ni se queda atrás. Te la cargas a la espalda y aprendes a andar con ese peso encima, y un día, sin darte cuenta, andas casi normal, y la gente que te ve por la calle piensa que ya no llevas nada. Pero lo llevas. Lo vas a llevar siempre. Lo único que cambia es la fuerza de tu espalda.

Celia no me dio las gracias. Hizo bien; no había de qué. Pero cuando me levanté del cajón para irme, dijo, a mi espalda, muy bajo:

—No te vayas del valle.

Me paré.

—Eres la única persona de aquí que sabe de qué está hecho esto —dijo—. Los demás me miran como se mira un accidente. Tú me miras como se mira a alguien.

—No me voy —dije—. Ya no me voy a ningún sitio.

El cuarto día subí al cementerio.

Está en lo alto, el cementerio de Valdecolmena, por encima del pueblo, en la cuesta que mira a los colmenares. Llevaba diez años sin pisarlo. La última vez que había estado delante de la tumba de mi hermana fue el día que la enterraron, y yo entonces no era yo, era una cosa rota que Mateo había sacado del valle a la fuerza, y no me acuerdo de casi nada de aquel día salvo de que hacía un sol que no tenía ningún derecho a hacer.

La losa seguía como la recordaba. El nombre de Olalla. Las dos fechas, con dieciséis años escasos entre una y otra. Y debajo, esa palabra. "Accidente." La habían grabado ahí hacía diez años para que

el valle pudiera seguir comiendo miel tranquilo, y llevaba diez años siendo la última mentira que quedaba en pie sobre mi hermana, una mentira de piedra, con la terquedad que tiene la piedra.

Me agaché. Pasé la mano por las letras de aquella mentira y, por primera vez en diez años, no me ardieron debajo de los dedos. Porque ya tenían los días contados. Había encargado esa misma mañana la losa nueva. Tardaría unas semanas; estas cosas, las que se hacen bien, tardan. Pero iba a venir, y en la losa nueva no iba a poner "accidente". Debajo del nombre y de las fechas iba a haber tres palabras, y las había elegido yo, y eran las únicas tres que mi hermana se había ganado a pulso aquella noche en el monte, y que nadie, en diez años, había tenido el valor ni el derecho de grabarle en la piedra.

"Subió por las dos."

Me quedé un rato largo ahí arriba, agachada, con la mano en la piedra todavía mentirosa pero ya condenada, y miré el valle desde donde lo mira mi hermana ahora. Las colmenas, y más abajo el pueblo con el humo de las primeras chimeneas de la tarde. Un valle que vivía de la miel y que, durante cuarenta años, no había querido saber lo que había en el fondo de su miel. Ahora lo sabía. Y seguía ahí, y seguía siendo bonito, y la gente de abajo iba a seguir comiendo de aquellas colmenas, porque la vida es así de terca y así de poco delicada, y a lo mejor está bien que lo sea.

Le hablé a Olalla. No voy a poner aquí lo que le dije; ya he avisado de que hay cosas que me quedo. Pero le hablé, por primera vez en diez años, sin pedirle perdón. El perdón no era lo que mi hermana había subido a buscar aquella noche al monte. Mi hermana había subido a que yo viviera. Diez años tardé en enterarme. Y la única manera que me quedaba de no desperdiciarle el regalo, de no hacerle el feo más grande de todos, era bajar de aquel cementerio y hacer, por fin, lo que ella me había comprado tan caro.

Vivir.

Me levanté. Y bajé al valle.

Epílogo

Han pasado dos veranos.

La Fiesta de la Miel se ha celebrado las dos veces, porque las fiestas de un pueblo tienen más aguante que las familias que las inventan. Pero ya no hay tarima. El primer verano de después no la montó nadie; nadie dio la orden de no montarla, y nadie la echó en falta. Una plaza aprende deprisa a estar entera sin el sitio alto desde el que un hombre la miraba.

A Aurelio Salcedo lo juzgaron el invierno pasado, en la capital, en una sala de calefacción mala a la que bajó medio Valdecolmena en un autocar alquilado. Tardó. Eso es lo que no te cuentan de la justicia, igual que no te lo cuentan de la venganza: que es lenta, y que la lentitud tiene un precio, y que el precio lo pagas tú esperando. Hubo abogados de Madrid, y aplazamientos, y un verano entero en que pareció que el dinero de la miel iba a poder más que doscientas orejas y tres hojas de un muerto. No pudo. Remedios bajó de su molino, como había prometido, se sentó en aquella sala con su bastón y su memoria, y contó lo de Tomás Vega despacio, sin que le temblara la voz. Y la confesión que Aurelio había hecho en la plaza, delante de su pueblo, para hacerme daño a mí, se la encontró delante otra vez, transcrita, leída en voz alta por una secretaria con voz de catarro. Las palabras con las que un hombre se hace dueño de una plaza no valen nada en una sala de lo penal. Allí pesan distinto.

Aurelio está en una cárcel del centro. Es un hombre mayor y la cárcel lo ha hecho más mayor todavía. No he ido a verlo, y no iré. No por dureza; es que no me queda nada que hacer con él, y visitar

a un hombre con el que ya no te queda nada que hacer es una manera de seguir atada. Yo ya no estoy atada a Aurelio Salcedo. Esa, y no la sentencia, es mi parte.

La cooperativa no se hundió. Amparo Salcedo no lo permitió, y a estas alturas yo he dejado de sorprenderme de lo que Amparo Salcedo no permite. La marca lleva otro nombre desde la primavera, uno de flor, sin un apellido detrás, y la lleva ella desde un despacho pequeño de la nave, repartiendo el trabajo del valle con la misma mano fría con que antes repartía otras cosas. La gente sigue cobrando. Las abejas siguen siendo de quien las trabaja. Una vez al mes me cruzo con Amparo en la plaza y nos saludamos con la cabeza, dos mujeres que se midieron una noche a oscuras y que saben las dos que aquella medición no tiene revancha. No la quiero. No me quiere. Pero hay un valle entero comiendo gracias a que esa mujer decidió, en mitad del incendio, salvar la colmena en lugar de salvar al rey. La vida coloca a la gente en sitios raros. A Amparo la colocó de reina de una cosa que por fin no es del todo mala.

Celia se fue de Valdecolmena el primer otoño y volvió en primavera, que es lo que hace la gente joven cuando se le cae una casa encima: se va a comprobar si puede vivir lejos, descubre que sí, y vuelve de todas formas, porque una cosa es poder y otra querer. Trabaja con su madre en la nave. Hablamos. No mucho, y nunca de su padre, pero hablamos, y cada vez que lo hacemos pienso que a la Aroa de dieciocho años no le habló así nadie, y que a lo mejor por eso a la Aroa de dieciocho años le costó tanto dejar de tener dieciocho años.

Mateo cumplió lo suyo.

No diré aquí los meses, ni el nombre del sitio. Él no quiere que lo lleve por escrito, y yo ya no le hago llevar a Mateo nada que no quiera. Diré solo que fue menos de lo que los dos temimos aquella noche en la tarima, porque un tribunal, cuando se sienta a mirar las cosas despacio, también sabe hacer cuentas, y en la de Mateo había un chico de veinte años, y un padre, y un silencio de toda una década que al final rompió él, solo, por su propia boca. Salió en marzo. Yo estaba en la puerta. No le había prometido que estaría en ninguna puerta; le había prometido otra cosa, le había prometido ser

fácil de encontrar. Y resulta que ser fácil de encontrar, el día que de verdad importa, te deja igual plantada en una puerta. Las dos cosas eran, al final, la misma.

El día que volvió Mateo no fue el día del ámbar. Lo del ámbar lo hice sola, unas semanas después, un atardecer de esos que en la Alcarria se caen despacio y de color de miel. Lo hice sola porque era lo último que me quedaba de aquella noche que seguía siendo solo mío, y lo que es de uno solo se cierra de uno en uno.

Subí al cementerio.

La losa nueva llevaba ya más de un año puesta. Me había acostumbrado a ella poco a poco, como te acostumbras a una cara después de una operación: primero la miras y la comparas, y un día, sin enterarte, ya no comparas, ya es la cara. La piedra clara. El nombre de mi hermana. Las dos fechas. Y debajo, sin la palabra "accidente" en ningún sitio, las tres que había elegido yo y que llevaban un año diciéndole por fin la verdad al monte. Subió por las dos.

Me senté en la tierra, al pie de la losa, como me había sentado de cría en el suelo de tantos sitios, y saqué del bolsillo el ámbar.

Lo había llevado encima todos aquellos años. Una piedra pequeña, del tamaño de una avellana grande, de un dorado que al sol se enciende por dentro como si guardara una brasa vieja. Y dentro, suspendida, intacta, con las alas todavía abiertas en mitad de un vuelo que no llegó a ninguna parte, una abeja. Una abeja de hace quién sabe cuántos miles de años, atrapada un mal día en una gota de resina y conservada así desde entonces, perfecta y muerta, sin permiso para pudrirse, sin permiso para terminar.

Me lo dio Mateo. Aquella noche. No lo supe en mucho tiempo; me conté que era de Olalla, una de las mentiras pequeñas y amables con las que rellené los huecos. Me lo puso Mateo en la mano cerrada antes de subirme al coche que me sacó del valle, y no dijo nada, porque a los veinte años uno no sabe decir "vas a necesitar algo a lo que agarrarte", pero a veces sabe ponerlo en una mano.

Y me agarré. Vaya si me agarré.

Tardé media vida en entender qué tenía de verdad en la mano. Me lo había contado de varias maneras —un recuerdo de Olalla,

después un regalo de un chico— y todas se quedaban cortas. Esa abeja era yo. Exacta. Parada en mitad de un gesto, en mitad de un vuelo, el día que tenía dieciocho años y subí a un monte; y a partir de aquel día, intacta. Conservada. Guapa por fuera, si quieres, y por dentro detenida. Tantos años creyéndome viva por ir de un lado a otro, por cambiar de nombre y de ciudad, cuando lo único que hacía era lo que hace una abeja dentro del ámbar: nada, con mucho brillo. El que se mueve no siempre está vivo. Una se puede pasar la vida entera volando dentro de una gota.

El ámbar es piedra, pero es piedra rendida, piedra que fue blanda y se acuerda. No hace falta un martillo. Lo había leído en algún sitio, sin saber para qué lo leía: que el ámbar se parte si das con la veta, que tiene por dónde, que cede.

Busqué en la losa de mi hermana un canto vivo. Apoyé el ámbar encima, en el filo de la piedra. Y antes de hacerlo me quedé un momento con la mano en alto, porque romper una cosa hermosa cuesta aunque sepas que tienes que romperla, sobre todo si te la puso en la mano un chico de veinte años que ya no existe, que cumplió una condena y salió hecho otro hombre, con canas en las sienes que antes no tenía.

Lo rompí.

No se rompió como el cristal, en mil pedazos con mala idea. Se abrió. Cedió por una veta y se partió en dos mitades limpias, igual que se abre un fruto seco, y la gota de resina de hace mil siglos dejó de ser una cárcel y pasó a ser dos trozos de una cosa rota encima de una tumba.

Y la abeja quedó suelta.

La cogí con dos dedos. Pesaba menos que una pestaña. Una abeja diminuta y oscura, con sus alas y sus patas dobladas, que llevaba quién sabe cuántos miles de años sin tocar el aire y ahora lo tocaba, en la palma de mi mano, un atardecer de la Alcarria con olor a tomillo. Fuera del ámbar se le acababa la hermosura. Era solo lo que era: un bicho muerto, viejísimo, frágil, que iba a deshacerse en cuanto el viento se lo tomara en serio. Y esa fealdad pequeña, esa cosa por fin mortal que tenía en la mano, me pareció lo más limpio que había visto en años. Porque lo que está muerto tiene un

derecho. Tiene derecho a terminar. A deshacerse y volver al suelo. El ámbar es lo único que se lo quita: te conserva el dolor con la cara intacta para que no se pueda enterrar nunca.

Hice un hueco pequeño en la tierra de mi hermana, al pie de la piedra, con dos dedos, como se hace un hueco para una semilla. Puse dentro la abeja. La tapé.

No lo llamo un entierro. Olalla ya tenía el suyo, uno de verdad, con su losa por fin sin mentiras. Lo que hice fue devolver. Devolverle a la tierra de mi hermana lo único que yo había sacado de aquella noche y había tenido encima sin saber siquiera que lo tenía: la prueba de que aquella noche fue real, de que pasó, de que no me la inventé. Que se quedara ahí, con ella, en lo único de este valle que de verdad para el tiempo, que es el suelo. Yo ya no la necesitaba para acordarme. A Olalla la llevo en otro sitio, en uno que no se rompe con un canto de piedra.

Las dos mitades del ámbar las dejé encima de la losa. Dos gotas de oro viejo partidas, puestas sobre el nombre de mi hermana, brillando lo que les quedara de brillo hasta que el invierno o un pájaro se las llevara. La gente, en los cementerios, deja flores que se mueren en una semana, o deja piedras que no dicen nada. Yo le dejé a Olalla las dos mitades de la cárcel de la que acababa de salir. Ella, mejor que nadie, sabría leerlo.

Bajé del cementerio con las manos vacías y los bolsillos vacíos por primera vez en una vida, y la ligereza, al principio, daba más miedo que alivio. Una se acostumbra al peso de lo que carga, y el día que lo suelta anda rara, como anda raro el que se quita una escayola: el brazo libre pesa de menos, y por eso, durante un tiempo tonto, asusta.

Mateo me esperaba abajo, donde el camino del cementerio se junta con el del pueblo. No habíamos quedado. Pero llevábamos ya unos meses en eso, en aparecer cada uno donde iba a estar el otro sin habérselo dicho, y a mí, que me había pasado la vida calculando dónde iba a estar la gente, me descansaba no tener que calcularlo con él. Sabía dónde iba a estar Mateo. Mateo sabía dónde iba a estar yo. Después de una vida entera siendo dos personas imposibles de encontrar, habernos vuelto los dos fáciles era casi todo

el romance que nos quedaba, y resultó que con casi todo basta y sobra.

No me preguntó si lo había hecho. Me miró las manos, que las llevaba vacías, y lo supo, porque Mateo me lee las manos desde el primer día, desde antes del primer día. No dijo nada bonito. No es hombre de cosas bonitas, y yo, después de una vida oyendo a gente decir cosas bonitas para tapar las feas, me he vuelto alérgica. Dijo lo que dijo, que fue poco y exacto, como lo dice él todo.

—¿Bajamos?

Bajamos.

La Alcarria entera se estaba poniendo de color de miel, que es la hora a la que este valle se perdona a sí mismo lo que es capaz de hacer a oscuras. Abajo esperaba Valdecolmena, mi pueblo, en cuesta sobre su río, un sitio que durante cuarenta años fue dulce por fuera para no tener que mirarse por dentro. Ya no. Ahora Valdecolmena sabe a qué sabe, y no sabe solo a miel, y aun así la gente sigue aquí, sigue trabajando las abejas, sigue criando hijos en estas cuestas. Eso es lo último que he aprendido, y lo aprendí tarde, y me lo enseñó un pueblo entero sin proponérselo: que se puede saber lo amargo y quedarse igual. Que la miel y el veneno no fueron nunca dos frascos distintos en dos estantes distintos. Fueron siempre el mismo frasco. Lo que me sacó de aquel pozo y lo que me tuvo embalsamada tanto tiempo fue, gesto por gesto, palabra por palabra, lo mismo. Lo que me salvó la vida fue lo que no me dejó vivirla. El amor de Mateo es las dos cosas a la vez, y no se dejan separar; lo he intentado, y no se dejan. Y un día dejas de intentarlo. Un día coges el frasco entero, el que sabe a las dos cosas, y bebes, porque tienes sed, porque es el único frasco que hay, y porque a estas alturas ya sabes que la sed también es una manera de estar viva.

Llegamos abajo con la luz casi gastada. En la plaza, alguien había sacado una silla a la puerta y regaba unos geranios, y nos saludó por nuestros nombres, los dos verdaderos, sin bajar la voz, como se saluda a la gente del pueblo de uno.

Y crucé mi plaza a la hora en que se cae el día. Olía a lavanda. Me senté un momento en el poyo de piedra de la fuente, y la piedra

estaba templada, a la temperatura buena del verano. Y no sonó ningún teléfono.

Por primera vez desde aquella noche, el destello no vino.

No vino porque ya no le quedaba sitio. Lo había gastado entero. La lavanda era lavanda, la hora era la hora, y yo estaba dentro de ella, despierta, viva, suelta, fuera por fin de la gota de oro.

Una abeja, cuando sale del ámbar, no vuelve a volar. Eso no lo arregla nadie, y no voy a escribir aquí que sí. Pero deja de estar expuesta con la cara de su peor día puesta para siempre, y se va al suelo, y se hace tierra, y de esa tierra, con el tiempo, termina saliendo otra cosa.

Yo soy la otra cosa.
